



Universidad de Concepción  
Dirección de Postgrado  
Facultad de Humanidades y Arte - Programa de Magister en Literaturas Hispánicas

**Encuentros literarios en Concepción:  
disputas y apuestas en el campo literario**



Tesis para optar al grado de Magíster en Literaturas Hispánicas

SIMÓN GABRIEL CONTRERAS URIBE  
CONCEPCIÓN-CHILE  
2019

Profesor Guía: Dra. Clara Parra Triana  
Dpto. de Español, Facultad de Humanidades y Arte  
Universidad de Concepción

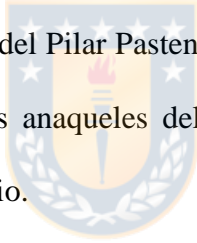
“Lo que no tiene continuidad no tiene realidad”

*Gonzalo Rojas, 1958*



## Agradecimientos

Al terminar (abandonar) esta tesis, quisiera agradecer a todas las personas que me han acompañado durante este proceso de formación, el cual, por cierto, resulta difícil demarcar su inicio y fin (si es que acaso ha terminado). En primer lugar, agradezco a mis padres por enseñarme y permitirme la libertad de elegir entre muchos caminos posibles, todos ellos con la misma validez independiente de lo pedregosos que fuesen. Sobre todo, agradezco a mi madre por cada palabra cargada de sabiduría que me entregó durante mi infancia, las cuales resuenan hoy con mayor potencia, como un eco de múltiples vidas y muertes en un solo ser. En segundo lugar, agradezco a mi maestra, Clara Parra, por su paciencia, orientación intelectual, infinidad de minuciosas lecturas y por mostrarme una academia con vocación crítica en tiempos de crisis. Finalmente, agradezco a la Sra. Haydeé del Pilar Pasten y a Don Aldo, quienes amablemente me permitieron bucear por los polvorientos anaqueles del olvidado archivo de la universidad en búsqueda de documentos para este estudio.



## ÍNDICE

<b>1. INTRODUCCIÓN .....</b>	<b>6</b>
<b>2. HIPÓTESIS .....</b>	<b>11</b>
<b>3. OBJETIVOS.....</b>	<b>12</b>
3.1 Objetivo general: .....	12
3.2 Objetivos específicos: .....	12
<b>4. CRÍTICA PRECEDENTE.....</b>	<b>13</b>
4.1 El PEEC y PEEA en la historia de la literatura chilena y latinoamericana.....	16
4.2 El PEEC y PEEA en textos biográficos sobre Gonzalo Rojas .....	17
4.3 El PEEC y PEEA en textos de tipo repertorio .....	19
<b>5. MARCO TEÓRICO .....</b>	<b>20</b>
5.1 Perspectivas de estudio: historia de los intelectuales, historia intelectual y sociología de la cultura.....	20
5.2 Categorías conceptuales: la noción de “intelectual” y la disputa por el “meridiano intelectual .....	25
5.2.1 “Meridiano intelectual”: un terreno en disputa .....	34
<b>6. METODOLOGÍA .....</b>	<b>36</b>
<b>7. Capítulo I: Intereses sociales, políticos y literarios en los encuentros de escritores .40</b>	
7.1 Encuentro chileno: situación de la literatura nacional .....	41
7.2 Encuentro americano: estado de la literatura continental.....	50
7.3 Relaciones sociales e intereses en juego en los encuentros literarios de Concepción .....	54
<b>8. Capítulo II: Disputas y apuestas en el campo literario nacional y americano .....</b>	<b>64</b>
8.1 Lugar de los discursos en la tradición ideológica del latinoamericanismo .....	74
8.2 Lugar y función de la crítica oficial en el campo literario .....	78
8.3 Polémicas intelectuales en la literatura .....	81

8.4 Función social del escritor .....	90
<b>9. Capítulo III: Encuentros de escritores y reconfiguración de la geopolítica del saber y del pensamiento literario hispanoamericano.....</b>	<b>102</b>
9.1 Intelectuales y ciudades capitales hispanoamericanas: disputas por el “meridiano intelectual” durante el siglo XX .....	102
9.2 Encuentros de Escritores y geopolítica del pensamiento literario hispanoamericano .....	104
9.3 Intelectuales, universidad y poder en contexto de la Guerra Fría .....	109
<b>10. CONCLUSIONES Y PROYECCIONES DE ESTUDIO .....</b>	<b>120</b>
<b>11. BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>125</b>



## 1. INTRODUCCIÓN

El pasado siglo se caracterizó por la agitación, rapidez y violencia con la que sucedieron los eventos que marcaron el ritmo de la historia contemporánea: Primera Guerra Mundial, Revolución Rusa, Guerra Civil Española, Segunda Guerra Mundial, Holocausto Nazi, bombardeo nuclear a Nagasaki e Hiroshima y la carrera nuclear -que se prolonga hasta el día de hoy-, Guerra Fría y división ideológica del mundo, Revolución Cubana, caída del muro de Berlín y el posterior convencionalismo historiográfico sobre el fin del conflicto ideológico de la Guerra Fría (?); estos eventos dejaron en evidencia la capacidad de la humanidad para generar los suficientes avances tecnológicos, junto con las lamentables transgresiones éticas, como para destruirse y mantener la “paz” en las relaciones internacionales bajo la constante amenaza de una catástrofe nuclear total.

Ante este convulso escenario, la literatura, la filosofía y las ciencias sociales en general no quedaron indiferentes frente a los múltiples problemas que arrastraron estos conflictos. Por ejemplo, Hannah Arendt (1998) emprendió un análisis filosófico-crítico sobre las sociedades contemporáneas en el que señaló el carácter totalitario basado en la sensación de terror, cuyo “dominio” se extiende más allá de la esfera pública de la sociedad para alcanzar la esfera privada del individuo, que también se ve afectada por la eclosión de una violencia sin precedentes; totalitarismo cuya institucionalidad se advierte en los campos de concentración, catalogados por Arendt como laboratorios de dominación total (cfr. p. 317).

Por su parte, Jean Paul Sartre (2005) encontró en las experiencias de las dos guerras mundiales el sustento histórico y ontológico para argumentar que la realidad es vivida mediante el sentimiento de angustia, ocasionado por la toma de conciencia del ser humano respecto de su finitud en el mundo (cfr. p. 36). Asimismo, diversos autores desde la teoría crítica (tales como

Herbert Marcuse, Erich Fromm y Daniel Bell, por señalar algunos) criticaron duramente al sistema capitalista y, sobre todo, al desmesurado desarrollo tecnológico de las sociedades industriales avanzadas, las que apuntan a la pérdida del soporte ético en este proceso de proliferación de la máquina, al conducir a una sociedad cerrada capaz de disciplinar e integrar la totalidad de las dimensiones de la existencia, ejercer formas de control totalitarios que encauzan las necesidades de los individuos y que, además, silencian las fuerzas opositoras y críticas al orden establecido; en su conjunto, es posible leer los planteamientos de la teoría crítica como un esfuerzo reflexivo que nos lleva a reconsiderar y replantear la idea de cambio social y las diferentes posibilidades históricas que están a nuestro alcance para este propósito.

Los violentos eventos del siglo anterior se presentaron como un desafío para el heterogéneo grupo de intelectuales que reflexionó sobre las capacidades, orientaciones y acciones de las sociedades modernas, junto con el lugar que ocupan las distintas áreas del conocimiento frente al considerable aumento de la industria y el avance del sistema capitalista como una forma de organizar la estructura social occidental. Por este motivo, a mediados del siglo XX aumentaron las actividades artísticas y académicas destinadas a revisar y problematizar los fundamentos con los que operaban (para ese entonces) las disciplinas posicionadas en las universidades, por lo que la modalidad del “encuentro” -entendido como un espacio de diálogo entre los diferentes agentes de una disciplina u oficio- fue llevada a cabo en diferentes lugares de Chile, Hispanoamérica y el resto del mundo<sup>1</sup>; esta modalidad convocó a intelectuales cuyo principal interés fue participar en los debates contingentes y, así, transmitir una opinión pública

---

<sup>1</sup> Para las décadas del 50 y 60, podemos señalar el Primer Encuentro de Escritores Chilenos (Concepción, Chile, 1958); Segundo Encuentro de Escritores Chilenos (Chillán, Chile, 1958); Primer Encuentro de Escritores Americanos (Concepción, Chile, 1960); Congreso de Intelectuales (Concepción, Chile, 1962); Encuentro de Génova (Génova, Italia, 1965); Primer Encuentro de la Comunidad Cultural Latinoamericana (Arica, Chile, 1966); Segundo Congreso Latinoamericano de Escritores (Ciudad de México, México, 1967); Encuentro Latinoamericano de Escritores (Concepción, Santiago y Valparaíso, Chile 1969) y; Tercer Congreso Latinoamericano de Escritores (Puerto Azul, Venezuela, 1970) (cfr. Albuquerque, 2000, pp. 340-341).

al resto de la sociedad, con intenciones de modificar las condiciones sociales, económicas, políticas y artísticas en las que se veían envueltos.

Entre las actividades de mayor impacto para la primera mitad del siglo XX, encontramos al I Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura –celebrado en París, entre el 21 y 25 de junio de 1935-, el cual convocó a escritores<sup>2</sup> cuya postura política fue definida por ellos como antifascista. Esta actividad intelectual fue promovida como una respuesta a las injusticias sociales cometidas por el régimen de Franco en España; el diverso grupo de escritores buscó una plataforma en la cual discutir sobre la alarmante situación cultural por la que atravesaba Europa y el resto del mundo y, de esta manera, establecer vasos comunicantes entre el quehacer del escritor y preocupaciones intelectuales como lo fue la reflexión sobre el estado y proyección de las sociedades contemporáneas, es decir, discusiones críticas del presente y reflexiones proyectistas respecto a la dinámica social contemporánea.

Este Congreso puede ser leído como la experiencia intelectual precedente para el proyecto cultural que Gonzalo Rojas impulsaría en Concepción entre los años 1958 y 1962, ya que por primera vez durante el siglo XX se reunían diversos escritores de diferentes partes del mundo para discutir sobre la contingencia cultural y política para ese momento y, más específicamente, la participación de escritores hispanoamericanos en una actividad intelectual europea puso en evidencia la capacidad con la que contaban los escritores de esta región – catalogada muchas veces por la crítica literaria internacional como un espacio cultural aún dependiente de las formas artísticas y culturales provenientes de Europa- para dialogar en

---

<sup>2</sup> En total asistieron doscientos treinta escritores cuyos nombres destacaban en el espacio literario occidental y, además, representaban diferentes perspectivas estéticas y políticas. Entre ellos encontramos a André Malraux, André Gide, René Lalou, Jean-Richard Bloch, Henri Barbusse, Luis Aragón, Paul Nizan, Julien Benda y Jean Cassou, Arturo Serrano Plaja, Andrés Carranque de Ríos, Julio Álvarez del Vayo, Raúl González Tuñón y Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Octavio Paz y Cesar Vallejo, por señalar algunos.



igualdad de condiciones sobre asuntos políticos y artísticos: por primera vez en el siglo XX la voz del escritor-intelectual americano quedaba validada frente a agentes culturales europeos.

Entre 1958 y 1962, el poeta Gonzalo Rojas, motivado por una preocupación ética y estética sobre la condición humana del sujeto moderno, organizó junto a diversos académicos del Departamento de Español de la Universidad de Concepción una serie de encuentros literarios que reunió a diversos escritores -destacados y emergentes- de Chile y América, su apuesta política y cultural buscó analizar el comportamiento de la literatura nacional y continental, reflexionar sobre la función social del escritor y de las obras literarias, posicionar a las literaturas chilenas e hispanoamericanas en el mismo nivel que las producidas en otras partes del mundo, analizar el comportamiento de la crítica oficial (nacional y extranjera) y su relación con los planteamientos estéticos y políticos de los escritores, así como otros asuntos que se fueron desprendiendo a partir de las heterogéneas escrituras ensayísticas presentadas en cada actividad, con sus respectivas discusiones y recepciones críticas posteriores.

Los encuentros de escritores de Concepción –al igual que el resto de las actividades intelectuales de este tipo- carecen de estudios sistemáticos y, por ende, ocupan un lugar marginal dentro de los estudios literarios y las historias de la literatura chilena e hispanoamericana del siglo XX; encontramos escasas referencias de los intereses y relaciones sociales, económicas, institucionales, políticas y literarias depositadas en estas jornadas, mucho menos sobre las disputas y apuestas para el campo literario a nivel nacional y continental, al igual que sobre el lugar de emplazamiento de estas actividades y la relevancia de la organización de encuentros de escritores en la provincia de Concepción, en tiempos en que el centralismo -ejercido por Santiago y otros “meridianos intelectuales” de América- marcaba las pautas de la distribución del capital cultural. La historia de la literatura, junto con los estudios literarios más relevantes del

siglo XX, privilegian una visión clásica al realizar un examen formal de la literatura, ya que abordan exclusivamente asuntos de estilo literario, temáticas y propiedades de las obras y, por ende, excluyen de su análisis asuntos extra-textuales, como por ejemplo, los espacios donde los escritores llevaron a cabo actividades de difusión y debates de crítica literaria.

El presente estudio se encarga de estos silencios de la crítica literaria y de las historias de la literatura, por cuanto pretende posicionar el Primer Encuentro de Escritores Chilenos (1958) y el Primer Encuentro de Escritores Americanos (1960) dentro del complejo escenario de relaciones y discusiones intelectuales de mediados del siglo XX en América. Esta investigación tiene como objetivo estudiar el Primer Encuentro de Escritores Chilenos (1958) y el Primer Encuentro de Escritores Americanos (1960) en Concepción, donde convergieron destacados escritores del campo literario nacional e internacional, respectivamente, y que, además, fueron instancias previas y fundamentales para la realización del reconocido Congreso de Intelectuales en 1962. De esta forma, analizaremos la relevancia de estas actividades para el campo literario chileno y americano, desde la perspectiva de la historia intelectual, la historia de los intelectuales y la sociología de la cultura, con el fin de extender los estudios literarios en Chile al examinar los documentos de los escritores que, hasta el momento, no han sido considerados por la crítica, lo que nos llevará, en primer lugar, a replantearnos la noción de “obra” al incluir las intervenciones de los escritores como parte de sus producciones literarias y, en segundo lugar, a profundizar en la visión particular de cada intelectual sobre asuntos de teoría, creación literaria y su función en la sociedad.

## 2. HIPÓTESIS

Gonzalo Rojas impulsó cada uno de los encuentros de escritores con el fin de descentralizar la producción y difusión de las obras y saberes dentro del campo literario, es decir, promover a Concepción como el nuevo meridiano intelectual de Chile y América Latina en búsqueda de una reconfiguración geopolítica del saber y de la práctica literaria. Sugerimos que estos encuentros de escritores constituyen una manifestación de regulación dentro del campo literario y un intento por establecer un compromiso social por parte de los intelectuales frente al peligro de fragmentación y desterritorialización de las literaturas a mediados del siglo XX, por lo que ambos encuentros se traducen en un esfuerzo por afirmar una literatura en términos nacionales y latinoamericanos.



### **3. OBJETIVOS**

#### **3.1 Objetivo general:**

Analizar el impacto para el campo literario chileno y americano del Primer Encuentro de Escritores Chilenos (1958) y del Primer Encuentro de Escritores Americanos (1960), desde la perspectiva de la historia intelectual, la historia de los intelectuales y la sociología de la cultura, con el fin de extender los estudios literarios en Chile e Hispanoamérica.

#### **3.2 Objetivos específicos:**

- Identificar y examinar los intereses sociales, políticos y literarios por parte de los agentes culturales que estuvieron involucrados en la organización de ambos encuentros de escritores en Concepción.
- Analizar las propuestas de los escritores para el campo y oficio literario nacional y americano en cada uno de los encuentros.
- Analizar el lugar de enunciación de los intelectuales y su función respecto a la configuración de una geopolítica del saber y de la práctica literaria.

#### 4. CRÍTICA PRECEDENTE

En este estudio analizaremos los encuentros literarios organizados por Gonzalo Rojas y auspiciados por la Universidad de Concepción durante la década del '50 en la ciudad penquista; conocidos como el Primer Encuentro de Escritores Chilenos (1958) y; el Primer Encuentro de Escritores Americanos (1960) (en adelante, nos referiremos a ellos como PEEC y PEEA, respectivamente), pues a partir de ellos es posible identificar y analizar los intereses personales, institucionales y literarios que estuvieron en juego al momento de llevar a cabo ambos encuentros, en la medida que aportaron a la historia de la literatura, además de los diversos agentes que participaron en estos. Por un lado, proponemos que Gonzalo Rojas impulsó estas actividades con el fin de descentralizar la producción y difusión de las obras y saberes dentro del campo literario, es decir, promover a Concepción como un nuevo meridiano intelectual de Chile y, posteriormente, de América Latina. Además, sugerimos que estos encuentros de escritores constituyen una manifiesta regulación dentro del campo literario y de compromiso político, social y cultural por parte de los intelectuales frente al peligro de fragmentación y desterritorialización de las literaturas a mediados del siglo XX, por lo que ambos encuentros se traducen en un esfuerzo por proponer una literatura en términos nacionales y latinoamericanos.

El PEEC fue un evento realizado en 1958 bajo la dirección de Gonzalo Rojas como una de las actividades principales de la *IV Escuela Internacional de Verano* de la Universidad de Concepción. El poeta promovió esta actividad con la finalidad de obtener, a través de la confrontación de diferentes puntos de vista, un balance crítico de la situación de la literatura nacional en sus diferentes géneros: poesía, novela, cuento, teatro, ensayo y crítica<sup>3</sup>. Dos años

---

<sup>3</sup> Los escritores que participaron en este encuentro, con sus respectivos trabajos, fueron: en reflexión sobre poesía, Braulio Arenas (“La Mandrágora”), Miguel Arteche (“Notas para la vieja y la nueva poesía chilena”), Efraín Barquero (“El poeta joven y la formación de su mundo poético”), Humberto Díaz Casanueva (“Bases para una discusión sobre las relaciones actuales entre poesía y ciencia”), Nicanor Parra (“Poetas de la claridad”) y Gonzalo

más tarde, en el contexto de la *VI Escuela Internacional de Verano*, se llevó a cabo el PEEA, congregando a más de treinta escritores de diferentes lugares de América<sup>4</sup>. De modo que, ambas instancias de convergencia de escritores prepararon el terreno literario e institucional para lograr, en 1962, el exitoso Congreso de Intelectuales<sup>5</sup> cuyo impacto a nivel nacional e internacional se hace patente a través de diversos estudios críticos (a diferencia de lo que sucede con el PEEC y el PEEA), que consideran este evento como el inicio del boom literario latinoamericano a partir de la década del 60’.

Conforme a lo anterior, lo que nos interesa revisar en esta crítica precedente es cómo se ha estudiado y el lugar que ocupan estos encuentros de escritores dentro de la historia de la

---

Rojas (“Primer Encuentro Nacional de Escritores”). Sobre narrativa, Guillermo Atías (“La literatura como lujo”), Daniel Belmar, Armando Cassigoli (“Literatura y responsabilidad”), Mario Espinosa (“Una generación”), Nicomedes Guzmán (“Enuentro emocional con Chile”), Enrique Lafourcade (“La doctrina del objeto estético”), Carlos León (“Consideraciones literarias”), Herbert Müller (“Los escritores jóvenes y los problemas sociales”), Volodia Teitelboim (“La generación del 38 en busca de la realidad chilena”) y José Vergara (“Tres actitudes frente a la novela”); en teatro, Fernando Debesa (“Nuestra herencia teatral”), Luis Alberto Heiremans (“La creación personal y el trabajo en equipo en la dramaturgia chilena actual”) y José Morales; en ensayo y crítica, Fernando Alegría (“Resolución de medio siglo”), Alfredo Lefebvre (“Análisis e interpretación de poemas”), Juan Loveluck (“Notas sobre ‘La Araucana’”), Mario Osses (“Fronteras de la novela y el cuento y ‘la novela de Chile’”) y Luis Oyarzún (“Crónica de una generación”).

<sup>4</sup> De Argentina, Enrique Anderson Imbert, Eduardo Mallea, Ernesto Sábato e Ismael Viñas; de Bolivia, Jacobo Libermann; de Brasil, Afranio Coutinho y Sergio Meillet; de Colombia, Germán Arciniegas y Jorge Zalamea; de Costa Rica, Joaquín Gutiérrez; de Cuba, José Antonio Portuondo; de Chile, Margarita Aguirre, Fernando Alegría, Braulio Arenas, Miguel Arceche, Julio Barrenechea, Alfredo Lefebvre, Luis Oyarzún, Nicanor Parra, Daniel Belmar, Gonzalo Rojas y Volodia Teitelboim; de Ecuador, Ángel F. Rojas; de El Salvador, Hugo Lindo; de Estados Unidos, Vance Bourjaily, Lawrence Ferlinghetti, Allen Ginsberg y Stanley Richard; de México, Leopoldo Zea; de Panamá, Guillermo Sánchez; de Perú, Sebastián Salazar Bondi y Alberto Wegner Reyman; de Uruguay, Carlos Martínez Moreno y, de Venezuela, Ramón Díaz Sánchez, Mario Briceño y Oscar Sambrano.

<sup>5</sup> Actividad que consistió de dos ciclos: “Imagen del hombre” e “Imagen de América Latina”. Los escritores que participaron en este último ciclo, con sus respectivas ponencias, fueron: Mario Benedetti (“Evasión y arraigo en la actual literatura uruguaya”), Benjamín Carrión (“Latinoamérica en marcha hacia su segunda independencia”), Mariano Picón Salas (“Herencias y tensiones en la cultura latinoamericana. Los problemas de una integración cultural”), Augusto Roa Bastos (“Paraguay, una isla literaria en América”), Héctor P. Agosti (“La literatura como conciencia nacional”), Oswaldo Guayasamín (“El camino del llanto”), Octavio Paz (“La tradición iberoamericana”), Carlos Fuentes (“Hacia una política internacional latinoamericana”), Tole Peralta (“Enfoques de la plástica americana”), Carolina María de Jesús (“Experiencias”), Jesús Bara (“Observaciones sobre historia y arte Quechua”), José Miguel Oviedo (“El fracaso del romanticismo en América. Interpretación socio-económica”), José María Arguedas (“Observaciones etnológicas y antropológicas”), Marta Brunet (“Mi experiencia literaria”), Gerardo Molina (“Notas sobre la democracia política y el desarrollo económico de América Latina”), Alejo Carpentier (“La novela, expresiones del mundo americano”), Felipe Herrera (“Desarrollo económico latinoamericano”), Claribel Alegría (“Vida y pasión de centro-América”) y Luis Oyarzún (“Imagen de Chile”) (cfr. Informe VII Escuela Internacional de Verano de 1962, Archivo Secretaría General de la Universidad de Concepción –sin clasificar–, 2 de enero de 1962, pp. 1-2)

literatura nacional y continental. Puesto que tan solo se cuenta con un estudio que trata específicamente los encuentros, se ha clasificado el resto de los textos de la siguiente manera: a) obras sobre historia de la literatura chilena y americana; b) textos biográficos de Gonzalo Rojas, y c) textos tipo repertorio.

El estudio de Germán Alburquerque (2000) es el único texto que analiza uno de los encuentros que se pretende analizar en este estudio. En este se refiere al PEEA como la primera de las siete actividades en América<sup>6</sup> que lo llevan a plantear la efectiva existencia de una red de escritores latinoamericanos en los años sesenta (cfr. p. 338). Alburquerque no analiza el PEEA, pues solo se ciñe a una revisión heurística y superficial del encuentro, mencionando a los escritores que participaron y citando dos de las intervenciones que Gonzalo Rojas consideró como las más destacadas: la emitida por Ernesto Sábato y, luego, la del mexicano Jaime García Terrés, quien alude a la búsqueda de una identidad latinoamericana.

Puesto que el estudio de Alburquerque aborda superficialmente el PEEA, más que aportes o luces para nuestra investigación, nos plantea desafíos que asumir. Al indicar al PEEA como la actividad que inaugura la red de escritores americanos en los años 60 (cfr. p. 344), surgen interrogantes sobre las particularidades que tuvo este vínculo y diálogo disciplinar entre escritores y de los agentes que estuvieron involucrados, ya que hay que considerar que, en este encuentro, la relación no se dio de forma exclusiva entre los escritores, sino que además estuvieron mediados por recursos textuales, además de involucrar factores institucionales, periodísticos, geográficos, entre otros.

---

<sup>6</sup> Las siete actividades que reúnen a reconocidos intelectuales de América y que, según el autor, consolidan la red de escritores, son: *Primer Encuentro de Escritores Americanos*, Universidad de Concepción, Chile (1960); *Congreso de Intelectuales*, Universidad de Concepción, Chile (1962); *Encuentro de Génova* (1965); *Primer Encuentro de la Comunidad Cultural Latinoamericana*, Arica, Chile (1966); *Segundo Congreso Latinoamericano de Escritores*, Ciudad de México, Guanajuato y Guadalajara, México (1967); *Encuentro Latinoamericano de Escritores*, Concepción, Santiago y Valparaíso, Chile (1969) y; *Tercer Congreso Latinoamericano de Escritores*, Puerto Azul, Venezuela (1970).

#### 4.1 El PEEC y PEEA en la historia de la literatura chilena y latinoamericana

Salvo el estudio ya señalado, acusamos la inexistencia de estudios críticos sobre los dos encuentros de escritores realizados en Concepción. Tanto el PEEC como el PEEA no figuran en las historias de la literatura latinoamericana y chilena más relevantes del siglo XX, tales como: *Historia de la literatura hispanoamericana* (1961) de Enrique Anderson Imbert, *Nueva historia de la gran literatura iberoamericana* (1960) y *Panorama de la literatura iberoamericana* (1963) de Arturo Torres Rioseco, *Historia de la novela hispanoamericana* (1972) e *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana* (1988) de Cedomil Goic, *Historia de la literatura hispanoamericana* (1982) de Luis Iñigo Madrigal, *Historia de la literatura hispanoamericana: a partir de la independencia* (1987) de Jean Franco, *Historia de la literatura hispanoamericana* (2001) de José Miguel Oviedo, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile* (2007) de Bernardo Subercaseaux y, *La literatura chilena del siglo XX* (1962) de Fernando Alegría.

Conforme a lo anterior, se puede desprender que las historias de la literatura del siglo XX suelen analizar las obras de los escritores más destacados, excluyendo los emplazamientos de esas literaturas y los lugares donde estos escritores realizaron actividades de difusión y crítica literaria. Ante todo, estos estudios potencian el examen intra-textual de la literatura por sobre lo extra-textual, privilegiando aspectos de escritura literaria, temáticas y características de las obras, criterios que corresponden a la visión clásica de los estudios literarios. Por consiguiente, los discursos de los escritores en los encuentros literarios no han sido objeto de estudio por parte de la crítica o por la historia de la literatura, lo que indica su marginación del corpus de los escritores, de lo que se deduce su etiqueta de “irrelevante” para el desarrollo del campo literario nacional y latinoamericano.



#### 4.2 El PEEC y PEEA en textos biográficos sobre Gonzalo Rojas

La obra de Fabienne Bradu (2016)<sup>7</sup> resulta fundamental para aproximarse al objeto de esta investigación ya que, al ser un texto biográfico sobre el poeta, incluye en sus capítulos las gestiones académicas y literarias llevadas a cabo durante su paso como docente de la Universidad de Concepción desde 1952 (cfr. p. 121). Allí se relata, por ejemplo, el origen de la inquietud de Rojas por incorporar, como un ejercicio experimental y paralelo al desarrollo de la *IV Escuela Internacional de Verano* de la Universidad de Concepción, diálogos entre diferentes escritores nacionales, iniciativa que fuera apoyada por Alfredo Lefebvre y Juan Loveluck (cfr. pp. 138-142).

Bradu señala que la intención de Gonzalo Rojas de efectuar este encuentro fue reunir a los escritores de la generación de 1938 que, para ese entonces, cumplía veinte años de existencia (cfr. p. 142). Esta afirmación de la investigadora es ampliada por Luis Muñoz y Dieter Oelker (1993) al señalar que este encuentro “significa un intento de examinar la literatura chilena en la perspectiva de dos generaciones, la del '38 y la del '50” (p. 323); es más, circunscriben esta actividad como un escenario propicio para el reconocimiento de esta última generación, puesto que la mayoría de los escritores que participaron en el certamen pertenecían a esta.

Volviendo al estudio de Bradu, además de señalar los pormenores y avatares del PEEC, en este se realiza una interesante valoración de la actividad y de la importancia de convocar un encuentro en tiempos en que Chile se hallaba “lacrado por las rencillas personales y políticas” (p. 142). Esta obra es el estudio más completo del que disponemos para abordar tanto el PEEC como el PEEA. Por un lado, incluye una síntesis de los diferentes trabajos presentados en el PEEC

---

<sup>7</sup> Obra de la investigadora y crítica literaria que, debido a la cercana relación que mantuvo con Gonzalo Rojas, goza de gran precisión y profundidad sobre la vida del poeta, además de un manejo privilegiado de documentos inéditos como, por ejemplo, la correspondencia privada. Es por lo anterior que este texto biográfico resulta, además, una obra de orientación apologética sobre la agencia cultural de Gonzalo Rojas.

(ordenados cronológicamente) y de los debates que se generaron entre los escritores (cfr. pp. 144-150), además de reflexionar sobre la importancia de este certamen para las letras nacionales al permitir conocer el pensamiento de los escritores convocados más allá de sus obras y generar el debate entre ellos. Asimismo, señala las principales proyecciones del encuentro, tales como la alfabetización de la zona sur del país, la creación de talleres literarios patrocinados por la Universidad de Concepción, el traslado de la dirección de la revista *Atenea* de Santiago a Concepción y la edición de libros de autores nacionales a cargo de la Universidad (cfr. p. 151).

Por otro lado, al hablar del PEEA de 1960, la autora lo hace relacionándolo con el contexto político y cultural de América, marcado principalmente por la Revolución Cubana, además de señalar sus implicaciones para esta región. En consecuencia, este certamen de carácter americano se traduce, según la autora, en un “caldo de cultivo propicio para la reflexión sobre temas políticos y sociales” (p. 173).

La investigadora señala, además, las características generales que marcaron el encuentro, abarcando desde el discurso inaugural, un sumario de las principales ponencias, las actividades culturales que acompañaron la realización del PEEA, un análisis de las consecuencias inmediatas que tuvo esta convocatoria para la ciudad de Concepción, hasta las principales propuestas al momento de su culminación, como lo fue la creación de una Sociedad de Escritores de América cuyo directorio quedó conformado provisionalmente en esa ocasión (cfr. pp. 174-181). Como vemos, el estudio de Fabienne Bradu no va más allá de hacer una síntesis informativa de ambos encuentros de escritores, junto con exaltar la agencia cultural que el poeta desarrolló a mediados del siglo XX en la Universidad de Concepción; si bien el estudio biográfico de Bradu nos proporciona una síntesis y ordenamiento cronológico de las principales actividades y discusiones en ambas actividades, también nos presenta el desafío de tomar distancia de la evidente función

apologética que cumple su obra respecto a la figura de Gonzalo Rojas como poeta y agente cultural en el campo literario chileno e hispanoamericano.

### 4.3 El PEEC y PEEA en textos de tipo repertorio

El trabajo de Luis Muñoz y Dieter Oelker (1993), *Diccionario de movimientos y grupos literarios chilenos. Desde el Movimiento Literario de 1842 hasta el Teatro de la Década del '50*, se enfoca en reunir asuntos, polémicas, actividades y fuentes sobre la literatura nacional, más que en analizarlos exhaustivamente. Debido a la naturaleza este estudio, las referencias al PEEC y al PEEA son realizadas de forma indirecta, es decir, que no se centran en el desarrollo de ambos encuentros y mucho menos en un análisis sobre la relevancia de estos para las letras nacionales y americanas, sino que son mencionados descriptivamente por los autores del diccionario cuando analizan la generación literaria de 1950.

Esta particularidad de la obra no hace que se traduzca, como puede pensarse, en una crítica de menor valor para esta investigación, al contrario, resulta ser un estudio complementario y de gran provecho, ya que aborda exhaustivamente a la mayoría de los escritores que participaron en estos encuentros, principalmente en el PEEC.

Muñoz y Oelker se detienen a revisar el criterio y los argumentos que utiliza Enrique Lafourcade en su obra *Antología del nuevo cuento chileno* (1954) para reunir a ciertos escritores bajo el sello de “generación de 1950”<sup>8</sup>, caracterizándola como individualista, aristocrática, antirrevolucionaria y con fuertes pretensiones de deshumanización en su literatura (cfr. pp. 319-

---

<sup>8</sup> Los escritores que entran en esta generación, según Lafourcade, son: Margarita Aguirre (1925), Fernando Balmaceda (1923), Guillermo Blanco (1926), Armando Cassigoli (1928), José Donoso (1924), Alfonso Echeverría (1922), Jorge Edwards (1931), Felix Americh (1932), Mario Espinosa (1924), Pablo García (1919), María Elena Gertner (1927), Claudio Giaconi (1927), Cesar Ricardo Guerra (1933), Yolanda Gutiérrez (?), Eugenio Guzmán (1926), Luis Alberto Heiremans (1928), Pilar Larraín (1927), Jaime Laso (1926), Enrique Lihn (1929), Enrique Molleto (1926), Gloria Montaldo (1925), Herbert Müller (1923), Alberto Rubio (1928) y María Eugenia Sanhueza (1927).

321), además, se hacen cargo de la recepción crítica que surgió ante los planteamientos de Lafourcade, destacando el desacuerdo expresado por Alone y Miguel Arteche (cfr. pp. 321-323). En relación con lo anterior, el PEEC fue una instancia donde se debatió sobre la existencia de lo que Lafourcade había denominado como “generación de 1950” (cfr. pp. 334-335).

## **5. MARCO TEÓRICO**

A continuación se ofrece un debate sobre las diferentes perspectivas de análisis y herramientas conceptuales pertinentes para el desarrollo de esta investigación, es decir, para el estudio de los encuentros de escritores organizados a fines de la década del 50' en Concepción (PEEC y PEEA). Por un lado, los enfoques que abordaremos serán la historia de los intelectuales, la sociología de la cultura y la historia intelectual, sobre los que señalaremos sus principales características, sus funciones y alcances metodológicos, además de justificar su pertinencia para el presente estudio. Por otro lado, nos concentraremos en las categorías de “intelectual” y “meridiano intelectual”, puesto que los sujetos que estuvieron involucrados, tanto en la organización como en el desarrollo de los encuentros, fueron escritores que, en algunos casos, se autodefinieron explícitamente como intelectuales, y al resto de los escritores, resulta posible asociarlos a este término moderno, ya que sus intervenciones abordaron tanto la relación entre literatura y realidad, como la función de los escritores frente a los problemas sociales.

### **5.1 Perspectivas de estudio: historia de los intelectuales, historia intelectual y sociología de la cultura**

Los encuentros literarios que estudiaremos se encuentran constituidos por diferentes aspectos, tales como: escritores que participaron y que eventualmente formaron una red intelectual, institución organizadora (universidad), lugar de enunciación (Concepción) que

desafía la existencia de un centro en la producción intelectual de Chile y América, y las intervenciones de los escritores en los encuentros, que podemos leer hoy como documentos que respaldan nuestra lectura, entre otros.

En primer lugar, será necesario realizar un análisis de los encuentros literarios desde la historia de los intelectuales ya que, al encargarse de estudiar a este grupo de individuos capaces de transmitir sus críticas y opiniones sobre lo social a través de sus propios medios (cfr. Bourdieu, 2000, pp. 171-172), nos permite centrar nuestro análisis en las prácticas de los individuos concretos que estuvieron involucrados en la organización de las actividades literarias en Concepción, a la vez que resulta posible examinar los motivos e intereses que estaban en juego en esta apuesta intelectual, es decir, preguntarse por ¿quiénes y por qué llevaron a cabo estos encuentros?

De esta forma, es posible reconocer la autoría de ciertas ideas o sistemas de representaciones, para así, evitar la explicación estructural de los sucesos en el campo de la historia intelectual, donde se tiende –erróneamente- a exponer la aparición de ciertos eventos intelectuales o cambios de paradigma a partir de criterios económicos, por fuerzas sociales que superan al individuo, e incluso, por categorizaciones históricas totalizantes como las planteadas por la historia de las ideas, reduccionismo que fue puesto en duda por Lucien Febvre (y por la Escuela de los Annales) durante la década de 1920 al preguntarse si acaso “¿podemos reducir a las categorías tradicionales que utiliza la historia de las ideas (Renacimiento, Humanismo, Reforma, etcétera) los pensamientos a veces contradictorios, a menudo artificiosos y en todo caso siempre inestables de un hombre o un medio?” (Febvre, citado por Chartier, 1992, p. 16).

En cuanto a lo anterior, el estudio de Diana Guzmán (2011) contrapone la historia intelectual con la historia social e historia de las ideas, y señala -apoyada en el giro lingüístico- el

carácter subjetivo y reduccionista de esta última. Guzmán denuncia cómo la historia de las ideas ha socavado el desarrollo de una historia intelectual en Latinoamérica, ya que se suele analizar el pensamiento de esta región a través de las categorizaciones que proporciona y sobre las cuales descansa la historia de las ideas que, velada por una identidad unificadora del pensamiento, representa el proceso intelectual de América Latina como una sucesión lógica a partir de periodizaciones arbitrarias en las que, por ejemplo, “se ha querido vincular al modernismo (...) como el resultado del socavamiento del romanticismo y a este como la puesta en duda del positivismo” (p. 198), criterio de estructuración recurrente en las historias de la literatura escritas en y sobre América Latina y que se presentan como un problema al no poner en duda que las periodizaciones ofrecidas por la historia de las ideas responden, por sobre todo, a las necesidades interpretativas del historiador que las articula para, en primer lugar, separar lo fundamental de lo secundario y, en segundo lugar, otorgar una imagen del pensamiento literario latinoamericano aparentemente unificado y lógicamente ordenado (cfr. p. 200).

Por consiguiente, esta investigación, en vez de reducirse a una explicación universalista o idealista de la historia -como lo podría ser el realizar una lectura de los encuentros de escritores a través de las tendencias estéticas de la época defendidas por la generación literaria del momento-, demanda una lectura desde la perspectiva de la historia intelectual con marcadas influencias de la sociología de la cultura para, luego de tratar las prácticas de individuos concretos, concentrarnos en los factores institucionales, culturales y sociales que hicieron posibles estas actividades intelectuales en Concepción. Es preciso señalar que, ante todo, resulta complejo llegar a una consideración unívoca sobre los límites objetuales y metodológicos de la historia intelectual; sin embargo, sí es posible plantear un consenso, entre todos los debates generados en torno a esta disciplina, respecto a su transdisciplinariedad, ya que los procesos intelectuales

necesitan ser explicados en su complejidad, lo que abarca, entonces: individuos concretos, recepción de sus propuestas e instituciones y agentes mediadores de esos discursos.

Sobre la sociología de la cultura, Raymond Williams (1981) nos señala que debe entenderse como un amplio campo de estudio en el que convergen diversos intereses y métodos, cuya principal preocupación recae en las instituciones que participan en el proceso de producción cultural (cfr. p. 28). De manera que, para nuestro estudio, es la institución literaria, entendida como un campo de saber, el centro del debate cuyos límites objetuales y teóricos se encuentran, para la década del 50', consolidados gracias a la existencia de instituciones mediadoras, como la Sociedad de Escritores de Chile (SECH), que se encarga de profesionalizar el ejercicio de la escritura y estimular la producción literaria nacional a través de concursos, eventos literarios y apoyo a revistas (cfr. Aguilera y Antivilo, 2002, p. 54), así como la presencia de alrededor de treinta casas editoriales dentro de las cuales destacan Zig-Zag y Ercilla, la mayoría ubicadas en la capital (cfr. Subercaseaux, 1984, p. 19). Estas agencias mediadoras le otorgan una relativa estabilidad a la institución literaria, lo que facilita el análisis al interior del campo literario. Además, hay que agregar que la universidad, entendida como un organismo institucional dedicado a la producción y difusión de saberes, ocupa un papel relevante en la estabilidad del campo literario, ya que en ella se discute, selecciona, ordena y transmite el conocimiento<sup>9</sup> y, respecto a nuestra investigación, es el lugar desde donde son organizados los encuentros y convocados los escritores nacionales y extranjeros.

Por consiguiente, la sociología de la cultura atiende a las redes de sociabilidad presentes en los procesos de producción cultural que, para esta investigación, son las relaciones multidireccionales establecidas entre: a) escritores; b) escritores e institución literaria; c)

---

<sup>9</sup> Hay que recordar que Gonzalo Rojas junto con Juan Loveluck, Alfredo Lefebvre y el resto del cuerpo docente del Departamento de Español de la Universidad de Concepción, en sus inicios –década del '50- proporcionaron textos de crítica literaria a diario *El Sur* para que fuesen publicados sin remuneración alguna.

escritores y universidad; d) escritores y realidad social; e) escritores y comunidad; f) escritores y medios de comunicación (prensa) y g) institución universitaria y prensa, lo que nos llevará a analizar problemáticamente la existencia de una red intelectual con sus mecanismos de acción y proyecciones tanto para el campo literario como para lo que los escritores entendían como realidad social latinoamericana<sup>10</sup>. De manera que, la relación entre cultura y sociedad hay que entenderla desde su especificidad acorde al momento histórico y a la sociedad que se pretenda investigar, ya que, según Williams, una “sociología de la cultura apropiada debe ser una sociología histórica” (p. 31), para evitar que la teoría llegue a constituirse en una afirmación *a priori*.

De modo que, la historia intelectual, al estar en contacto con la sociología de la cultura, no cuenta con una metodología unívoca, ya que al ser su objeto de estudio “el trabajo del pensamiento en el seno de experiencias históricas” (Altamirano, 2005, p. 10), se relaciona metodológicamente con otras disciplinas. Este “trabajo del pensamiento” en los encuentros de escritores en Concepción se vio reflejado con la discusión *in situ*, en actividades públicas, entre escritores sobre el campo literario y su conexión con la realidad hispanoamericana, intervenciones que quedaron registradas para la posteridad en la edición especial de la revista *Atenea* (1958, 380-1). Conforme a lo anterior, resulta indispensable ocuparnos de las observaciones que entrega Dominick LaCapra (1980) sobre la relación entre la historia intelectual y el análisis de los textos.

---

<sup>10</sup> Es oportuno señalar que, al analizar las proyecciones planteadas por los escritores a través de sus intervenciones, será posible discutir si acaso la red de intelectuales se trazó en un plano exclusivamente discursivo o si lograron concretar sus propuestas (PEEC: campañas de alfabetización para la zona sur del país, edición de obras de escritores chilenos por parte de la editorial de la Universidad de Concepción, traslado de la dirección de la revista *Atenea* a Concepción; PEEA: creación de la Sociedad de Escritores Americanos, búsqueda de integración latinoamericana en sus diferentes aspectos políticos, sociales, culturales, literarios, etc.).



LaCapra propone una metodología para el trabajo con textos desde la historia intelectual, con el fin de evitar reducirlos a la mirada documentalista que los considera como simples evidencias del pasado. La toma de posición del autor está marcada por el giro lingüístico, planteado por Hayden White, al considerar el conocimiento de nuestra realidad a través del lenguaje y que “todas las definiciones de la realidad están comprometidas en procesos textuales” (p. 241), por ende, para el historiador intelectual, el problema recaerá en cómo leer estos textos y las posibilidades que tienen de ser interpretados. La propuesta de LaCapra consiste en que el texto debe ser leído tanto en su dimensión documentaria como en su ser-obra, la primera generada por su ubicación temporal en la historia, mientras que la segunda se concibe a través del diálogo problemático que puede establecer el historiador entre el texto y su contexto pertinente (cfr. pp. 244-247), ya que así es “cuando una conversación con el pasado ingresa en dimensiones de su pensamiento que se refieren más enérgicamente al pasado y el futuro” (p. 247).

De modo que, esta investigación analizará los discursos de los escritores desde un nivel intratextual, es decir, estudiaremos los tópicos que fueron incluidos en las intervenciones de ambos encuentros de escritores, con el propósito de acercarnos a ellos de manera problemática al abordar los intereses que operaron en el fondo de estas intervenciones y su (s) función (es) dentro del campo literario.

## **5.2 Categorías conceptuales: la noción de “intelectual” y la disputa por el “meridiano intelectual”**

Hablar de los encuentros de escritores de la década del '50 en Concepción nos remitirá, inevitablemente, al polémico concepto de intelectual, puesto que los escritores que participaron en ambas actividades se autodefinieron explícitamente como tales y trazaron su ocupación en

relación con la realidad social, frente a la que ellos asumían la responsabilidad de recoger e interpretar los problemas.

Zygmunt Bauman en *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales* (1995) busca definir, desde una hermenéutica sociológica, el papel que han desempeñado históricamente los intelectuales en la realidad social. Asimismo, en esta misma línea temática, Carlos Altamirano en *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta* (2013) pretende, desde una perspectiva multidisciplinar, examinar los medios con los que se cuenta para estudiar al intelectual, noción que es abarcada por el sociólogo argentino desde su historicidad, ya que adquiere diferentes significados y valoraciones dependiendo de la sociedad y del momento histórico al que se refiera.

A través de estas referencias, es posible analizar preliminarmente la posición que ocuparon los escritores de los encuentros literarios -a través de sus discursos puestos en discusión- en el lugar de enunciación como una propuesta descentralizadora en el ámbito cultural e intelectual hispanoamericano.

El vocablo “intelectual”, desde su origen moderno con el caso Dreyfus<sup>11</sup>, ha estado sujeto a constantes debates con respecto a sus acepciones del ser y deber ser del intelectual, es decir,

---

<sup>11</sup> El caso Dreyfus tuvo lugar a fines del siglo XIX (1894) en Francia y consistió en una sentencia judicial, por parte del tribunal militar, que condenó a Alfred Dreyfus, capitán de origen judío, a cadena perpetua por el supuesto delito de espionaje por entregar documentos privados al ejército alemán. La familia del imputado, convencida de su inocencia y ayudada por el periodista B. Lazare, investigó y recopiló pruebas contundentes que apuntaban al comandante Esterhazy como el verdadero culpable, suposición que sería afirmada en 1896 por el jefe del servicio de contraespionaje de Francia, G. Picquart. Pese a ello, el tribunal militar no consideró reabrir el caso lo que detonó la respuesta crítica, en primer lugar, de Emile Zolá a través de su carta abierta al presidente de la República, Félix Faure, publicada el 13 de enero de 1898 en el diario *L'Aurore littéraire* bajo el título “J’acuse”, donde denunciaba el profundo antisemitismo que operaba en el fondo del caso Dreyfus y mostraba al Estado Francés en crisis al faltar a la verdad y no intervenir en el caso y remediar la injusta sentencia a Dreyfus ( cfr. Ory, P. y Sirinelli, J., 2007, p. 15). La carta de Zolá impactó dentro de la elite cultural francesa por lo que en el mismo diario rápidamente aparecieron dos protestas firmadas por universitarios, diplomados, artistas y miembros de diversas profesiones liberales (cfr. p. 16) que se adherían al alegato de Zolá y pedían reabrir el caso contra Dreyfus. Hasta este momento no se reconoce a este grupo como intelectuales, sino que será hasta el 23 de enero del mismo año cuando G. Clémenceau, médico, periodista y político francés, tras adherirse a la defensa de la inocencia de Dreyfus, escribe: “¿Acaso no son un signo, todos esos *intelectuales* venidos de todos los rincones del horizonte, reunidos por una

sobre cómo se define circunstancialmente y cómo se proyecta, en términos éticos, su actividad en la sociedad<sup>12</sup>. Es así como resulta problemático llegar a un consenso sobre el deber ser de la figura del intelectual en las sociedades, por lo que este solo puede ser definido en el sentido de la función específica que desarrolla en situaciones históricas particulares; por ejemplo, la noción del intelectual que emerge en Francia durante el caso Dreyfus será significativamente diferente a la que circuló a mediados del siglo XX en América Latina o, respecto a la actual consideración del intelectual y su crisis. En el estudio de Ángel Rama, *La ciudad letrada* (1998), es posible evidenciar el proceso de metamorfosis de las funciones y del lugar de los intelectuales en la cultura hispanoamericana desde el periodo colonial hasta la modernidad latinoamericana, puesto que el ensayista uruguayo aborda desde el proceso de consolidación de este grupo -al operar en la esfera simbólica del signo- hasta las posteriores adaptaciones, como por ejemplo, el proceso de expansión y aumento de las funciones de los intelectuales producto de la (sobre)especialización del trabajo en la medida que las sociedades hispanoamericanas se hacían más complejas.

La coalición cultural que se afianzó con el caso Dreyfus, conformada por el grupo de intelectuales que defendieron firmemente una idea basada en la búsqueda de la verdad y la justicia, en palabras de Altamirano (2013), “anuncia que un nuevo actor colectivo había hecho su ingreso en la vida pública francesa” (p. 19), por lo que el intelectual adquirió notoriedad ligado a la idea de compromiso social y transformó a los individuos de este grupo en un tipo de autoridad, muy distinta a la política, que actuó en conjunto como un “tribunal de los hombres de cultura”

---

idea?” (Clémenceau, citado por Ory..., p. 16). Sentencia que agrupa, por su posición político-cultural, a los profesionales y artistas críticos del caso Dreyfus bajo el término de “intelectuales”.

<sup>12</sup> En este punto es posible asociar la función –moderna- del intelectual a lo que Gramsci (1967) señala como “intelectual orgánico”, el cual es definido según la función y el lugar que ocupa el individuo en la estructura social. La categoría de “intelectual orgánico” surge de una concepción marxista de la historia y de las relaciones sociales, ya que, por sobre todo, Gramsci le atribuye a los intelectuales la organización económica de la clase social a la que pertenecen. A partir de lo anterior, podemos rescatar la característica principal de este grupo: organizadores (que ejercen una jerarquía y coerción) en el ámbito cultural, social, político y/o económico, desde donde es posible desprender una metodología socio histórica para el estudio de los intelectuales, es decir, analizar a este grupo según su función y lugar en procesos históricos específicos.

(p. 20). Conviene enfatizar que, en este escenario -que da origen al término- el intelectual fue visto como parte de una élite cultural que se ubicaba por sobre el resto de la población, puesto que contaba con formación en alguna de las disciplinas científicas y/o humanísticas, además, se encontraba en estrecho contacto con los principales medios de difusión de ideas de la época (revistas, periódicos y otros canales originados por el uso de la imprenta) que amplificaban el impacto de su pensamiento y voz en el espacio social, por lo que fue capaz de influir en la opinión pública, e incluso formarla.

Esta idea de intelectual “a la francesa” adquirió múltiples significados a medida que se fue introduciendo en distintas sociedades occidentales. Por ejemplo, en el caso español, con la generación de 1898, se asoció la labor del intelectual a una función cívica<sup>13</sup>, contrapuesta a la idea del estudioso de gabinete ceñido exclusivamente a la reflexión teórica, ya que había adquirido “conciencia de su función rectora en la vanguardia política y social” (p. 24).

Por otro lado, en el caso hispanoamericano, Altamirano advierte la rápida introducción del término “intelectual” asociado a discursos americanistas que defendían una unidad e identidad propia del continente. José Martí, por ejemplo, en 1891 publicaba “Nuestra América” en *La Revista ilustrada de New York*, ensayo americanista con una evidente perspectiva política en el que el escritor cubano expuso su visión sobre el estado de las naciones hispanoamericanas para el periodo finisecular, el cual fue catalogado como estacionario producto de la transposición

---

<sup>13</sup> Para evidenciar esta relación entre escritura y responsabilidad cívica en este grupo generacional, resultan ilustrativas las obras de Miguel Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida* (1912), y de José Ortega y Gasset, *España invertebrada* (1922). Por un lado, Unamuno se encarga de plantear un proyecto para la nación española que se encontraba en un profundo atraso tecnológico e industrial en relación con el resto de los países europeos, el cual consistía en europeizar a España pero conservando su tradición, es decir, abrir España a los avances tecnológicos y científicos propios del mundo moderno, pero conservando el paisaje castellano marcado por una espiritualidad estoica y humilde cuyos referentes principales se encontraban en Seneca y “El Quijote”. Por otro lado, Ortega y Gasset señala la principal debilidad de España para la época al carecer de un agente totalizante que fuera capaz de integrar el estallido de las manifestaciones regionalistas e intereses de grupo, en el que ninguno de ellos se siente parte del todo, por lo que propone, al igual que Unamuno, europeizar a la España estancada en su idea imperial. Como se aprecia, ambos escritores se encargan de plasmar un análisis crítico de la situación política, social y económica de su país con la finalidad de proponer una salida viable a ese aislamiento. Escritura intelectual y función cívica se combinan en estas dos propuestas.

de formas y categorías conceptuales (raza, civilización y barbarie, por señalar algunas) aplicadas para explicar los procesos y la realidad americana. Años más tarde, en 1900, José Enrique Rodó publicaba *Ariel* con claras intenciones de proclamar un manifiesto que fuera difundido entre los intelectuales de América. Por su parte, Manuel González Prada concebía a los intelectuales como un grupo iluminador de la cultura americana en la medida que estuviera en estrecho vínculo con la clase obrera y comprometido con su emancipación (cfr. Altamirano, 2013, p. 25). Como se aprecia, el vocablo “intelectual” se introduce en Hispanoamérica adaptándose a una realidad marcada por la tradición ideológica del americanismo, lo que lo llevó a ser sinónimo de sujetos comprometidos con la autoridad de dirigir moralmente a la sociedad.

Estos tres momentos demuestran que el intelectual se ha definido por su lugar en el espacio social, lo que impulsa a Altamirano a plantear la idea de intelectual público para referirse al “ciudadano que busca animar la discusión de su comunidad y que se rehúsa por igual al consenso complaciente como a las simplificaciones” (p. 11). Como vemos, la posición del intelectual está marcada por una actitud crítica frente al *statu quo*, es decir, problematizar, mediante la reflexión (oral y/o escrita) y a través de los medios disponibles para hacerlo, el ordenamiento cultural, político y social del cual es testigo. A partir de lo anterior, es posible entablar un diálogo crítico entre esta noción con el trabajo que los escritores realizaron en el PEEC y PEEA al discutir sobre la disciplina literaria y su relación con la realidad social para obtener conclusiones tras las sesiones de debate; sin embargo, no basta con superponer esta característica apuntada por Altamirano, sino que es preciso hacerlo en términos críticos y examinar, por ejemplo, la toma de posición de estos escritores frente al campo literario y lo que anunciaban como su realidad social (sobre los cuales levantaban sus discusiones), el oficio de la escritura, los temas que fueron incluidos en los debates y los intereses (individuales y colectivos)

que estaban en juego<sup>14</sup>. Es preciso señalar que este primer examen crítico suscita otras interrogantes no menos relevantes para esta investigación, por ejemplo, ¿cómo entendían y definían la disciplina literaria y la realidad social? ¿Existió un consenso general al momento de definir las o nos encontramos frente a debates donde confluyeron diferentes perspectivas sobre el campo literario y su relación con la realidad?

Es preciso añadir que, nociones como “lo social” y “pueblo” atraviesan el debate de los intelectuales, quienes se encargan de definirlos y establecer, además, su relación con ellos. Ante esto, Pierre Bourdieu (2000) señala que las intervenciones de los intelectuales en el espacio público conllevan un “poder simbólico [que] es un poder de construcción de la realidad que tiende a establecer un orden *gnoseológico*: el sentido inmediato del mundo” (p. 67). Asimismo, el acto de definir tanto lo social como lo literario estuvo presente en los encuentros de escritores de Concepción, al contar con discursos que discutían el rol de la literatura frente a los problemas sociales, la relación entre el escritor y el (su) pueblo y la capacidad de la literatura para representar una identidad nacional<sup>15</sup>, discursos que buscaban, de alguna manera, establecer consensos desde el campo literario en la definición de lo social y lo cotidiano (hablar del pueblo) para facilitar a los escritores la transmisión de sus propuestas sobre la función que ahí cumple la literatura (hablar al pueblo).

Por otro lado, es preciso referirnos al estudio de Zygmunt Bauman (1995) que, como señalamos al comienzo, aborda el papel de los intelectuales en la modernidad y posmodernidad, señalando las principales características de estas etapas que podríamos sintetizar en: a) la

---

<sup>14</sup> En este punto, es posible acercarnos a un análisis genealógico de los encuentros y advertir los campos de fuerza y actores que ordenaron el curso de los debates al preguntarnos, por ejemplo, ¿qué tipo de consensos buscaban estos encuentros de escritores? ¿Había acaso un interés por convenir una identidad nacional y americana en el PEEC y PEEA, respectivamente? ¿Qué quedó incluido y a la vez excluido en esta convención?

<sup>15</sup> Bajo esta línea podemos señalar los trabajos expuestos en el PEEC por Armando Cassigoli, “Literatura y responsabilidad”, Nicomedes Guzmán, “Encuentro emocional con Chile” y Volodía Teitelboim, “La generación del 38 en búsqueda de la realidad chilena”, por mencionar algunos.

modernidad como un estado en que los intelectuales respaldan un modelo de sociedad disciplinaria, por lo que buscan la universalización de sus afirmaciones para abogar por un orden que anteceda a las prácticas sociales, siendo la labor del intelectual asemejada a la de un legislador (cfr. pp. 12-13, 159-161) y; b) la posmodernidad como un estado de la sociedad en la que los intelectuales reconocen la existencia de un número ilimitado de órdenes (incluida la misma modernidad), y por ende, existe una relativización del conocimiento por cuanto el trabajo del intelectual se asocia al de un intérprete, ya que se encargará, ahora, de traducir los enunciados de las diferentes tradiciones para facilitar la comunicación entre ellas (cfr. pp. 13-15, 183-185).

A partir de la clasificación y descripción de la figura del intelectual propuesta por Bauman, en esta investigación se presenta el desafío de problematizar la tipología de los intelectuales con la actividad hecha por los escritores en el PEEC y PEEA para, de esta forma, advertir las similitudes y particularidades de estos frente a los planteamientos teóricos anteriormente señalados. Por ejemplo, en los encuentros de escritores de Concepción es posible reconocer la presencia de diversos discursos que atravesaron el debate, ya sea en el caso del PEEC, con la confrontación de diferentes formas de concebir la literatura chilena y su relación con la sociedad a mediados del siglo XX o, en el caso del PEEA, con las diferentes perspectivas de los escritores sobre cómo pensar una literatura latinoamericana y la relación del escritor con su realidad social inmediata. De modo que, ambos encuentros estuvieron marcados por una convergencia de perspectivas que puede ser leída como un contexto intelectual diverso en el que existe un “reconocimiento de que diferentes personas o diferentes grupos habitan, en un sentido muy literal, mundos irreductiblemente diferentes” (Kliever, citado por Bauman, p. 183). Esta reunión de múltiples formas de pensamiento fue reconocida y valorada por los escritores, por

ejemplo, Volodia Teitelboim, refiriéndose al PEEC, destacó el mérito de poner “en contacto a un grupo heterogéneo, representativo de diversas posiciones, para que discuta sobre el estado y perspectiva de las letras de nuestro país” (*El Sur*, miércoles 22 de enero de 1958, n° 25272, p. 5).

Retomando el estudio de Bauman, el sociólogo polaco reconoce en la cultura occidental la existencia histórica de una relación centro/periferia en el ejercicio del poder de la producción y difusión del conocimiento, centro ejercido por la cultura europea que se constituía como “una raza que ya se había situado en el lado de la historia que otras razas recién luchaban por alcanzar” (pp. 159-160). El reconocimiento de este centro estuvo presente en los temas de debate que atravesaron ambos encuentros de escritores. Por un lado, en el PEEC los escritores reconocieron el fuerte centralismo que ejercía Santiago<sup>16</sup> y que eclipsaba gran parte de las manifestaciones culturales y literarias de las provincias, por lo que Gonzalo Rojas, en el discurso de clausura del encuentro, canalizó una de las demandas consensuadas por los escritores participantes: que la dirección de la revista *Atenea* fuera desplazada de Santiago a Concepción para que tomara “contacto con las auténticas sociedades literarias del país y con los escritores más representativos” (Rojas, 2015, p. 229).

Por otro lado, los escritores que participaron en el PEEA reconocieron el desequilibrio existente entre la difusión y conocimiento de obras de escritores europeos respecto a las de los latinoamericanos, donde estos últimos se vieron ensombrecidos por los primeros. Este reconocimiento del centro europeo se hizo en términos críticos y evaluativos, con intención de explorar los factores que influían en el alarmante estado de aislamiento de la producción literaria hispanoamericana del momento, motivo por el cual se vieron en la necesidad de proponer la

---

<sup>16</sup> Para graficar este centralismo, basta señalar que, a mediados del siglo XX, en Santiago se encontraban las principales casas editoriales (Zig-Zag y Ercilla), clasificadas por Subercaseaux (1984) como “gran industria editorial” (p. 19), junto con la mayoría de las treinta editoriales de mediana y pequeña escala, además de la dirección de la principal institución en el campo literario, la Sociedad de Escritores de Chile (SECH).



búsqueda de una unidad literaria latinoamericana que fuera capaz de interpretar la realidad social y dialogar en igualdad de condiciones con el campo literario europeo.

Relacionado con lo anterior, y volviendo al estudio de Carlos Altamirano, este nos proporciona algunas claves para entender el vínculo del intelectual con ciertos lugares de enunciación, pertinentes para esta investigación, tales como la universidad, centros y periferias, microsociedades y tradiciones (cfr. Altamirano, 2013, pp. 125-144). No hay que olvidar que, tanto el PEEC como el PEEA fueron organizados e impulsados bajo las lógicas de la universidad, institución que respaldó económica y administrativamente los encuentros de escritores y que es concebida por Altamirano como “el centro productor de las profesiones de donde se recluta la enorme mayoría de aquellos que desempeñan en el espacio público el papel de intelectuales” (p. 132), ya que es ahí donde, según Alvin Gouldner (1980), se internaliza el lenguaje técnico<sup>17</sup> que posibilita la transmisión de actitudes críticas y reflexivas (cfr. pp. 48-49). Respecto a esta relación entre intelectual y lenguaje, Bourdieu (2008) recalca que el poder de la palabra no es concedido exclusivamente por la estructura interna del mensaje, sino que es delegado por el portavoz a través de su temática y de la forma en que lo enuncia, por lo que la eficacia simbólica de los pronunciamientos -de los intelectuales- se explica a través de las propiedades tanto del discurso como de la institución que los hace posibles (cfr. pp. 87-91).

Frente a estos planteamientos que relacionan a los intelectuales con el espacio de la universidad, en esta investigación será pertinente desarrollar un análisis sobre los intereses, factores y actores que estuvieron involucrados en los encuentros ligados a la Universidad de Concepción, ya que existió un interés político e institucional por parte de la administración universitaria de la época (liderada por el rector David Stitchkin) al apoyar la iniciativa de

---

<sup>17</sup> Gouldner, en su estudio, se refiere a los intelectuales como una comunidad, ante todo, lingüística ya que operan en el ámbito del lenguaje al condensar el capital cultural a través de sus discursos (cfr. pp. 48-65).

Gonzalo Rojas, que –posiblemente- consistió en elevar la imagen pública de la institución universitaria a nivel nacional e internacional al convocar a destacados representantes del campo literario, pues quedaría registrado como un logro consumado tanto por la universidad, en términos de comunidad, como para la administración del momento. Ante esto surgen diversas interrogantes que nos llevan a problematizar el papel de las universidades en el campo literario nacional a mediados del siglo XX.

### 5.2.1 “Meridiano intelectual”: un terreno en disputa

Marcela Croce (2006) aborda desde la historia de los intelectuales latinoamericana una serie de discursos que, atravesados por un tipo de violencia verbal y con intenciones de elevar una verdad por sobre otras, ha conducido a diversas polémicas (cfr. pp. 7-9). De todas las disputas tratadas por la autora, la que interesa a esta investigación es la del nacionalismo cultural o “meridiano intelectual”<sup>18</sup>. Polémica que evidencia cómo una imposición discursiva proveniente de España se traduce, en América Latina, en una seguidilla de imposiciones nacionalistas con respecto al meridiano intelectual, abriendo la disputa en dos frentes: entre la península ibérica y América y, al interior de América.

---

<sup>18</sup> Polémica que surgió tras publicarse un artículo de Guillermo de Torre en la revista *La Gaceta Literaria* titulado “Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica” (1927), texto que planteó provocativamente la dependencia intelectual de América con respecto a España y, considerado por Croce, como una respuesta al “deseo imperialista de considerar el área intelectual americana como una prolongación del área española” (p. 11). Luego de la publicación de este polémico artículo, las reacciones no tardaron en surgir, pues varios intelectuales de América Latina se pronunciaron críticamente ante esta afirmación ibérica. La sentencia de de Torre incentivó la exacerbación de nacionalismos culturales en Latinoamérica por lo que algunos escritores postularon a sus respectivas capitales como “meridiano intelectual” del continente. Por ejemplo, Pablo Rojas Paz no tardó en proponer a Buenos Aires como meridiano intelectual, postulación que fue prontamente apoyada por Sapir Whor (cfr. p. 12) o, en el caso de Gabriel García Moreno, al postular a México como “el que marque el rumbo estético de América Latina” (p. 14). La disputa desemboca, en su punto más álgido, en descalificaciones e injurias que incluso llegan a homologar a “los indígenas con los insurrectos”, por parte del español Francisco Ayala, o señalar de “miserables escorias artísticas las producciones latinoamericanas” (p. 15), por parte de Esteban Salazar. En suma, pareciera que con el texto de Guillermo de Torre, además de ocasionar el categórico rechazo por parte de escritores americanos frente a Madrid como centro del conocimiento, se inauguró el concurso interno por evaluar cuál ciudad de América era apta para ocupar el papel de “centro” en la producción y difusión del conocimiento.

Lo que interesa de esta disputa es el proceso de autoproclamación de “meridiano(s) intelectual(es)” en América Latina, lo que termina por movilizar esta categoría desde un centro europeo hacia algún punto de nuestro continente como una vacante a ocupar. Ante este escenario, es preciso abordar la apuesta de Gonzalo Rojas por realizar ambos encuentros de escritores en la localidad de Concepción<sup>19</sup> como un envite, en el caso del PEEC, para descentralizar la producción y difusión del conocimiento, especialmente de las obras literarias, ya que Santiago ocupaba una función central y, para el caso del PEEA, como un esfuerzo para buscar una unidad literaria de América Latina y que la ciudad de Concepción destacara en esta función. Es por ello que, Jaime García, en el acto de clausura del PEEA, proclamó a Concepción como “la capital honoraria de la cultura americana, ya que (...) se ha ganado el título muy justamente” (*El Sur*, domingo 24 de enero de 1960, n° 26004 p. 15), por lo que resultará necesario problematizar, en el desarrollo de nuestra investigación, el término de “meridiano intelectual” con el envite de Gonzalo Rojas y el pronunciamiento de Torres: ¿a qué se debe esta proclamación de Concepción como centro cultural de América? ¿Responde a la efervescencia propia del término de una actividad de difusión o es coherente con las iniciativas aprobadas en el encuentro<sup>20</sup>? ¿Cómo fue expuesto, a nivel nacional e internacional, el lugar de enunciación de estos encuentros de escritores?

En definitiva, tanto el término de intelectual como la disputada categoría de “meridiano intelectual”, proporcionan una preliminar aproximación conceptual para acercarnos problemáticamente a los encuentros de escritores en Concepción, ya que nos incitan a

---

<sup>19</sup> Ciudad que, por cierto, no le ofrecía ningún atractivo cultural e intelectual al poeta en el momento que arribó, en 1952, para incorporarse al plantel académico de la Universidad de Concepción. Para Rojas, Concepción estaba aislada de los procesos culturales del país y su “nivel académico (era) tan menesteroso y provinciano” (Piña, 2007, p. 92) que en reiteradas ocasiones pensó en renunciar a su cargo y volver a Valparaíso (cfr. Bradu, 2016, p. 121).

<sup>20</sup> Dentro de las principales iniciativas consensuadas por los escritores están: la creación de la Sociedad Americana de Escritores y la búsqueda constante de una integración cultural latinoamericana en sus diferentes ámbitos (políticos, artísticos, sociales, etc.).

plantearnos diversas interrogantes que solo pueden ser respondidas en términos particulares y abarcando los diferentes aspectos que componen estas actividades.

## 6. METODOLOGÍA

El corpus sobre el cual trabajaremos está constituido por documentos: registro de los discursos de apertura y clausura así como trabajos presentados por los escritores en ambos encuentros. Sin embargo, también trabajaremos con prensa (diarios *El Sur* y *La Patria*): noticias sobre el desarrollo de ambos encuentros de escritores y los principales debates en las sesiones y entrevistas a los escritores participantes. Puesto que los trabajos presentados por los escritores en cada encuentro son el centro de nuestro análisis, nos concentraremos en posicionar las observaciones de orden metodológico que hace Dominick LaCapra (1980) y la relación problemática que establece entre historia intelectual y textos.

LaCapra, a partir del giro lingüístico<sup>21</sup>, plantea revisar críticamente tanto la relación que los historiadores han establecido con los textos como lo que suelen considerar por “contexto”. Respecto a lo primero, nos advierte que el historiador tiende a privilegiar el análisis documentalista de los textos, lo que termina por reducirlos a una simple fuente de información de la realidad empírica<sup>22</sup> (cfr. p. 245), sin problematizarlos ni relacionarlos dialógicamente con el presente, lo que constituye uno de los motivos por los cuales “los textos complejos –en especial los literarios- quedan excluidos del registro histórico pertinente o bien se leen de una manera extremadamente reducida” (p. 249). Por consiguiente, LaCapra aboga por ampliar esta mirada documentalista hacia un análisis de los textos en su “ser-obra”, lo que permite complementar la

---

<sup>21</sup> Se apoya en los planteamientos de Hayden White al sostener que el conocimiento del mundo, ya sea del pasado como del presente, y “todas las definiciones de la realidad están comprometidas en procesos textuales” (p. 241), es decir, que nuestro primer acercamiento a la realidad reside en el ejercicio de la palabra como un acto de mediación entre lo empírico y la interpretación.

<sup>22</sup> Al reducir los textos a su referencia con la realidad empírica, se corre el riesgo de considerarlos como simples depósitos donde es posible escoger hechos para reconstruir el pasado en términos objetivos (cfr. p. 246).

realidad empírica de los textos con la intervención imaginativa del estudioso que los interpreta críticamente (cfr. pp. 245-246). De esta forma, los hechos resultarían pertinentes en la medida que establezcan interrogantes hacia el pasado, es decir, que un texto debe ser leído en términos críticos para luego revelar problemáticamente los eventos a que hace referencia, y no al revés, lo que sería considerar la información de los textos como objetiva y verdadera de aquel pasado que se pretende reconstruir y, por ende, al texto como una construcción *a priori* para el historiador (cfr. pp. 245-247).

Sobre la relación texto-contexto, LaCapra señala que no es un solo contexto el que opera en un texto, al contrario, lo que se tiene es un “conjunto de contextos interactuantes cuyas relaciones mutuas son variables y problemáticas” (p. 252) y cuando se relacionan con el texto es cuando surgen los problemas de la interpretación. Es así como LaCapra se encarga de identificar y abordar seis tipos de contextos que interactúan con un texto: intenciones del autor, vida del autor, sociedad, cultura, corpus del escritor y modos de discurso (cfr. pp. 252-280). Esta consideración, nos permitirá leer los discursos de los escritores como parte de sus obras, y por ende, como posibles de ser analizados problemáticamente en su dimensión documental y “ser-obra” a través de la historia intelectual.

Sobre la relación entre las intenciones del autor y el texto, LaCapra nos advierte que explicar el significado y funcionamiento de un texto solo a partir de las intenciones del autor margina la intervención del lector y, constituye una lectura normativa y moral del texto (cfr. p. 255), por lo que su propuesta consiste en leer problemáticamente las intenciones del autor, y para eso, es necesario considerar al texto como un dominio público donde se expropia al autor para dar cabida a la actividad interpretativa del historiador que “reactiva el proceso de indagación, al abrir nuevos caminos de investigación, crítica y autorreflexión” (p. 256), es decir, no hacer una

lectura dogmática de los textos, como sería, por ejemplo, el tratarlos como medios verificadores de una ideología o teoría. Lo anterior nos lleva al segundo tipo de relación planteada por LaCapra: entre la vida del autor y el texto, que desacertadamente supone la unidad entre vida y obra, es decir, “ver el texto como una señal o síntoma del proceso vital” (p. 257) y que termina por reducir la interpretación de los textos, por lo que resulta fundamental para la historia intelectual alejarse de esta suposición.

Respecto a la relación de la sociedad con los textos, es común analizar estos últimos desde una mirada sociologizante que supone al texto como fiel reflejo de los procesos sociales; sin embargo, para LaCapra el problema pasa por evaluar “cuán precisamente están situadas en el texto la práctica discursiva, la estructura profunda o la ideología –y hasta el prejuicio-, de un modo distinto a la representación o al mero reflejo” (p. 260), observación metodológica que nos lleva a abandonar el supuesto que establece una relación directa entre sociedad y obra, para dar cabida a una lectura problemática de esta relación donde incluso es posible revertirla, es decir, evaluar el impacto que un determinado texto tiene en la sociedad (cfr. pp. 265-266). Ahora, sobre la relación entre cultura y textos, se debe tener la precaución de analizar las obras a partir de áreas culturales acotadas, como por ejemplo, escuelas, asociaciones, movimientos, etc., para así, evitar la generalización que lleva plantear una cultura o sociedad global y que solo impiden analizar el funcionamiento y las relaciones con la cultura de las comunidades de discurso (cfr. p. 269), principal interés de la historia intelectual.

En cuanto a la relación de un texto con el corpus de un escritor, LaCapra denuncia la intención unificadora que opera en la selección de un corpus, ya que es elegido arbitrariamente para demostrar la continuidad, la discontinuidad o la síntesis entre los textos (cfr. p. 275). Para nuestro caso, la noción de corpus requerirá ser ampliada, ya que estudiaremos discursos que no

han sido considerados como parte de la selección de obras de los escritores y, para hacerlo, necesitaremos, en primer lugar, ubicar estas intervenciones dentro de la producción del autor y analizar si proporciona información no incluida en el resto de su obra, si nos permite adentrarnos a sus principios estéticos y literarios, o si incluso, llega a marcar un punto de inflexión respecto al resto de su producción literaria y, en segundo lugar, establecer una relación dialógica entre la diversidad de discursos pronunciados en estos encuentros.

En definitiva, la propuesta metodológica sobre el análisis de textos desde la historia intelectual presenta el desafío de abordar los documentos de los escritores que participaron en los encuentros de escritores tanto en su dimensión documental, como en su “ser-obra” al plantear problemáticamente interrogantes sobre el pasado y sus respectivos contextos pertinentes, es decir, evitar el análisis exclusivamente documentalista de los textos que le atribuye objetividad y veracidad absoluta sobre los hechos que refiere para “responder críticamente a la interpretación que ofrece a través de su propia lectura o relectura” (p. 267). Acoger una metodología de este tipo significará poner en duda, en primer lugar, la correspondencia directa entre intención del autor (y vida) con el texto y, además, su relación con la sociedad y la cultura, con la finalidad de privilegiar un análisis crítico, a través de las heterogéneas intervenciones de los escritores, que busque examinar los intereses que estuvieron involucrados en los encuentros de escritores, evaluar la posición que ocupa en ellos lo social y lo cultural y el impacto que produjeron para espacios culturales acotados, específicamente, al campo literario nacional e internacional e, incluso, al espacio institucional universitario.

## **7. Capítulo I: Intereses sociales, políticos y literarios en los encuentros de escritores**

Las gestiones culturales realizadas por Gonzalo Rojas en la Universidad de Concepción alcanzaron su auge en los últimos años de la década del 50' e inicios del 60' con los cuatro encuentros de escritores organizados en Concepción y Chillán<sup>23</sup>; no obstante, el proyecto cultural de Rojas para Concepción se remonta desde su llegada a la Universidad con la fundación del Departamento de Español en 1952 y, principalmente, con su liderazgo en las primeras escuelas de temporada, a partir 1955.

Las Escuelas de Verano fueron ideadas por el rector Enrique Molina y delegadas al poeta Gonzalo Rojas para que materializara el proyecto, quién buscó la vinculación, por medio del Departamento de Extensión Cultural, entre los diferentes saberes académicos y la comunidad, con los objetivos de democratizar la difusión del conocimiento, instruir a la población joven y adulta, profesional y obrera y concebir una universidad abierta a la comunidad, tanto penquista, como nacional y extranjera<sup>24</sup>. Dentro del conjunto de cursos realizados año a año durante el mes de enero, el poeta proyectó una serie de eventos literarios que involucraron a escritores nacionales y extranjeros; estos encuentros de escritores en Concepción abrieron el camino para una oleada de actividades intelectuales en el continente, lugar desde donde es posible evaluar las características particulares de la

---

<sup>23</sup> Con ello nos referimos al Primer Encuentro de Escritores Chilenos (Concepción), entre el 20 y 24 de enero de 1958; el Segundo Encuentro de Escritores Chilenos (Chillán), entre el 19 y 24 de julio de 1958; el Primer Encuentro de Escritores Americanos (Concepción), entre el 18 y 23 de enero de 1960; y, el Congreso de Intelectuales (Concepción), con sus ciclos “Imagen de América Latina”, entre el 15 y 20 de enero, e “Imagen del hombre”, entre el 23 y 28 de enero de 1962.

<sup>24</sup> Desde el origen de las Escuelas de Verano en Concepción, fue sobresaliente la participación de profesores y alumnos provenientes de diferentes zonas del país y de América, motivo por el cual la Universidad de Concepción dispuso de becas para facilitar la asistencia a estos certámenes. Al pasar los años, cuando las Escuelas de Verano se establecieron como una actividad regular, y a través de convenios con instituciones internacionales como la UNESCO, se intensificaron las relaciones entre la Universidad de Concepción y otros centros de estudios, mediante la participación de sus estudiantes.



función intelectual de los escritores latinoamericanos para mediados del siglo XX, su relación con “meridianos intelectuales” europeos y su heterogénea toma de posición política frente a las disputas ideológicas de la Guerra Fría y la Revolución Cubana.

### **7.1 Encuentro chileno: situación de la literatura nacional**

El Primer Encuentro de Escritores Chilenos fue el evento inaugural, realizado entre el 20 y 25 de enero de 1958, bajo la dirección de Gonzalo Rojas, quien lo planteó como una de las actividades principales de la IV Escuela Internacional de Verano de la Universidad de Concepción. A esta actividad asistieron diversos representantes de la literatura nacional en sus diferentes géneros: poesía, novela, cuento, teatro, ensayo y crítica<sup>25</sup>, con el objetivo de analizar la situación de la literatura nacional<sup>26</sup> a través de la confrontación de diferentes puntos de vista representados por escritores que bordeaban los treinta y cuarenta años (cfr. Rojas, 1963, p. 319), quienes, además, reflexionaron sobre el estado y función del escritor en Chile en búsqueda de “una respuesta al qué somos y por qué escribimos” (p. 320).

Como vemos, esta actividad se planteó tomando como punto de partida la concepción de la literatura como un campo en constante movimiento, en proceso de (des)configuración, justo en un momento en que exponentes de la literatura nacional como

---

<sup>25</sup> Los escritores que participaron en este encuentro, con sus respectivos trabajos, fueron: en reflexión sobre poesía, Braulio Arenas (“La Mandrágora”), Miguel Arteche (“Notas para la vieja y la nueva poesía chilena”), Efraín Barquero (“El poeta joven y la formación de su mundo poético”), Humberto Díaz Casanueva (“Bases para una discusión sobre las relaciones actuales entre poesía y ciencia”), Nicanor Parra (“Poetas de la claridad”) y Gonzalo Rojas (“Primer Encuentro Nacional de Escritores”). Sobre narrativa, Guillermo Atías (“La literatura como lujo”), Daniel Belmar, Armando Cassigoli (“Literatura y responsabilidad”), Mario Espinosa (“Una generación”), Nicomedes Guzmán (“Enuentro emocional con Chile”), Enrique Lafourcade (“La doctrina del objeto estético”), Carlos León (“Consideraciones literarias”), Herbert Müller (“Los escritores jóvenes y los problemas sociales”), Volodia Teitelboim (“La generación del 38 en busca de la realidad chilena”) y José Vergara (“Tres actitudes frente a la novela”); en teatro, Fernando Debesa (“Nuestra herencia teatral”), Luis Alberto Heiremans (“La creación personal y el trabajo en equipo en la dramaturgia chilena actual”) y José Morales; en ensayo y crítica, Fernando Alegria (“Resolución de medio siglo”), Alfredo Lefebvre (“Análisis e interpretación de poemas”), Juan Loveluck (“Notas sobre ‘La Araucana’”), Mario Osses (“Fronteras de la novela y el cuento y ‘la novela de Chile’”) y Luis Oyarzún (“Crónica de una generación”).

<sup>26</sup> Objetivo que dio el título a este ciclo de reuniones: “Situación de la literatura nacional en 1958” (cfr. Bradu, 2016, p. 142).

Gabriela Mistral, Pablo Neruda y Vicente Huidobro alcanzaban reconocimiento internacional; esta “conquista” en el mercado del libro se tradujo en un lastre para los escritores “menores”, puesto que las formas estéticas impulsadas por los primeros se consagraban como grandes moldes respaldados por la crítica oficial para alcanzar el éxito literario y comercial, tensión de posiciones en el campo literario que quedó reflejada en diversos trabajos que discutieron la presencia e influencia de Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Pablo de Rokha y Pablo Neruda en el desarrollo de las letras nacionales; es así como en los encuentros de escritores es posible rastrear un capítulo de una de las disputas más controversiales del siglo XX, estudiada por Faride Zerán en *La guerrilla literaria y otras escaramuzas. Pablo de Rokha. Vicente Huidobro. Pablo Neruda* (1992), punto que desarrollaremos más adelante.

Los escritores convocados expusieron diversas perspectivas sobre asuntos políticos y estéticos de la práctica literaria, las cuales quedaron registradas en la edición especial de la revista *Atenea* (n° 380-1) de ese mismo año; algunos escritores defendieron la idea de compromiso social en la literatura (Volodia Teitelboim, Armando Cassigoli y Nicomedes Guzmán); otro grupo expuso y se reconoció en la poesía de la claridad (Nicanor Parra); mientras que otros lo hacían con la poesía oscura (Braulio Arenas), por mencionar algunas perspectivas en juego. Además, tuvo cabida la crítica al criterio generacional (que tanto ha influenciado el ordenamiento historiográfico de la literatura chilena), la revisión del desarrollo e impacto de las vanguardias a nivel nacional, y la crítica al principal referente de la generación literaria de 1920, Pablo Neruda, por parte de Miguel Arteche.

Esta diversidad de perspectivas en juego fue posible gracias a la convocatoria de diversos intelectuales, representantes de diferentes generaciones y de heterogéneas posiciones políticas y estéticas sobre las relaciones entre el escritor y la obra literaria, la

sociedad y la recepción por parte de la crítica oficial nacional y extranjera. Este primer encuentro, además de generar una discusión disciplinar entre sus mismos integrantes, apostó por acercar estos debates a la población penquista, y a los lectores nacionales e internacionales, características del encuentro que llevan a Fabienne Bradu (2016), a catalogar la actividad como una superación de los antagonismos ideológicos (cfr. p. 150) generados por las diversas posiciones políticas a partir de los conflictos internacionales de la Guerra Fría y, sobre todo, de la Revolución Cubana; no obstante, en el momento en que se generaron las discusiones sobre la función del escritor y de la literatura en la sociedad, y surgieron las apuestas por una literatura comprometida, cuyas páginas fueran capaces de condensar las principales preocupaciones y los problemas del sujeto moderno, un sector no menor del público especializado (críticos, periodistas, académicos) tildó el PEEC como una actividad en la que se hizo proselitismo político a favor de la izquierda, con inclinación a apoyar el movimiento castrista de la Revolución Cubana<sup>27</sup>.

A partir de lo anterior, podemos sostener que en el PEEC existió una correspondencia entre las discusiones sobre los valores estéticos de la obra literaria, la función del escritor en la sociedad, y los ideales de los movimientos de izquierda con su declaración utópica de libertad y bienestar para el sujeto moderno y la comunidad, motivo

---

<sup>27</sup> Por ejemplo, Luis Oyarzún en su *Diario íntimo* (2017), al referirse al encuentro de escritores celebrado en Concepción durante enero de 1962 -en el contexto del Congreso de Intelectuales-, sentencia la relación entre literatura y política mantenida por los escritores al adentrarse en discusiones sobre los conflictos de la Guerra Fría en América Latina. En palabras de Oyarzún, la agencia cultural de los escritores participantes en el encuentro se entiende como un “puñado de «intelectuales» [que] repitió las mismas cosas que cualquier periodista de izquierda expresa mejor y con más información” (p. 429). Es claro el gesto de Oyarzún por la búsqueda de una expresión literaria purista, sin rastros de reflexiones políticas justo en un momento en que el escenario social y artístico chileno e hispanoamericano se encontraba altamente politizado; no obstante, habría que sopesar las críticas realizadas por Oyarzún al grupo de intelectuales convocados a los encuentros de escritores de Concepción para, por un lado, analizar la relación entre literatura, política e ideología (en ellas, las doctrinas sociales) y, por otro lado, analizar la agencia intelectual de los escritores tomando distancia de su producción literaria precedente, es decir, considerar la diversidad de discursos pronunciados en las actividades literarias como parte de una producción intelectual, por cuanto expresan intenciones de intervenir en la esfera pública de la sociedad, más que de una producción literaria formal.

por el cual cuando los escritores problematizaron la función política del escritor, tendieron a reconocerse y establecer puentes con los principios buscados por la izquierda; este comportamiento intelectual carga con una interpretación sesgada por parte de la crítica oficial, la que aceleradamente asoció las discusiones a un proselitismo de izquierda a secas, sin reparar en que el diálogo con la ideología tuvo como punto de partida una discusión de carácter literario.

El juicio de la crítica oficial, que tildó a los encuentros de escritores de Concepción como actividades de corte ideológico, obstaculizó que los estudios literarios y culturales se encargaran de analizar estas disputas en el campo literario –las cuales, por cierto, son escasas- y, además, este tipo de afirmaciones pone en evidencia el comportamiento de la crítica oficial de ese momento, cuyas lecturas limitadas e insuficientes no aportaron a la difusión de las obras y reflexiones de los escritores; más bien contribuyeron a soterrarlas en profundas capas de prejuicios partidistas; a partir de este comportamiento de la crítica oficial, se puede explicar hoy en día la aparición de diversas ediciones críticas orientadas a aproximar al heterogéneo público lector contemporáneo diversas obras sepultadas por la crítica literaria de antaño<sup>28</sup>.

Al finalizar el PEEC, Gonzalo Rojas anunció en su discurso de clausura los principales consensos alcanzados por los escritores, lo que nos permite visibilizar las principales problemáticas al interior del campo literario, de las formaciones culturales relacionadas y de las instituciones mediadoras en el ejercicio de la escritura literaria para mediados del siglo XX. En primer lugar, Rojas anunció el compromiso contraído por los

---

<sup>28</sup> Tal es el caso de Humberto Díaz Casanueva y la edición que Diego Sanhueza Jerez (2017) realizó de la recepción crítica que para mediados del siglo XX se pronunció sobre la obra de este poeta y filósofo chileno. Sanhueza Jerez pone en evidencia las limitaciones que la institución de la crítica (a través de comentarios por parte de Alone y Raúl Silva Castro) tuvo al momento de leer y difundir sus notas sobre la producción poética de Díaz Casanueva (cfr. pp. 10-12).

escritores y la Universidad de Concepción de iniciar una campaña de alfabetización en la zona sur del país. En segundo lugar, se solicitó el traslado de la dirección de la revista *Atenea* a Concepción como un gesto para revitalizar este medio y descentralizar la difusión del conocimiento académico generado en la Universidad. En tercer lugar, y dentro de la misma línea, se solicitó la edición, por parte de la editorial de la Universidad de Concepción, de las obras literarias más destacadas de escritores nacionales en los diferentes géneros presentados en el encuentro. Por último, se proyectó la realización de cursos sobre creación literaria dictados por los mismos escritores (cfr. *Atenea*, 380-1, pp. 7-8), idea que se materializó más adelante, en 1960, bajo el nombre de “Taller de Escritores”.

La actividad de 1958 permitió la formación de redes intelectuales e institucionales que facilitaron la organización anual de estos talleres, los que consistieron en una serie de cursos especializados sobre creación y apreciación literaria, impartidos por los escritores que visitaron la Universidad en 1958, y otros que se fueron sumando a la iniciativa. Por ejemplo, en el primer Taller de Escritores, titulado “Los Diez”, estuvieron involucrados los profesores del Departamento de Español Gonzalo Rojas, Alfredo Lefebvre y Juan Loveluck quienes, junto a Sergio Vodanovic y Braulio Arenas (asesor general y coordinador), apoyaron a Fernando Alegría<sup>29</sup> en la dirección de la actividad (cfr. *Memorias Universidad de Concepción*, 1960, p. 13). Posteriormente se fueron sumando otros escritores, tales como Pedro Lastra<sup>30</sup>, Hugo Correa, José Donoso, Alejandro Sieveking<sup>31</sup>, entre otros<sup>32</sup>.

---

<sup>29</sup> Para ese entonces se desempeñaba como profesor de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de California, Berkeley. Alegría estuvo a cargo de la dirección de los dos primeros talleres de escritores, en 1960 y 1961.

<sup>30</sup> Participó en el taller de escritores de 1961 con escritura ensayística (cfr. *Memorias de la Universidad de Concepción*, 1961, p. 30)

<sup>31</sup> Los tres últimos participaron en el tercer taller de escritores “Los Diez”, llevado a cabo en 1962, bajo la dirección de Sergio Vodanovic (cfr. *Memorias de la Universidad de Concepción*, 1962, p. 12).

<sup>32</sup> Sobre este asunto, hay que destacar la reciente reflexión de Daniel Berríos y Viviana Pinochet (2019), quienes, a través de los documentos revisados en el archivo personal de Sergio Vodanovic, analizan su

Como podemos apreciar, las conclusiones a las que llegó el heterogéneo grupo de escritores del PEEC y el orden con el que fueron declaradas, nos permite señalar que respondieron a un programa intelectual que buscó ampliar y diversificar la comunidad lectora del país, junto con ubicar a la provincia de Concepción como capital cultural de la zona sur, y a su Universidad como la institución central en esta apuesta por un cambio de distribución del saber y de la práctica literaria a nivel nacional para, de esta forma, desarticular el centralismo con el que históricamente Santiago había moldeado la producción de obras y estudios literarios. Asimismo, a través de los consensos del PEEC, los escritores buscaron que la institución universitaria asumiera una función social que se expandiera más allá de la que ejercía en torno a su comunidad (minoritaria y selecta) específica de estudiantes y académicos. Rojas, en su discurso de clausura del PEEC, puso en tensión los objetivos con los que se cimentó el proyecto de las Escuelas de Verano: difundir el conocimiento y la cultura al resto de la comunidad, fuera de la temporada académica. Si para 1958 las Escuelas de Verano se consagraban como un éxito al organizar

---

agencia cultural desarrollada en los años iniciales de los talleres de escritores de la Universidad de Concepción y el impacto que este tuvo para el campo intelectual chileno. Los autores abordan el taller de escritores como una iniciativa que intentó formar y profesionalizar la labor del escritor en Chile, cuya convocatoria refleja diversidad sociocultural; sin embargo, su proceso de selección evidencia el carácter homogéneo de la actividad, por ejemplo, al privilegiar a la narrativa y a la poesía por sobre el resto de los géneros literarios y, además, al excluir a las mujeres escritoras dentro de sus filas de formación, lo que lleva a los académicos a sostener que en los talleres de Concepción se refleja la “continuidad de ciertos modelos, como la figura del escritor, hombre e ilustrado” (p. 385). Además, es relevante el balance que realizan estos investigadores en torno a la recepción por parte de escritores y académicos respecto a la organización de estos talleres, desde donde es posible desprender las diferentes perspectivas sobre el proceso de creación literaria en Chile a mediados del siglo XX: ¿la escritura literaria se podía formar y enseñar o, más bien, era un proceso individual a partir de lecturas y ensayos que realizaba el escritor?

Tenemos que reparar que el estudio de Berríos y Pinochet no relaciona el programa intelectual de los talleres de escritores con la anterior organización de los encuentros en Concepción, ya que, como sostenemos, sin la previa convocatoria de escritores chilenos e hispanoamericanos, no hubiese sido posible generar las condiciones intelectuales, institucionales y disciplinares que permitieron proyectar estos talleres. Pese a ello, lo anterior no desmerece la apuesta de fondo que opera en la reflexión de estos autores, ya que evidencian la necesidad de ampliar los estudios literarios chilenos para abarcar las agencias culturales desarrolladas por cada uno de ellos en espacios académico-universitarios y en circuitos literarios, por lo que resulta necesaria la revisión crítica de aquellas escrituras ensayísticas encontradas (y olvidadas), por lo general, en archivos personales e institucionales.

diversas actividades intelectuales para la ciudad de Concepción y alrededores, Gonzalo Rojas y el grupo de escritores puso el desafío de superar estas barreras sociales y geográficas, para acercarse a la población que aún no contaba con el capital cultural para asistir a este tipo de jornadas.

Asimismo, hay que señalar que la solicitud respecto al traslado de la dirección de la revista *Atenea* se puede leer como un intento por articular un espacio “autónomo” de debate intelectual en la provincia de Concepción, es decir, que la revista institucional diera cuenta de que en una zona de provincia, catalogada históricamente como “periférica”, se podía generar reflexiones sobre asuntos universales del sujeto moderno y sus múltiples relaciones con diferentes áreas del conocimiento. Así lo expuso la agencia cultural de Gonzalo Rojas en Concepción, quien buscó, en cada uno de los encuentros de escritores y en las Escuelas de Verano que organizó, el diálogo en torno a los problemas filosóficos, políticos y literarios que afectaban al individuo en el contexto de las sociedades industriales modernas.

El primer encuentro de 1958 alcanzó el reconocimiento por parte de los miembros del campo literario nacional y de los medios periodísticos de la época, por tratarse de una actividad inédita que logró reunir en la provincia de Concepción a destacados y jóvenes escritores y críticos literarios; la apuesta por esta selección de escritores se puede leer como un intento por renovar las discusiones al interior del campo, ya que los escritores jóvenes tuvieron la oportunidad de analizar críticamente la trayectoria de la literatura nacional a través de sus más destacados representantes y movimientos.

En este punto, hay que señalar que el reconocimiento por parte de la prensa respondió a relaciones económicas e institucionales entre la casa de estudios y las cabeceras periodísticas locales, tales como diario *El Sur* y *La Patria*, las cuales, al finalizar las jornadas de extensión de la Universidad, repitieron enunciados orientados a exaltar la

función cultural de la Universidad de Concepción dentro de la ciudad<sup>33</sup>. Este tipo de narración periodística se repitió año a año, la cual finalizaba a través de una carta al director del diario, emitida por el rector de la casa de estudios, agradeciendo la amplia y desinteresada cobertura realizada por la prensa; sin embargo, hay que recalcar que estos titulares fueron financiados por la Universidad de Concepción, cuyo costo varió dependiendo de la extensión de la noticia y del lugar que ocupó en el diario. Es por lo anterior que se puede afirmar que se establecieron relaciones económicas e institucionales entre la Universidad y la prensa local, con el interés de posicionar a la casa de estudios penquista en el mismo nivel –e incluso superior- que las otras universidades emblemáticas de Chile respecto a la organización y difusión de eventos culturales en temporada de verano: recordemos que la institución pionera en este tipo de actividades fue la Universidad de Chile, por lo mismo, la universidad penquista tendió a comparar sus cifras (matrículas, cursos, profesores invitados, actividades al aire libre, exposiciones, etc.) con esta institución de la capital.

En este punto, ponemos en duda el método de análisis que Germán Albuquerque (2011) propone para medir el impacto de las actividades intelectuales llevadas a cabo a mediados del siglo XX en América. El autor plantea que “habría que estudiar en la prensa de cada país sede la repercusión real de estos eventos” (p. 259). A partir del tipo de cobertura que los diarios locales hicieron sobre los encuentros celebrados en Concepción, podemos afirmar que sus contenidos no reflejan la “repercusión real” de las actividades, al

---

<sup>33</sup> Encontramos, por ejemplo, titulares como: “La segunda escuela aparece sellada por claro prestigio nacional e internacional” (*El Sur*, domingo 8 de enero de 1956, n° 24550, p. 8); “Escuela de Verano termina labor ocupando primer lugar entre las de su tipo en el país” (*El Sur*, sábado 4 de febrero de 1956, n° 24577, p. 7); “Escuela de Verano transmitió al medio genuina vida universitaria” (*El Sur*, viernes 1 de febrero de 1957, n° 24918, p. 3); “La Escuela de Verano comunicó valores culturales del país a todos los públicos” (*El Sur*, viernes 31 de enero de 1958, n° 25281, p. 6); “Especial importancia para turismo reviste Universidad de Concepción” (*El Sur*, miércoles 27 de enero de 1960, n° 26007, p. 17); “Un nutrido programa artístico realizan Escuelas de Verano” (*La Patria*, jueves 14 de enero de 1965, n° 14764, p. 7), entre otros.



contrario, plantean una imagen ideal y mediada de la función social y cultural de las universidades.

**DIARIO "EL SUR" S. A.**  
 "EL SUR" "CRONICA"  
 CONCEPCION CONCEPCION

OFICINA DE PRENSA: MORANDE 490, SANTIAGO — BLANCO 955, VALPARAISO  
 GERENCIA GENERAL: FREIRE 799 — FOMOS: 2243 Y 23825 — CASILLA 86 — CONCEPCION

153

Concepción, 31 de Enero de 1962

Señor(es)  
 Universidad de Concepción,  
 Escuela de Verano,  
 Presente .-


Nº 9737

Condiciones de pago  
 Por sus publicaciones en "EL SUR"

**DEBE**

Fecha 1962	Ag.	PORMENORES	DETALLE				Parciales	TOTAL E= M/L
			Dimens.	Días	Ctms.	Secc.		
Enero:7	M	Diálogo	x4	1	227	Morg	1,06 *	240,62
17	"	Sept. Escuela	15x2	1	30	Ed.	1,20	36.--
18	#	Escuela de Verano	18x2	1	36	Ed.		43,20
20	M	Escuela	8x2	1	16			19,20
22	M	Universidad	10x2	1	20			24.--
23	M	VII Escuela	10x2	1	20			24.--
19	M	VII Escuela	12x2	1	24			28,80
24	M	VII Escuela	11x2	1	22			26,40
25	M	VII Escuela	10x2	1	20			24.--
26	M.	VII Escuela	10x2	1	20			24.--
27	M.	VII Escuela	7x2	1	14			16,80
29	Of.	La bella 29-30-	8x2	2	32			36,40
							537,42	

Son: - Quinientos treinta y siete escudos 42/100



AL HACER SU CANCELACION SIRVASE EXTENDER CHEQUE CRUZADO A L  
 ORDEN DE DIARIO "EL SUR" S. A.  
 "El Sur" no asume responsabilidades ulteriores por fallas o fallos en las publicaciones  
 El impuesto total de la presente factura se pagará en Tesorería, a virtud de la resolución  
 N.º 10100 (Decreto 1080) del 4 de Octubre de 1956, de la Direc. Gen. de Impuesto

CLAVE DE PAGINAS  
 1.- Primera  
 G.- Generales  
 C.- Cables

**Figura n° 1:** Comprobante de deuda emitido por diario *El Sur* a Universidad de Concepción por publicaciones de anuncios y noticias, entre el 7 y el 29 de enero de 1962.

**Fuente:** Archivo (?) Secretaría General de la Universidad de Concepción, sin clasificar.

## 7.2 Encuentro americano: estado de la literatura continental

Dos años más tarde, Gonzalo Rojas, junto con los profesores del Departamento de Español respaldados por el rector David Stitchkin, organizó el Primer Encuentro de Escritores Americanos, certamen que congregó entre el 18 y 23 de enero de 1960 a más de treinta pensadores de diferentes lugares de América<sup>34</sup>. Esta actividad fue la más relevante entre el gran número de cursos programados para la VI Escuela Internacional de Verano de la Universidad de Concepción, puesto que por primera vez se reunieron en la institución diversos intelectuales de toda América y, por ende, se generaron las condiciones para la producción de nuevos saberes en el campo literario desde la ciudad de Concepción. La relevancia del encuentro quedó reflejada en el elevado número de matrículas que registró la Escuela de Verano de ese año: 4.500 matrículas, 118 becarios extranjeros, cerca de 2.000 personas asistentes a las diversas sesiones de trabajo y 8.000 a las actividades culturales al aire libre (cfr. *Memorias*, 1959, pp. 39-47), cifras que superaron con creces las versiones anteriores.

Previo a la inauguración del encuentro, Gonzalo Rojas incorporó un ciclo de conferencias y debates en torno a dos temáticas: “Claves para el conocimiento del hombre de Chile” y “Chile en el mundo”. En esta última participaron algunos de los escritores que intervendrían días más tarde en la cita continental<sup>35</sup>, y sirvió para preparar y adelantar la

---

<sup>34</sup> De Argentina, Enrique Anderson Imbert, Eduardo Mallea, Ernesto Sábato e Ismael Viñas; de Bolivia, Jacobo Libermann; de Brasil, Afranio Coutinho y Sergio Meillet; de Colombia, Germán Arciniegas y Jorge Zalamea; de Costa Rica, Joaquín Gutiérrez; de Cuba, José Antonio Portuondo; de Chile, Margarita Aguirre, Fernando Alegría, Braulio Arenas, Miguel Arteche, Julio Barrenechea, Alfredo Lefebvre, Luis Oyarzún, Nicanor Parra, Daniel Belmar, Gonzalo Rojas y Volodia Teitelboim; de Ecuador, Ángel F. Rojas; de El Salvador, Hugo Lindo; de Estados Unidos, Vance Bourjaily, Lawrence Ferlinghetti, Allen Ginsberg y Stanley Richard; de México, Leopoldo Zea; de Panamá, Guillermo Sánchez; de Perú, Sebastián Salazar Bondi y Alberto Wegner Reyman; de Uruguay, Carlos Martínez Moreno y, de Venezuela, Ramón Díaz Sánchez, Mario Briceño y Óscar Sambrano Urdaneta.

<sup>35</sup> Entre ellos Braulio Arenas, Nicomedes Guzmán, Nicanor Parra y Luis Oyarzún, quienes junto a Mario Ferrero, Violeta Parra, Mario Céspedes, Luis González Zenteno, Reinaldo Lomboy, Alejandro Magnet,

discusión intelectual que se aproximaba. El PEEA se situó en el debate sobre el estado de la literatura hispanoamericana y su lugar frente a otras cartografías literarias como, por ejemplo, la europea; los escritores que participaron en el encuentro americano repararon en la imponente producción literaria y ventaja editorial con la que contaba Europa, cuyas obras gozaban de una mayor difusión editorial en América, éxito europeo en el mercado y consumo literario que se tradujo en un obstáculo para la circulación de autores hispanoamericanos<sup>36</sup>. En suma, Gonzalo Rojas, como agente cultural, observó los problemas y limitaciones que afectaban la práctica escrituraria en Hispanoamérica, sobre todo, respecto a los intereses de los escritores para que sus obras llegaran a nuevos públicos y las respectivas dificultades para entrar en circuitos editoriales extranjeros. La apuesta de Rojas implicó una lectura al comportamiento de los diferentes agentes del campo literario nacional y continental, como, por ejemplo, sociedades de escritores, agentes editoriales, universidades y difusión de estudios y crítica literaria, entre otros, con el objetivo de modificar las relaciones (centralistas) de producción literaria para ese momento.

Para esta actividad, Rojas se propuso superar las dificultades territoriales y comunicacionales y, para ello, puso a disposición de los periodistas una sala de prensa ubicada en la misma Universidad de Concepción, con el objetivo de elaborar *in situ* cada una de las entrevistas y reportajes sobre este prometedor encuentro para las letras chilenas y americanas, además, de promover la difusión de las sesiones de trabajo a través de la radio de la Universidad, con el fin de llegar a un público mayor (cfr. Bradu, 2016, p. 173). La actividad acaparó la atención no solo de los medios locales y nacionales, sino que, además,

---

Manuel Dannemann, Alberto Medina y Celestino Sañudo completaron el equipo de expositores para este ciclo (cfr. Bradu, 2016, p. 174).

<sup>36</sup> A esto se suma las reacciones de los escritores nacionales frente a la reciente y polémica publicación del diario inglés *Times*, que sentenció la literatura latinoamericana como aliteraria e imitadora del modelo europeo parisino (cfr. Rojas, 1963, p. 326).

de la prensa de Praga, Moscú, Nueva York, entre otras, las que se interesaron por cubrir las características y pormenores de esta actividad (cfr. *El Sur*, 17 de enero de 1960, n° 25997, p. 14).

A diferencia del encuentro literario de 1958, las discusiones en el Primer Encuentro de Escritores Americanos estuvieron atravesadas por una toma de posición política a favor tanto de los movimientos de izquierda como de la campaña anti armamentista en el continente, motivo por el cual, al finalizar el certamen, existió un consenso entre los escritores por apoyar a los presidentes Jorge Alessandri Rodríguez y Manuel Prado, de Chile y Perú respectivamente. Además, cabe destacar que en este encuentro se materializó el proyecto de integración americana a nivel cultural, social y político, con la creación de la Sociedad de Escritores Americanos, cuyo directorio quedó conformado provisionalmente al término del evento con Gonzalo Rojas a la cabeza (cfr. *El Sur*, 24 de enero de 1960, n° 26004, p. 15). Sobre esto hay que señalar que, pese a que la formación tuvo una corta duración y careció de continuidad, el gesto por parte de los escritores de inaugurar una organización supranacional puede ser leído como una búsqueda de representación del oficio de escritor en Hispanoamérica y, paralelamente, como un esfuerzo por insertarse programáticamente en las discusiones literarias y políticas a nivel continental durante la Guerra Fría. Los escritores apostaron por una formación intelectual que validara su posición de agentes culturales y, también, su voz frente a la diversidad de campos del conocimiento que entraban en los debates (literarios y, sobre todo, extraliterarios) más contingentes para ese momento como, por ejemplo, sobre la carrera armamentista nuclear, la distribución ideológica del mundo, las políticas imperialistas de Estados Unidos, entre otras.

El ambiente intelectual generado en Concepción se debe entender a partir de las particularidades históricas de ese año en que la Guerra Fría y la Revolución Cubana se encontraban en pleno desarrollo y, por ende, como señala Fabienne Bradu (2016), la propuesta de Gonzalo Rojas adquiere una connotación especial, ya que el encuentro de escritores generó un espacio de reflexión sobre asuntos literarios, políticos, culturales y sociales en tiempos en que la convergencia de intelectuales no era una práctica habitual (cfr. p. 142). Al respecto, tenemos que reparar en que el estudio de Fabienne Bradu, al ser de tipo biográfico, está revestido por un estilo periodístico-cronológico y por un tono marcadamente apologético, por lo que el interés de la académica consiste en posicionar la agencia cultural de Rojas como pionera a nivel nacional y continental.

Desde nuestra perspectiva, el proyecto cultural del poeta en Concepción entra en diálogo con otros eventos intelectuales generados en otros espacios (de los cuales Bradu hace caso omiso), como el influyente Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, celebrado en Madrid en 1935, en el que, además de otros asuntos, se discutió sobre la función social del escritor y su papel en el ámbito de la cultura; insertamos y emparentamos el proyecto cultural de Rojas con la experiencia intelectual europea por tratarse de una actividad organizada por escritores que discutieron problemas que desbordaron la disciplina y el quehacer literario para entrar en materias políticas y, además, por ser una actividad europea en la que participaron escritores provenientes de Hispanoamérica (como Raúl González Tuñón y Pablo Neruda) y, por consiguiente, esta participación se puede leer como la primera intervención política y cultural del siglo XX de escritores hispanoamericanos en el continente europeo que buscó validar la voz del escritor de esta región frente a otros espacios literarios de mayor trayectoria.

Las iniciativas de integración americana realizadas en Concepción fueron el respaldo para que diversos escritores postularan a la ciudad, junto con su universidad, como el nuevo centro cultural de América Latina. Este tipo de proclamas se multiplicaron en la última sesión. Por ejemplo, Jaime García Terrés declaró a Concepción como el nuevo centro cultural de América, Julio Barrenechea -para ese entonces presidente de la Sociedad de Escritores de Chile-, destacó la función de Concepción en el nuevo orden cultural de América (cfr. *El Sur*, 24 de enero de 1960, n° 26004, p. 15).

### **7.3 Relaciones sociales e intereses en juego en los encuentros literarios de Concepción**

A partir de la anterior descripción de los encuentros de escritores podemos comenzar a analizar las distintas relaciones sociales que se hicieron posibles gracias a que estas actividades se llevaran a cabo. Para este objetivo, podemos recurrir a los insumos que la sociología de la cultura nos proporciona, por cuanto sus nociones nos ayudan a problematizar las actividades literarias en Concepción; esta área de estudio, según Raymond Williams (1994), se encarga de analizar tanto las prácticas como las relaciones sociales de la producción cultural, además de sus respectivos problemas, tomando como base la noción de “intelectual” (cfr. pp. 28-29). Debido a lo anterior, necesariamente nos referiremos a Gonzalo Rojas y a su equipo organizador como agentes culturales vinculados a ciertas formaciones, tales como la institución literaria y las universidades, estas últimas entendidas como el lugar donde operan las diferentes academias ilustradas y científicas en el contexto moderno (cfr. p. 56).

La posición de Gonzalo Rojas en el campo literario nacional –en el momento de organizar los encuentros- se caracterizó por un emergente reconocimiento por parte de la

crítica y de sus pares escritores al contar con una obra publicada, *La miseria del hombre* (1948). Pese a su escasa producción literaria, esta alcanzó el reconocimiento de, por ejemplo, la poeta Gabriela Mistral, quien destacó su originalidad por tratarse de una obra que analizaba, a través de un lenguaje fuerte y directo, la situación de la condición humana en las sociedades industriales modernas (cfr. G. Mistral, comunicación personal, 10 de febrero de 1949, citado por: Coddou (ed.), 1995, p. 43). Esta y otras recepciones críticas permitieron a Rojas posicionarse como un poeta joven con potencial para ocupar un lugar interior del campo literario nacional; su nombre comenzó a circular de manera prominente entre la red de escritores y académicos de Chile.

Este reconocimiento favoreció la postulación de Rojas a las plazas vacantes en la Universidad de Concepción, por lo que, en 1952 luego de ganar el concurso, se trasladó de la ciudad de Valparaíso (donde trabajaba como profesor en el Liceo Eduardo de la Barra y en el Colegio Alemán) a Concepción para ejercer como profesor de las cátedras “Estilo y creación literaria” y “Literatura hispanoamericana”. En su posición como académico, Rojas contó con el respaldo de la institución universitaria, lo que le permitió materializar e intensificar sus proyectos de intervención cultural a nivel local e internacional.

A su llegada a la Universidad de Concepción, el rector Enrique Molina apoyó a Rojas para que lograra sistematizar la producción y difusión de los estudios literarios en Concepción. Le encomendó la tarea de fundar el Departamento de Español con el equipo de académicos que estimara pertinente, de modo que Rojas contrató a sus colegas y amigos Alfredo Lefebvre y Juan Loveluck para formar la red intelectual que promovería la “agitación cultural” en la provincia de Concepción. Esta red académica buscó impulsar la crítica literaria en Concepción para que fuese accesible a la sociedad, motivo por el cual escribieron semana a semana, desde 1955 y durante diez años, artículos en el diario *El Sur*

y *La Patria*<sup>37</sup> (cfr. Rojas, 2015, p. 220). De esta forma, la universidad y la ciudad comenzaron a figurar en el mapa intelectual chileno respecto a la producción de estudios literarios, lo que les permitió, posteriormente, promover el diálogo nacional y continental a partir de la reflexión sobre asuntos literarios, políticos y sociales entre los escritores.

Gonzalo Rojas señala que el proyecto cultural promovido desde el Departamento de Español inventó “otro Concepción, lo ventiló y apostó a su resurrección” (Rojas, 2015, p. 219). Estos agentes culturales buscaron modificar las relaciones sociales de la producción cultural que dominaban la escena literaria nacional, caracterizada por un fuerte centralismo por parte de las agencias mediadoras, tales como las sociedades profesionales y las principales casas editoriales del país. Por ejemplo, la Sociedad de Escritores de Chile, creada en 1931 con el objetivo de profesionalizar el ejercicio de la escritura (cfr. Anguilera y Antivilo, 2002, p. 54), apoyó económicamente concursos y revistas literarias emplazados en la capital; a mediados del siglo XX, Santiago concentraba casi la totalidad de las editoriales de mediana y gran escala, donde figuran, por ejemplo, Zig-Zag y Ercilla (cfr: Subercaseaux, 1984, p 19). En suma, estas modalidades mediadoras le otorgaron una relativa estabilidad a la institución literaria, donde la capital nacional sacó ventaja sobre el resto de las provincias respecto de la producción y difusión de obras y saberes en el campo literario.

Las relaciones sociales establecidas por Gonzalo Rojas buscaron generar conocimiento literario, político y social desde una institución universitaria de provincia, por lo que fue necesario que diversos escritores se trasladaran a Concepción para analizar el

---

<sup>37</sup> Los académicos que escribieron crítica literaria en estas plataformas fueron: Alfredo Lefebvre, Juan Loveluck, Luis Muñoz, Gastón Von Dem Bussche y Gonzalo Rojas. Los artículos no recibieron reconocimiento a nivel local, sin embargo, llamaron la atención de otros países, por ejemplo, de México al ser solicitados por Octavio Paz para su difusión (cfr. Rojas, 2015, p. 221).



comportamiento del campo literario chileno e hispanoamericano para mediados del siglo XX. Por primera vez la ciudad se posicionó como lugar central para el desarrollo intelectual a nivel nacional e hispanoamericano y, por ende, se puso en crisis la relación centro/periferia en el ejercicio del poder de la producción y difusión del conocimiento occidental (cfr. Bauman, 1995, pp. 159-160).

Las gestiones culturales promovidas por Rojas buscaron redefinir la función histórica que las universidades ejercían en la sociedad, institución descrita por Alvin Gouldner, en *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la Nueva Clase* (1980), como el espacio donde los intelectuales se relacionan como una comunidad lingüística que, al condensar capital cultural en sus discursos, son capaces transmitir actitudes críticas y reflexivas al resto de la sociedad (cfr. pp. 49-59). En primer lugar, se apostó por superar este hermetismo propio de las academias a través de actividades abiertas al público general, como una forma de incluir a la sociedad en las discusiones generadas entre los diversos intelectuales. En segundo lugar, la producción cultural de los encuentros de escritores apeló a un giro epistémico de estas discusiones, ya que, además de abordar asuntos estéticos propios de la disciplina literaria, los escritores, en ambos encuentros, se involucraron en discusiones políticas, sociales e, incluso, económicas.

Para que se generara este tipo de saberes desde la universidad, la institución previamente tuvo que estrechar lazos con otras casas de estudios y fundaciones a nivel nacional e internacional. La Universidad de Concepción, a través del rector David Stitckin, generó vínculos académicos con la Universidad de Chile, pionera en el proyecto de las escuelas de temporada a nivel nacional, institución que apoyó a la casa de estudios penquista desde las primeras versiones de las Escuelas de Verano, en 1955, hasta la organización de los encuentros de escritores; la Universidad de Chile, a través de su

Departamento de Extensión Cultural, facilitó el intercambio de profesores para impartir cursos específicos en cada una de las escuelas de temporada en Concepción. Por ejemplo, para el año 1956, se contó con la participación de diez profesores provenientes de esta casa de estudios, tales como: Aída Parada, Jorge Millas, Antonio Doddis, Abelardo Yturriaga, José Ricardo Morales, entre otros (*El Sur*, 2 de enero de 1956, n° 24544, p. 5).

Para el caso del Primer Encuentro de Escritores Chilenos, Nicanor Parra<sup>38</sup> y Carlos León<sup>39</sup> contaron con el apoyo de la Universidad de Chile, ya que esta accedió a postergar sus actividades en la capital para que pudieran trasladarse a Concepción. Estas licencias solaparon un interés mayor depositado en las actividades literarias, ya que los intelectuales funcionaron como representantes de sus respectivas instituciones universitarias. Cada uno de los encuentros de escritores, en primer lugar, puso en relieve la posición y función de cada intelectual en la sociedad y, en segundo lugar, modeló tentativamente un mapa institucional chileno y americano que registró a las principales casas de estudios capaces de elevar las discusiones culturales a través de sus académicos, ya que, como nos señala Carlos Altamirano en *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta* (2013), la universidad funcionó como “el centro productor de las profesiones de donde se recluta la enorme mayoría de aquellos que desempeñan en el espacio público el papel de intelectuales” (p. 132).

Sobre este punto, hay que reparar en la función que cumplió la universidad - entendida como una institución de producción y difusión de conocimiento especializado, a la vez que como un espacio de “reclutamiento (de) intelectual(es)” (cfr. Gouldner, 1980, p.

---

<sup>38</sup> Para entonces profesor de Matemáticas en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

<sup>39</sup> Para entonces profesor de Filosofía del Derecho, en la Escuela de Leyes de Valparaíso de la Universidad de Chile.

50)- respecto a la organización de actividades intelectuales e intento de distribución del capital cultural para mediados del siglo XX.

Willy Thayer en *La crisis no moderna de la universidad moderna (epílogo de El conflicto de las facultades)* (1996) plantea diversas inquietudes sobre el sentido, papel y lugar actual del espacio universitario y su innegable estado de crisis producto de la fragmentación y pérdida de validez de la filosofía moderna, que elevó a la universidad como institución madre del saber y de las profesiones, para explicar el comportamiento universitario (cfr. pp. 19-21). Thayer plantea la desintegración del (antiguo) estatuto del núcleo universitario como “vigilante del saber” al entrar sus productos culturales a las dinámicas mercantiles de las sociedades capitalistas contemporáneas, es decir, ahora, más que pensar en la utilidad del conocimiento para la sociedad civil, la producción “intelectual” en (desde) la universidad se orienta a un “proceso comercial de circulación” (p. 21).

A partir de esta reflexión, y considerando los procesos de mediación en los que estuvieron envueltos los manuscritos del PEEA, podemos señalar que a partir de la omisión por parte de la institución universitaria penquista y de los cuerpos involucrados en las gestiones editoriales (Editorial Universitaria y revista *Atenea*), es posible leer algunos síntomas del estado de crisis que nos describe Willy Thayer; no obstante, reparamos en que tal omisión fue pensada, más que por dinámicas comerciales de circulación –consumo de literaturas-, por procesos ideológicos de circulación en tiempos de Guerra Fría en el que existió una fuerte presencia de organismos internacionales como una forma de vigilar las prácticas intelectuales en Hispanoamérica. Situar el estado inicial de la crisis no moderna de la universidad moderna requiere de una serie de estudios de caso que permitan visibilizar las variables en juego en esta pérdida del papel de la universidad como orientadora del

conocimiento y de la sociedad. Para el caso de la Universidad de Concepción, en 1960 no importó la recepción y el eventual uso crítico por parte de la comunidad lectora nacional e internacional de las escrituras ensayísticas del PEEA; fue más preponderante el compromiso ideológico de la institución con organismos externos.

La organización de los encuentros de escritores desde una institución universitaria, estuvo marcada por sus dinámicas burocráticas, políticas y económicas que, en este caso, involucró a instituciones internacionales para la concesión de becas a estudiantes chilenos y extranjeros; la UNESCO fue una de ellas y tuvo una influencia considerable en las actividades literarias, principalmente en el PEEA, al poner a disposición de las Escuelas de Verano recursos económicos para financiar la permanencia en Concepción de estudiantes provenientes de distintos lugares de América. Incluso, la intervención de esta organización en la universidad penquista fue anterior a 1960<sup>40</sup>, ya que dos años antes la institución universitaria solicitó la cooperación de la UNESCO para guiar el proceso de restauración docente, cuyos objetivos fueron la reorganización de los cursos profesionales y, a la vez, la creación de otros; fomentar la ciencia aplicada y ampliar los canales de vinculación con la comunidad, la industria y el sector comercial (cfr. *Memorias*, 1958, pp. 10-11).

A partir de lo anterior, se puede leer el interés de la Universidad de Concepción por insertarse en el extenso programa de modificación curricular impulsado por la UNESCO, cuya orientación privilegió la capacitación técnica e industrial por sobre la actitud crítica de disciplinas humanistas. El plan estratégico de la UNESCO trae consigo una particular visión sobre América Latina, la cual, en términos de dependencia económica y política, fue

---

<sup>40</sup> En 1956, durante el desarrollo de la Segunda Escuela Internacional de Verano, la Universidad de Concepción solicitó la creación de una filial de la UNESCO en la ciudad, proyecto que se concretó a mediados de ese mismo año, luego de que Yolando Pino, vicepresidente ejecutivo de la organización en Santiago, y Alberto Villalón, secretario general, dictaran cursos en la escuela de temporada y se percataran de la extensión cultural que se alcanzaba en Concepción (cfr. *El Sur*, domingo 5 de febrero de 1956, n° 24578, p.10 y *El Sur*, martes 1 de enero de 1957, n° 24887, p. 15).

(es) vista como una región para la exportación de materias primas a zonas de mayor desarrollo industrial, perspectiva con la cual la institución universitaria penquista estuvo dispuesta a trazar.

¿Por qué señalar este tipo de organizaciones? Porque en parte pueden explicar tanto los logros de las actividades literarias como sus limitaciones, ya que, por ejemplo, los discursos de los ciclos “Imagen del hombre” e “Imagen de América Latina” de 1962 no fueron publicados luego del polémico debate generado por la intervención del escritor Frank Tannenbaum, quien, además de criticar duramente la Revolución Mexicana, sostuvo la idea de crear una Federación Americana con Estados Unidos a la cabeza, declaraciones que causaron incomodidad entre el resto de los intelectuales, quienes reaccionaron inmediatamente sumándose a la discusión. Este polémico debate con tonos políticos significó que se retirara el apoyo para publicar las actas del encuentro.

El interés depositado por la UNESCO en las convocatorias de intelectuales americanos en la Universidad de Concepción no constituyen un caso aislado por esta región, ya que en 1958 también intervino política y mediáticamente al crear el “Centro Latinoamericano de Estudios Superiores de Periodismo” (actual “Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina”). Estos gestos pueden ser leídos como intentos de vigilar las prácticas intelectuales durante el periodo de crisis política producto de la Guerra Fría y, principalmente, por el estallido de la Revolución Cubana.

Por otro lado, en las actividades de 1958 y 1960, si bien convergieron diversos intelectuales que representaron perspectivas plurales sobre la función de la literatura y del escritor en la sociedad, respondieron a la tendencia señalada por Raymond Williams (1994) para los grupos del siglo XX (cfr. p. 64), ya que se reunieron en torno a un programa mayor

con una toma de posición cultural y política común marcada por la descentralización y difusión del conocimiento literario y por una postura pacifista frente al conflicto nuclear internacional, respectivamente. Por ende, las relaciones sociales entre los escritores estuvieron determinadas por relaciones externas, en este caso, por las discusiones éticas y políticas que afectaron las relaciones internacionales durante la Guerra Fría y por las condiciones favorables de producción intelectual que experimentaron las metrópolis (Buenos Aires, Ciudad de México, Bogotá y Santiago).

Si bien los intelectuales convocados para ambos encuentros se reunieron en torno a un programa mayor de integración cultural hispanoamericana, encontramos en ellos una heterogeneidad de posiciones, estéticas y políticas, junto con diversos intereses depositados en las actividades de Concepción. Por este motivo, resulta necesario ampliar el análisis a las disputas y apuestas registradas en la escritura ensayística de nuestra selección de escritores que participaron en los encuentros.

A modo de conclusión de este apartado, podemos señalar, en primer lugar, la diversidad de intereses depositados en la organización de ambos encuentros de escritores en Concepción, ya que es posible identificar, desde la perspectiva de la sociología de la cultura, las relaciones institucionales que la Universidad de Concepción estableció con otras casas de estudios del país y con las cabeceras periodísticas locales, esta última relación pretendió elevar la imagen de la institución universitaria penquista como espacio central en la organización y distribución cultural e intelectual de la región. Asimismo, hay que destacar que la realización de ambas actividades literarias estuvo atravesada por la relación que la misma universidad generó con organismos internacionales como la UNESCO, la cual, a partir del apoyo económico proporcionado a las Escuelas de Verano, facilitó el traslado de estudiantes extranjeros a la provincia de Concepción; no obstante,

también se prestó para que esta formación ejerciera una vigilancia de las prácticas intelectuales en Hispanoamérica e, incluso, de las escrituras residuales que quedaron de los diálogos y discusiones de estos encuentros, ya que, para el caso del PEEA de 1960 y del reconocido Congreso de Intelectuales de 1962, significó que los manuscritos de los discursos de los escritores no fueran publicados por la revista *Atenea* (como se había asegurado por la rectoría de la universidad al iniciarse ambas actividades) por verse involucrados en discusiones políticas en pleno desarrollo de la Guerra Fría.

El silencio de los estudios literarios e historias de la literatura, sumado al control y marginación que ejerció la Universidad de Concepción con este tipo de documentos, nos indica su orientación por no reconocer las prácticas públicas de los escritores en un contexto altamente politizado por la incorporación de doctrinas sociales e ideologías y sus respectivos defensores en Hispanoamérica; podemos señalar que a nivel de la crítica ha existido un profundo soterramiento de las prácticas intelectuales de los escritores a mediados del siglo XX, con el propósito de vincularlos exclusivamente al ámbito de la ficción de la “escritura literaria”.

## 8. Capítulo II: Disputas y apuestas en el campo literario nacional y americano

Las diversas reflexiones llevadas a cabo en los encuentros literarios de Concepción quedaron, salvo una excepción, registradas dispersamente en periódicos locales, archivos y, probablemente, bibliotecas personales, de lo que se desprende el carácter residual de los testimonios de los escritores en el PEEA de 1960 y el reconocido Congreso de Intelectuales de 1962. Hay que advertir que Gonzalo Rojas programó con anterioridad la publicación de esos manuscritos en la revista de la institución universitaria, *Atenea*; sin embargo, puesto que algunas sesiones derivaron en disputas políticas entre los escritores, la Universidad de Concepción se retractó de incluir en su revista las actas de los encuentros, posiblemente - como señalamos en el capítulo anterior-, para no involucrarse en conflictos políticos que pudieran mancillar la imagen de la casa de estudios a nivel nacional e internacional.

Por ejemplo, durante el ciclo “Imagen de América Latina” de la VII Escuela Internacional de Verano de 1962, el sociólogo estadounidense Frank Tannenbaum<sup>41</sup> propuso implementar un sistema político federal en América a partir de la experiencia histórica de Estados Unidos, discurso que incentivó la reacción inmediata del escritor mexicano Carlos Fuentes, quien argumentó que los intereses políticos y económicos de Estados Unidos eran diametralmente opuestos a los del resto de las naciones del continente (cfr. *El Sur*, jueves 18 de enero de 1962, n° 26729, p. 9); a esta postura adhirieron diversos escritores que alzaron sus críticas a Tannenbaum, quien tuvo que abandonar la ciudad ese mismo día producto de las tensiones generadas entre los intelectuales involucrados en la discusión. Este intenso debate alcanzó a ser reportado por las prensas nacional e internacional, las cuales notificaron superficialmente el evento, por lo que resulta difícil

---

<sup>41</sup> La participación de Frank Tannenbaum en el ciclo “Imagen de América Latina” consistió en dos conferencias: “Bases ideológicas de la política internacional latinoamericana” y “La balanza del poder dentro de la sociedad”. La propuesta que refiero se encuentra contenida en su primera intervención.



rastrear los pormenores de la disputa, ya que en su momento la dirección de la Universidad de Concepción se negó a publicar los manuscritos de los escritores -reunidos y organizados personalmente por Gonzalo Rojas- por tratarse, muchas de ellas, de discusiones cargadas de contenido político; de hacerlo, se pondría en riesgo la contribución económica de fundaciones norteamericanas a la casa de estudios penquista. Es más, el tenso debate le significó a Rojas su marginación como director de las escuelas de verano (cfr. Bradu, 2016, pp. 190-191), lo que significó la interrupción del programa cultural y político que Rojas proyectaba para la región y la universidad. Como vemos, el intervencionismo económico-cultural de Estados Unidos puede ser leído como un factor (entre varios) que influyó en la decisión, por parte de la rectoría de la universidad, de no publicar los documentos del encuentro.

Hay que agregar que la disputa generada entre Frank Tannenbaum y Carlos Fuentes adquirió un tono particular, cuyas repercusiones desbordaron el campo intelectual para entrar en el político, ya que el conflicto se mantuvo en un contexto en el que la división ideológica del mundo era cada vez más perceptible e ineludible. Es por ello que se puede leer la disputa entre estos dos intelectuales como una síntesis ideológica y cultural de cómo se vivió y se polemizó la Guerra Fría para mediados del siglo XX en Hispanoamérica, donde se expandieron diversos movimientos de izquierda, principalmente en el Caribe con la Revolución Cubana, y que puso la atención internacional en este punto del mundo; la Unión Soviética tuvo el interés de ampliar la influencia del socialismo más allá del continente europeo y, por su parte, Estados Unidos trató de frenar la avanzada de los movimientos revolucionarios de izquierda, críticos del modelo capitalista.

Es por lo anterior que, tomar partido, desde la institución universitaria, en la publicación de los trabajos que generaron el conflicto ideológico en el Congreso de

Intelectuales, hubiese ocasionado una ruptura en la relación entre la Universidad de Concepción y formaciones internacionales -principalmente organizaciones norteamericanas como la UNESCO-, las cuales financiaron parte de la agenda cultural programada por la casa de estudios; las relaciones entre este organismo internacional y la universidad penquista se fortalecieron cuando esta última aspiró al “Fondo Especial de Naciones Unidas”, el cual se orientó a reestructurar el plan curricular de la universidad, con el propósito de insertarlo en el programa de modificaciones para las universidades latinoamericanas, impulsado por el mismo organismo a través del departamento de “Comisión Económica para América Latina” y, además, ofreció asistencia técnica y tecnológica para la zona de Concepción y Chillán de acuerdo a los intereses y “necesidades de varios estados” (Documento inédito Ministerio de Relaciones Externas a UNESCO, Archivo Secretaría General de la Universidad de Concepción, 1962, p. 1).

Como vemos, el hecho de que la Universidad de Concepción decidiera no publicar los documentos del PEEA no fue un gesto desinteresado; al contrario, bajo esta omisión se solaparon intereses institucionales, políticos y económicos que sobrepasaron los intereses culturales de los organizadores y escritores participantes en cada uno de los encuentros. Es más, cuando culminó la Escuela de Verano de ese año, la Universidad de Concepción, a través del rector David Stitchkin, deliberadamente se desligó de la organización y de los debates generados en los encuentros de escritores, argumentando que la selección de los escritores latinoamericanos “siguió un criterio condenable –torpe acaso- que incluso pudo comprometer gravemente el prestigio de las jornadas” (cfr. Bradu, 2016, p. 445); es claro el ejercicio de limpieza de imagen que realiza el rector y la institución universitaria al no comprometerse con los efectos políticos y culturales de las discusiones del PEEA. ¿Qué buscaba, entonces, la Universidad de Concepción al apoyar este tipo de eventos? Resulta

evidente que la idea de contar con la presencia de destacados intelectuales hispanoamericanos en la ciudad de Concepción era demasiado atractiva para la institución universitaria como para entrever las consecuencias discursivas que implicaba este tipo de reuniones.

Asimismo, hay que detenerse en la función ambivalente que cumplió la revista *Atenea* respecto de las actividades literarias realizadas en la Universidad de Concepción, puesto que, por una parte, permitió registrar para la posteridad y visibilizar las diversas reflexiones presentadas en el PEEC, por lo mismo, fue vista por Gonzalo Rojas como un dispositivo de difusión institucional necesario para ampliar la recepción de las discusiones de los escritores e, incluso, lograr su extensión a nivel internacional. Por este motivo, Rojas insistió, al finalizar el PEEC, en trasladar la dirección de la revista a la ciudad de Concepción (cfr. Rojas, 1958, p. 8), con el propósito de impulsar la crítica y los estudios literarios desde la provincia sin depender de las dinámicas editoriales impuestas por el centro (entiéndase Santiago). Por consiguiente, se puede leer la publicación de los discursos presentados en el PEEC como el gesto inaugural que buscó reactivar la revista *Atenea* que, para ese entonces, según Rojas, resultaba ser “un depósito pasivo” (p. 8), para así, insertarla en los debates y en el mapa intelectual hispanoamericano. La Universidad de Concepción y su revista obstaculizaron el curso de la propuesta cultural de Rojas para la ciudad de Concepción, al impedir la publicación de las reflexiones de los diversos intelectuales que participaron tanto del PEEA de 1960 como de los ciclos “Imagen del hombre” e “Imagen de América Latina” de 1962, por las disputas políticas y el intervencionismo económico cultural que señalamos anteriormente.

A partir de la metodología que Dominick LaCapra (1980) nos suministra para leer textos desde la historia intelectual, podemos analizar las escrituras ensayísticas del PEEC

desde la actualidad y preguntarnos, por ejemplo, por los intereses en juego depositados en la organización de cada uno de los encuentros de escritores, junto con las conclusiones a las que llegó el grupo de escritores participantes en el PEEC. Sobre esto, hay que destacar la apuesta que Gonzalo Rojas depositó en las actividades literarias de Concepción, ya que cada uno de los encuentros respondió a un proyecto cultural mayor que buscó incentivar los debates políticos y sociales desde el campo literario nacional y continental, junto con promover una nueva distribución del capital cultural hispanoamericano al trasladar el centro de las discusiones a la provincia de Concepción. A partir de esta apuesta política y cultural, se puede comprender su interés por utilizar y activar la plataforma de difusión con la que históricamente ha contado la Universidad de Concepción; Rojas, Lefebvre y Loveluck fueron capaces de identificar el estado de estancamiento de la revista *Atenea*, ya que, para ellos, se mantenía en circulación gracias al prestigio que antiguamente había alcanzado, más no se encontraba actualizada con los debates contemporáneos del campo literario y de otras disciplinas. Promover un cambio cultural e intelectual desde la provincia de Concepción tenía que estar acompañado de la difusión que hiciese *Atenea* para que diera cuenta de ello.

Como hemos señalado anteriormente, estamos frente a reflexiones heterogéneas que se dieron entorno al campo literario nacional y americano, por lo que cabe preguntarse ¿qué tienen en común esta diversidad de discursos? Podemos señalar que cada una de las intervenciones respondió a una escritura ensayística enunciada primeramente en la oralidad, y que luego estas fueron fijadas en la escritura pública a través de revistas y diarios de la época. Además, recalcar que la escritura ensayística permitió a los intelectuales concebir sus intervenciones como campos discursivos en constante diálogo y disputa con el resto de las perspectivas sostenidas en los encuentros de escritores; el ensayo fue la modalidad que

les permitió problematizar los movimientos estéticos e ideológicos que intervenían en el campo literario chileno e hispanoamericano para ese momento, junto con evaluar y especular sobre la función de la literatura en lo que en términos sociológicos podemos señalar como realidad social.

Si bien se ha definido el ensayo como una escritura a partir de problematizaciones en la que el autor se vuelca sobre sí mismo como una forma de autoexploración que deviene en texto (cfr. Giordano, 2019, pp. 97-100), puedo acotar que los discursos presentados en los encuentros de escritores –y que componen el corpus de este estudio– poseen carácter ensayístico por problematizar tanto el ejercicio de la escritura literaria como la función y el lugar del escritor en la cultura chilena e hispanoamericana y, además, por tratarse de reflexiones que funcionaron en el presente, es decir, en la medida que se enunciaron, abordaron críticamente la realidad inmediata de la cual los escritores eran testigos.

El conjunto heterogéneo de discursos, presentados por primera vez oralmente, fueron pensados y declarados como intervenciones abiertas al público general, con el objetivo de acercar a la comunidad a los debates del oficio y disciplina literaria; sin embargo, en esto hay que detenerse para hacer algunos reparos. Si bien cada una de las sesiones fue abierta a todo el público, se marca una brecha de exclusión a través de la especificidad de las materias tratadas y del código con el cual fueron enunciadas: el destinatario ideal de los encuentros de escritores fue el público general; no obstante, el destinatario real fue la comunidad de escritores, investigadores, críticos, académicos y un pequeño grupo de aprendices de la escritura literaria, todos ellos con un dominio de un lenguaje común, especializado y técnico que les permitió la interacción de discursos críticos (cfr. Gouldner, 1980, pp. 48-55). Por consiguiente, es posible leer los encuentros de

escritores como un conjunto de actividades donde se fortaleció una política de escritura que dividió al público especializado del público general; hacer esta distinción implica problematizar la mayoría de los comentarios de críticos y escritores que analizan el impacto de estas actividades, ya que la mayoría de ellos señalan, idóneamente, su carácter comunitario y democratizador del conocimiento para mediados del siglo XX. De ellos podemos subrayar el carácter colectivo de los encuentros, pero de una comunidad lingüística específica como lo fue la asociada al campo literario chileno e hispanoamericano de mediados del siglo XX, por lo que más que de democratizador, su carácter fue descentralizador al poner en tensión la distribución geopolítica del saber al llevar las discusiones a los márgenes, en este caso, a la provincia de Concepción.

Para comprender nuestra distinción entre el destinatario ideal (declarado por los organizadores de ambas actividades) y el real de cada uno de los trabajos presentados en los encuentros, hay que tener en cuenta lo que nos señala Pierre Bourdieu [1982] sobre la eficacia simbólica de los discursos, la cual depende de la correspondencia entre los campos lingüísticos y sociales de quienes emiten y reciben los mensajes (cfr. p. 16); de ahí que la eficacia de las escrituras ensayísticas del PEEC y del PEEA dependió de la recepción por parte de la comunidad específica de escritores, académicos, críticos, periodistas y diversos intelectuales, la que se plasmó en los debates generados en cada sesión<sup>42</sup>, en las columnas de opinión redactadas por académicos del Departamento de Español de la Universidad de

---

<sup>42</sup> Si bien resulta imposible rastrear en profundidad las discusiones generadas a partir de los discursos de los escritores, los diarios locales que cubrieron ambas actividades (*El Sur* y *La Patria*) nos arrojan que esta provino, por lo general, del grupo de escritores invitados y académicos de la casa de estudios penquista.

Concepción<sup>43</sup>, y en la (escasa) crítica posterior, ya sean estudios literarios o historias de la literatura chilena e hispanoamericana<sup>44</sup>.

A través de los discursos pronunciados en ambos encuentros, podemos evidenciar un mapeo de la escritura en Chile, ya que gran parte de las intervenciones abordaron los movimientos estéticos e ideológicos más relevantes para ese momento -y sus respectivos antecedentes-, además de seleccionar un corpus con las obras más representativas; tanto el PEEC como el PEEA reflejaron la dinámica de cómo se pensó la literatura para mediados del siglo XX a nivel nacional y continental. Para el caso del PEEC, contamos con el número especial de la revista *Atenea* (380-381), que reúne cada uno de los discursos pronunciados, ordenados según el género literario adscrito para cada exposición. Para este análisis propongo desarticular esta clasificación convencional de la literatura para reagruparlos según las temáticas estéticas e ideológicas trabajadas por cada intelectual, lo que permitirá reagrupar el corpus según las disputas y apuestas generadas para el campo literario nacional y americano y, además, establecer relaciones entre ellas.

Uno de los discursos que, a nuestro parecer, fue el más completo y que puso en tensión diversos asuntos estéticos e ideológicos de la literatura fue “La generación del 38 en búsqueda de la realidad chilena” (1958), de Volodia Teitelboim, quien ofrece un relato íntimo de su generación<sup>45</sup> a partir de tres momentos claves con sus respectivas actitudes

---

<sup>43</sup> Alfredo Lefebvre, Juan Loveluck, Fernando Alegría y Gonzalo Rojas elaboraron columnas de opinión que quedaron registradas en el diario *El Sur*, donde expresan sus interpretaciones personales y balances sobre los encuentros de escritores (cfr. *El Sur*, domingo 19 de enero de 1958, n° 25269, p. 5)

<sup>44</sup> Como señalamos en el capítulo anterior, la escasa recepción crítica que tienen las actividades literarias de Concepción, responde al problema que evidenciamos tras revisar las historias de la literatura del siglo XX: se remiten a hacer un examen formal de las obras más destacadas de los escritores, por lo que excluyen la producción intelectual desarrollada en contextos de actividades de difusión y crítica literaria.

<sup>45</sup> El autor de *Hijo del salitre* se distancia del rótulo “generación del 40” apuntado por el crítico oficial Ricardo Latcham; en cambio, prefiere el título de generación de 1938, ya que condensa el punto de unión entre la actividad política nacional y sus escritores, grupo que “frisaba entonces los veinte años y se precipitó a la vida civil y literaria, bajo el torbellino sonoro del Frente Popular” (p. 107). Dentro de este heterogéneo grupo de escritores, podemos señalar a Nicomedes Guzmán, Gonzalo Drago, Eduardo Anguita y Volodia

políticas y estéticas: una primera etapa marcada por la irreverencia poética y política; una segunda etapa en la que se da el giro hacia la preocupación por las condiciones materiales y espirituales del pueblo, principalmente obrero, con el interés de llegar a una imagen concreta de la realidad social chilena; y una tercera y última etapa que se caracterizó, según Teitelboim, por la síntesis de los impulsos anteriores, junto con ensayar una nueva retórica, menos abstracta y con mayor conciencia histórica (cfr. pp. 118-119). Como podemos apreciar, la intervención de Teitelboim se esfuerza por posicionar la agencia de los escritores de su generación en el movimiento de literaturas “comprometidas”, es decir, con claras orientaciones a condensar en sus obras literarias los problemas sociales más urgentes de la época recogidos por la experiencia inmediata del autor, en este caso: la pobreza, la marginalidad, la desigualdad social y el abuso de poder.

Tomamos como punto de partida el trabajo de este escritor, ya que, a partir de su relato íntimo de la generación del 38, podemos deshilvanar diversos asuntos, tales como: el lugar de los discursos en la tradición ideológica del americanismo, la idea de generación y su aplicación en las historiografías literarias nacionales, el lugar y función de la crítica oficial en el campo literario, el papel de las polémicas intelectuales en la literatura, las disputas por una literatura de carácter nacional, la función del escritor frente a los problemas sociales y políticos de ese momento, la recepción internacional de la “literatura americana” y, por último, los proyectos de integración cultural y literaria para América Latina a mediados del siglo XX; diversidad de materias que muestran la naturaleza heterogénea de las discusiones y apuestas en el PEEC y que, además, nos permitirá establecer relaciones con el resto de las escrituras ensayísticas.

---

Teitelboim; los dos últimos editaron la *Antología de poesía chilena nueva* (1935), donde incluyen poemas de escritores contemporáneos como un intento de registrar los cambios estéticos y temáticos de los nuevos exponentes de la poesía nacional.



Debido a la diversidad temática, complejidad y extensión del trabajo de Teitelboim, Gonzalo Rojas lo recoge en su discurso “Chile y América en los Encuentros de Escritores” (1963), con motivo de la celebración de los diez años de trayectoria del Departamento de Español de la Universidad de Concepción; el poeta recuerda la intervención de Teitelboim como una de los trabajos mejor articulados del PEEC y que sintetiza las principales preocupaciones de los escritores de ese momento respecto a los procesos de creación y recepción literaria, junto con su lugar en los problemas sociales y políticos de Chile y el mundo (cfr. pp. 320-325).

Es por lo anterior que podemos sostener que en las actividades literarias de Concepción se produjeron una serie de apuestas por parte de los escritores, entendidas como aquella producción artística e intelectual capaz de asimilar los diferentes recursos que participan, en este caso, en el campo literario y con potencialidad para invertir la distribución de posiciones en su interior (cfr. Bourdieu, 1995). Estas apuestas en el PEEC es posible asociarlas a (nuevos) latinoamericanismos, por tratarse de reflexiones disciplinares-literarias que, también, abordaron asuntos políticos durante el desarrollo de la Guerra Fría; gran parte de las intervenciones de los intelectuales evaluaron el nivel de mimetismo de la literatura nacional y continental para ese momento. Leer estas escrituras desde la relación dialógica que establecemos con el pasado (LaCapra, 1980, p. 242), más allá de la información que nos proporcionan, nos permite considerar las apuestas adscritas a este campo como un intento por situar la producción literaria chilena y americana diferenciada de la tradición literaria europea, es decir, evaluar el grado de autonomía con el que se desarrollaba el quehacer literario para ese momento. Estas apuestas se emparentan al proclamar una (nueva) autonomía de las literaturas americanas, marcadas, ahora, por un compromiso (político) representacional con la heterogénea realidad continental.

## 8.1 Lugar de los discursos en la tradición ideológica del latinoamericanismo

Hay que destacar que la escritura ensayística de Teitelboim recoge y a la vez se inserta en una amplia tradición ideológica del americanismo, ya que al momento de analizar la imagen y función del escritor en Chile y su actitud frente a la obra literaria, Teitelboim retoma el problema que José Martí planteó a fines del siglo XIX en su “Prólogo al *Poema del Niágara* de Juan Antonio Pérez Bonalde” [1882], quien tiene como punto de partida el estado de crisis de las sociedades modernas y la literatura, específicamente con la pérdida de autoridad del poeta en la sociedad a causa del liberalismo económico.

Cuando José Martí publica su texto, advierte el drástico giro de la poesía con el cambio de paradigma social y el auge acelerado de la ciencia, junto con el fortalecimiento de la institución de la crítica literaria distanciada de los circuitos de los escritores; por su parte, Volodia Teitelboim, en “La generación del 38 en búsqueda de la realidad chilena”, se enlaza con Martí al problematizar este nuevo lugar de la crítica oficial en el campo literario cuando trata la distancia que existe entre sus lapidarios comentarios y la práctica de los escritores, ya que, por ejemplo, pese a que los críticos habían declarado la muerte de la novela para mediados del siglo XX, este género, según Teitelboim, se continuó renovando en Chile gracias a nuevas exploraciones temáticas y estéticas por parte de las nuevas generaciones de autores (cfr. Teitelboim, 1958, pp. 126-127). En este punto advertimos una de las discusiones centrales que se generaron en el PEEC: la relación entre la práctica escrituraria y la recepción por parte de los críticos oficiales (tales como Alone, Raúl Silva Castro y Ricardo Latcham), estos últimos percibidos por gran parte de los escritores convocados como agentes conservadores de las formas clásicas y convencionales de la escritura literaria para ese momento, además de lectores insuficientes, sin la capacidad de

valorar obras literarias con potencial de renovar estéticamente el campo literario nacional. A este asunto volveremos más adelante.

Junto con Teitelboim, podemos encontrar diversos escritores del PEEC cuyos trabajos recogen (y se inscriben en) la herencia discursiva de los intelectuales del americanismo de fines del siglo XIX e inicios del XX; por ejemplo, Humberto Díaz Casanueva en su “Bases para una discusión sobre las relaciones actuales entre poesía y ciencia” (1958), reflexiona sobre las consecuencias del auge de la ciencia para las sociedades modernas de mediados del siglo XX, otorgando particular énfasis al (nuevo) lugar del poeta y de la poesía en la sociedad. Si entablamos nuevamente una conexión con los planteamientos de José Martí en su prólogo, podemos situar la escritura ensayística de Díaz Casanueva como una continuación discursiva de los problemas tratados por el intelectual cubano a fines del siglo XIX; si José Martí sostuvo una preocupación por el cambio de paradigma interpretativo de la sociedad, por su inminente estado de ruina producto del avance del capitalismo y la crisis de la poesía frente a estas nuevas relaciones sociales, la reflexión de Díaz Casanueva se sitúa en un momento de la historia de América Latina en el que las preocupaciones de Martí se han materializado: la ciencia ya ha avanzado lo suficiente (luego de las dos guerras mundiales del siglo XX)<sup>46</sup> como para demostrar las orientaciones que tomó el uso del conocimiento por parte de la ciencia moderna, muy distantes de la promesa de progreso común para la humanidad, pactado en la ilustración.

El autor de *El aventurero de Saba* se esfuerza en reivindicar la función de la poesía y la imagen del poeta en las sociedades contemporáneas, motivo por el cual ubica la

---

<sup>46</sup> Siglo XX, cuyos agitados procesos históricos llevaron a Eric Hobsbawm (1998) a desarrollar el concepto de *short twentieth century*, donde toma como límites cronológicos la Primera Guerra Mundial y la caída de la Unión Soviética.

función de la poesía en el mismo nivel que la de la ciencia, ya que ambas, según Díaz Casanueva, se presentan como conocimientos complementarios para comprender al hombre y las sociedades modernas (cfr. Díaz Casanueva, 1958, p. 43); como vemos, se puede leer la escritura ensayística de este escritor como síntoma de una sociedad en crisis, donde el poeta ha sido confinado a los márgenes de los sistemas de representación contemporáneos, por no decir que ha sido excluido por completo. Díaz Casanueva argumenta que el avance de la ciencia se traduce en un desafío para la poesía, ya que, en sus palabras,

la ciencia está transformando las concepciones sobre el mundo y la vida, modificando lo real y penetrando en el interior del hombre, en sus angustias y sus sueños, con fuerza avasalladora. Tal vez corresponda al poeta, al margen de tendencias y programas, conforme a su creencia en las posibilidades y límites de la Poesía, posesionarse más intensamente de la nueva imagen del universo y del hombre, vislumbrar las esperanzas, los riesgos, y las necesidades del mundo actual, ahondar en la esencia de la Poesía, dilatar el campo de sus temas, problemas y métodos, exaltar facultades poéticas, tales como la imaginación o la visión, participar mayormente en lo real a la vez que proseguir en la interiorización creciente y en la autoposesión de las fuerzas del hombre, anticipar si es posible uno de los Futuros de que habla Spender y tener mayor conciencia de las potencialidades de la existencia actual y especialmente de la persona humana en un mundo cada vez más tecnificado, en el que vamos entrando (44).

El crecimiento exponencial de la ciencia como sistema de representación válido para interpretar al mundo y sus fenómenos, puso en aprietos el lugar de la poesía en la sociedad; ya no era vista como proveedora de certezas y, por ende, el poeta había abandonado su antigua función de guía moral de la comunidad. El llamado de Díaz Casanueva es a modificar las relaciones entre poesía y contingencia, y a no entrar en un conflicto por la negación del avance científico, al contrario, apuesta por aceptarlo y que bajo estas condiciones la poesía modifique su estilo, contenido y orientación para poder adaptarse a las nuevas relaciones del conocimiento moderno; en suma, en Díaz Casanueva podemos apreciar un arte poética performativa con el propósito de equipararla al estatuto científico de sistema de representación social vigente.

Las escrituras ensayísticas de Volodia Teitelboim y de Humberto Díaz Casanueva permiten que estos sean leídos como intelectuales cuya atención se enfocó en el estado actual de las sociedades occidentales modernas y el lugar que en ellas ocupó la poesía, junto con prever las alarmantes consecuencias que traería consigo el continuo avance del paradigma científico; a través de este gesto proyectista, podemos desprender que, si bien denuncian el estado de crisis de la expresión poética y del poeta, intentan reivindicar su función intelectual de voz autorizada para hablar sobre y para la sociedad, ya que sus discursos permiten ser leídos como un conjunto de advertencias sobre los avatares y peligros que traen consigo las sociedades industriales modernas. Para estos casos, la poesía funciona en varios pasajes de sus discursos como pretexto para reflexionar sobre un problema mayor: el avasallador avance de la ciencia y la pérdida de certezas para el sujeto moderno.

A partir de estas dos escrituras ensayísticas, podemos advertir que lo que estaba en juego en el PEEC -dentro de otros asuntos que revisaremos más adelante- fue el estatuto de la literatura y del escritor frente al progresivo avance de disciplinas científicas como sistema de representación por excelencia de las sociedades modernas para mediados del siglo XX en Chile. El PEEC buscó posicionar la agencia de los escritores chilenos en un estatuto más elevado que la etiqueta de “escritores de ficción”, para adjudicarse el derecho de interpretar y proyectar soluciones a los problemas sociales, políticos y culturales más relevantes del siglo XX. Es en este intento donde es posible identificar el esfuerzo discursivo de este grupo de escritores por insertarse en discusiones intelectuales desde el campo literario, es decir, establecer puentes entre la producción de obras literarias y la representación de la realidad chilena y americana.

## 8.2 Lugar y función de la crítica oficial en el campo literario

En el momento en que Teitelboim pronuncia su trabajo, la institución de la crítica oficial era preponderante al interior del campo literario, puesto que servía para marcar los parámetros convencionales de una obra literaria, junto con modelar su consumo en el mercado del libro, y respecto a su difusión, tenía una fuerte presencia en la prensa periódica nacional; no obstante, estilaba un claro tono conservador como el de, por ejemplo, Hernán Díaz Arrieta -más conocido como Alone- con sus publicaciones en *La Nación*, y a Raúl Silva Castro con sus notas de crítica literaria en los diarios *El Mercurio* y *Las Últimas Noticias*, quienes tendieron a moldear los comportamientos lectores y de consumo literario. Como vemos, la crítica literaria para mediados del siglo XX en Chile encontró su lugar en cabeceras conservadoras, para el caso de *El Mercurio* y *Las Últimas Noticias*, y también oficiales, para el caso de *La Nación*, periódico que funcionó como comunicador oficial del gobierno a partir de 1927, luego de su expropiación por parte del general Carlos Ibáñez del Campo.

A partir de lo anterior, se puede entender el conflicto sostenido entre Volodia Teitelboim -junto con otros escritores del PEEC- y la institución de la crítica literaria; el autor de *Hijo del salitre* reconoce la capacidad que tiene la crítica oficial para sepultar o promover a la fama una obra literaria y, además, pone en evidencia su predilección por obras literarias que respeten las estéticas y la herencia literaria europea de ese momento, es decir, que se orientó a consagrar aquellas obras que se emparentaban con la tradición literaria europea marcada por las corrientes del modernismo, surrealismo y obras de corte existencialista, con un dominio abstracto del lenguaje; en otras palabras, la crítica literaria contribuyó a mantener inalterables las disposiciones al interior del campo literario chileno.

Por ejemplo, cuando publicó *Antología de poesía chilena nueva* (1935), Teitelboim recuerda las reacciones por parte de la crítica oficial:

(...) surgió en marzo de 1935 la rebelde y arbitraria “Antología de Poesía Chilena Nueva”, que publicamos en colaboración con Eduardo Anguita y fue disparada entonces, por los que tenían veinte años o menos, a la cabeza de la literatura tradicional como piedra de escándalo, profesión de la nueva fe y manifiesto de combate. Alone nos fusiló ese domingo en “La Nación” (Teitelboim, 1958, p. 110).

Esta antología apostó por una renovación de la poesía chilena a través de la promoción de poetas poco conocidos para ese momento, como Omar Cáceres, que para el momento solo contaba con una obra publicada -*Defensa del ídolo* (1934); Juvencio del Valle, con dos obras editadas -*La flauta del hombre pan* (1929) y *El hombre del bosque* (1932)-; el mismo Teitelboim, cuya antología fue la primera obra con la que entraría en circulación en las letras nacionales; y Eduardo Anguita, con una obra publicada -*Tránsito al fin* (1934). Poetas nuevos que en la antología fueron ubicados junto a poetas consagrados para ese momento, como Vicente Huidobro, Pablo Neruda y Pablo de Rokha, lo que provocó la reacción negativa por parte de la crítica oficial, la cual buscó establecer una distribución jerárquica de los exponentes literarios chilenos.

En este punto, es relevante la relación que se establece entre la escritura ensayística de Teitelboim con la del crítico literario Fernando Alegría. Este último quien se encargó de denunciar el comportamiento conservador de sus pares y las limitaciones al momento de valorar una obra literaria nueva, lo cual se traduce en un impedimento para la circulación y recepción nacional e internacional de nuevos escritores en el campo literario. Alegría, en un tono irónico, reprocha el estilo con el que se escribió crítica literaria durante la primera mitad del siglo XX y, además, el lugar que ocupó en plataformas periodísticas:

Los críticos que surgen entre 1920 y 1930 nos dejan la desconcertante impresión de quedarse a la zaga y perder la ruta del desenvolvimiento estético de una gran generación de poetas chilenos. Muchos de ellos disimulan su renuncia con el

tijereteo periodístico de la crónica y del artículo impresionista (Alegría, 1958, p. 145).

Resulta relevante la reflexión de Fernando Alegría, ya que se trata de un intelectual que analiza el comportamiento de la crítica literaria nacional, de la cual él forma parte; propone una lectura explicativa del aparente estado de “estancamiento” de la literatura nacional al no contar con proyección (difusión de obras) internacional. Para él, el escaso reconocimiento internacional de escritores chilenos no se debe a su falta de méritos, sino, más bien, a la limitada capacidad interpretativa y valorativa de los críticos oficiales.

Leer las intervenciones de Fernando Alegría y Volodia Teitelboim en su dimensión “ser-obra”, es decir, a partir de la diferencia que constituyen mediante la interrogación desde el presente (cfr. LaCapara, 1980, pp. 247-248) -y en relación con la primera intervención de Teitelboim en la escena editorial chilena con su antología-, nos permite preguntarnos por el conjunto de intereses depositado en el PEEC respecto al lugar y función de la crítica oficial en el campo literario: ¿Qué se esperaba evaluar sobre el comportamiento de la institución de la crítica? ¿Se buscaba modificar las relaciones de los agentes participantes al interior del campo? Sobre esto, podemos señalar que la crítica a la crítica oficial por parte de los intelectuales buscó, sobre todo, desacreditar los juicios que esta emitía para respaldar el consumo literario de escasos representantes nacionales para, de esta forma, encontrar un lugar en el campo para el grupo de escritores emergentes, y que este sea autorizado por la institución de la crítica, ya que, de lo contrario, no podían garantizar ni legitimar su posición. Por consiguiente, podemos señalar que lo que estaba en juego al momento de evaluar el comportamiento de la crítica oficial fue la distribución de las posiciones al interior del campo literario chileno, por lo que el PEEC fue visto por los



escritores “jóvenes” como un espacio de socialización intelectual en el que podían discutir tal inversión.

### 8.3 Polémicas intelectuales en la literatura

Resultan relevantes las consideraciones de Volodia Teitelboim sobre las polémicas intelectuales, ya que, como nos recuerda Faride Zerán (2018), su *Antología de poesía chilena nueva*<sup>47</sup> –la que es señalada en reiteradas ocasiones por otros escritores del PEEC– desató la disputa literaria más extensa y controversial del siglo XX en Chile, es decir, entre Pablo de Rokha, Vicente Huidobro y Pablo Neruda (cfr. p. 17). El primer prólogo de esta *Antología* se puede leer como una apología al estilo de Vicente Huidobro, en desmedro de las apuestas poéticas de Pablo de Rokha y Neruda; estos dos son presentados por Teitelboim como poetas de estilo retrógrado (para el caso de Neruda) e ideológico (al hablar de de Rokha). Es por lo anterior que, luego de su publicación en 1935, la obra desató una serie de misivas y ataques entre estos escritores, quienes buscaron reivindicar su posición en la escena artística nacional, junto con demandar la representatividad de la “poesía nueva”.

Para Teitelboim, las disputas generadas en el campo literario sirven para poner a prueba los principios estéticos, formales y políticos con los cuales se orientan los escritores y, así, dar paso a nuevas generaciones de escritores con sus características y rechazos en común; las polémicas literarias “estropean la unidad del coro” (Teitelboim, 1958, p. 106) y

---

<sup>47</sup> El estudio de Faride Zerán, si bien constituye un valioso aporte para historiar las discusiones entre estos destacados representantes del campo literario chileno a nivel mundial, enfatiza en lo anecdótico, en la novedad de cada uno de los ataques y defensas de estos poetas; desde nuestra perspectiva, el trabajo periodístico de Zerán carece de una profundidad crítico-reflexiva sobre el impacto de esta gran disputa para los escritores del campo literario nacional, respecto a la diversidad de posiciones a la que cada uno de los escritores de ese momento se añadió y, además, sobre las repercusiones tardías de esta distribución estética y política en el campo literario nacional, junto con las discusiones posteriores como una forma de entrar tardíamente a la disputa.

permiten a los literatos levantar sus críticas contra los escritores consagrados del momento, poner en tensión sus obras, junto con cuestionar su posición al interior del campo. Ahora bien, pareciera que Teitelboim concibe el campo literario como una lucha de fuerzas entre generaciones de escritores, por lo que cabe preguntarse cómo concibe este escritor una generación o, más específicamente, qué elementos en común tienen que existir para que se hable de una generación literaria para mediados del siglo XX.

Para Teitelboim, el criterio generacional viene a condensar un conjunto de experiencias históricas, locales e internacionales, que afectan a determinados escritores de edades simultáneas. Al respecto, Ricardo Latcham, crítico literario oficial, lo encasilla dentro de la generación de 1940; sin embargo, Teitelboim repara en que esta etiqueta de “cifra redonda” no identifica a los escritores que pretende englobar, es por ello que prefiere denominarla como “generación literaria de 1938”, ya que es capaz de condensar dos grandes eventos que marcaron la dinámica política, social y literaria a nivel nacional y mundial: la llegada del Frente Popular al poder y la Guerra Civil Española.

Como vemos, los eventos históricos incluidos en el criterio generacional de Teitelboim buscan ubicar el espacio literario nacional dentro de la heterogénea cartografía literaria mundial; sobre esto, Pascale Casanova (1999), en su propuesta de una “historia literaria de la literatura”<sup>48</sup>, hace una diferenciación entre las “grandes literaturas” –con una vasta trayectoria y capital literario, y que cuyos emplazamientos destacan como “meridianos intelectuales” a nivel mundial– y las “pequeñas literaturas”, estas últimas marcadas por un estado de estancamiento y que, por lo general, les precede una experiencia

---

<sup>48</sup> A partir de esta tipología de historia, la autora busca criticar el convencional ordenamiento de las historias de la literatura, las cuales se han escrito siguiendo una clasificación política de la producción literaria a nivel mundial; en contraste, Pascale Casanova propone un ordenamiento exclusivamente literario, es decir, a partir de categorías estéticas, internas del campo, de las historias de la literatura, de ahí se explica su propuesta de “historia literaria de la literatura”.

colonial. Por este motivo, para la autora francesa, las disputas generadas en los espacios literarios “pequeños” (o menores) están marcadas por la búsqueda de la autonomía literaria, por lo que les es necesario definir el lugar y los usos de su lengua, del pueblo, de los modelos importados, y de las orientaciones políticas de su producción literaria (cfr. p. 291-293). Gran parte de estos asuntos fueron discutidos por los intelectuales en los encuentros de escritores de Concepción; no obstante, hay que reparar en que el desarrollo de estas polémicas se distanció relativamente de lo planteado por Casanova, ya que el comportamiento discursivo de los escritores no se puede reducir exclusivamente al modelo de “asimilación” y “desasimilación”, entendidos por la autora como estrategias literarias en la que los exponentes de un espacio buscan integrarse (asimilación) o distanciarse (desasimilación) de la tradición literaria de otro espacio central, es decir, con mayor trayectoria literaria (lugar de producción de “grandes literaturas”) (cfr. 269-290).

En el PEEC encontramos escrituras ensayísticas cuya distribución entre estas categorías es identificable, ya que, por un lado, existieron apuestas orientadas a valorar los recursos y modelos literarios heredados de espacios literarios dominantes (Europa), con el propósito de insertarse en esa tradición y entender la “literatura nacional” como un subproducto de esa región central; mientras que, por otro, intervenciones como las de Nicomedes Guzmán y Guillermo Atías plantearon la excomunió de esta herencia para defender la búsqueda de modelos propios, surgidos desde la experiencia nacional y/o latinoamericana; no obstante, podemos señalar que otras escrituras ensayísticas desbordan las categorías de “asimilación” y “desasimilación”, ya que, por ejemplo, las intervenciones de Braulio Arenas, Volodia Teitelboim, Enrique Lafourcade, entre otros, se sitúan en un espacio intersticial en el que si bien reconocen parcialmente los aportes literarios europeos, “importados” gracias a los viajes de escritores como Huidobro, de Rokha y Neruda,

también subrayan la capacidad que tuvieron los escritores nacionales para apropiarse, adaptar e, incluso, invertir algunos modelos provenientes de Europa. Tal es el caso de Teitelboim, quien en “La generación del 38 en búsqueda de la realidad chilena” destaca la importancia de los viajes de V. Huidobro a Europa y su contacto con André Bretón y otros intelectuales para el conocimiento y práctica del surrealismo en Chile, junto con señalar el interés de su generación de escritores por develar aspectos de la realidad nacional que no habían sido tratados por otros movimientos poéticos provenientes de Europa (como el romanticismo).

Respecto a la intervención de Braulio Arenas, el influjo literario europeo no es presentado como una norma literaria a la cual haya que incorporarse, y tampoco llega a negar la experiencia literaria de esa región para defender la especificidad y autonomía de la literatura chilena; su escritura ensayística plantea un afuera respecto de las categorías de “asimilación” y “desasimilación”, lo que nos lleva a plantear que estas no son suficientes para abarcar y explicar las diversas discusiones que tuvieron cabida en los encuentros de Concepción respecto a la distribución de los espacios literarios, el lugar de la “influencia” en la explicación de la producción artística nacional, junto con evaluar su grado de autonomía.

Por consiguiente, a partir de la descripción que nos suministra Pascale Casanova respecto a los espacios literarios occidentales y a las estrategias empleadas por los escritores para integrarse o diferenciarse de una tradición literaria, podemos concebir el PEEC como un espacio discursivo en el que se discutió sobre el nivel de autonomía de la literatura nacional, asunto en el que la distribución de posiciones estuvo marcada por tres ejes: aquellos que se esforzaron por emparentar la producción literaria chilena a la producida en el espacio Europeo, por lo que el término “influencia” fue empleado para

atestiguar dicho proceso de “asimilación”<sup>49</sup>; mientras que, otro grupo apeló a la autonomía literaria local a partir la identificación de referentes nacionales capaces de impulsar un estilo propio<sup>50</sup> y; en un tercer eje, encontramos aquellas intervenciones que no se inscriben en ninguna de las dos posturas radicales anteriores, sino que lo hacen reconociendo la trayectoria literaria de ciertos espacios “centrales” pero, a la vez, reparan en la originalidad de la producción literaria nacional, tal es el caso de Braulio Arenas y su defensa de “La Mandrágora” como impulsora del surrealismo en Chile.

A partir de lo anterior, es posible preguntarnos por la tipología del intelectual desarrollada por los escritores en el PEEC al poner en discusión diversos asuntos del campo literario chileno en relación con su grado de autonomía y el vínculo entre escritor, obra literaria y compromiso social. Sobre este asunto, podemos subrayar el interés de este grupo por representar y condensar los principales problemas sociales de Chile para ese momento, motivo por el cual en el PEEC se intentó consensuar el tipo de literatura que se produciría de ahí en adelante, como una forma de autorizar la agencia de los escritores para hablar del pueblo y sobre el pueblo (cfr. Bourdieu, 2000): a partir de escrituras no ficcionales (como lo es el ensayo) se buscó generar un pacto de escritura en el mundo de la producción ficcional para transformar la figura del escritor en un portavoz de realidad nacional a través del realismo literario como género predilecto.

---

<sup>49</sup> En esta perspectiva podemos señalar la intervención de, por ejemplo, Juan Loveluck, quien en su “Notas sobre ‘La Araucana’” (1958) se esfuerza por identificar las principales influencias europeas (clásicas y contemporáneas) en la obra de Ercilla. El interés de Loveluck es demostrar como Ercilla elabora su obra a partir de la experiencia lectora de autores italianos y españoles clásicos, tales como Lucano, Séneca, Dante, Boccaccio, Petrarca, Garcilaso de la Vega, entre otros, a los cuales reconoce el peso de la influencia mediante el enunciado “pudo Ercilla leer a...”.

<sup>50</sup> En esta perspectiva, encontramos la intervención de Volodia Teitelboim, quien identifica a Blest Gana como el impulsor de la novela realista en Chile, corriente que si bien proviene de Europa, logró, según Teitelboim, su autonomía respecto a las formas del realismo europeo. La intervención de Teitelboim considera la literatura nacional-regional capaz de dialogar en igualdad de condiciones con la producida en otras partes del mundo.

Respecto a la gran polémica literaria del siglo XX (entre Huidobro, de Rokha y Neruda), podemos señalar que en el PEEC es posible rastrear una distribución de posiciones en torno a esta disputa, posiciones que quedaron reflejadas al momento de analizar la importancia de la producción artística de Huidobro y Neruda, junto con sopesar la jerarquía entre los escritores nacionales de mayor influencia para las letras chilenas y americanas. Enrique Lafourcade y Volodia Teitelboim se inscriben en una posición a favor de la agencia poética de Vicente Huidobro; mientras que Mario Espinoza apuesta por valorar la producción artística de Pablo Neruda y, por su parte, Miguel Arteche, sin situarse bajo el alero y defensa de uno de estos poetas, sostiene su crítica al estilo poético “neo romántico” y europeizante de Neruda. A continuación, pretendemos profundizar el estudio periodístico de Faride Zerán, a la vez que proponer una nueva lectura y modo de rastrear la disputa al incorporar las discusiones sobre Huidobro, Neruda y de Rokha de las que se hicieron partícipes los escritores del PEEC.

Los escritores que se posicionaron junto al autor de *El espejo de agua*, rescataron de él su carácter cosmopolita y su aporte a la circulación de obras europeas (principalmente francesas) en Chile, tránsito intelectual que permitió a sus escritores más jóvenes conocer estéticas y movimientos literarios provenientes de otros espacios culturales, como lo fue el caso del surrealismo. Asimismo, la relación de Huidobro con la actividad literaria europea se tradujo en una modificación en las dinámicas de los espacios de socialización intelectual y artística; por ejemplo, Teitelboim en su intervención recuerda cómo Huidobro promovió el azar como un método de creación literaria, desde la cual desprendía su arte poética sellada por el juego y la casualidad, ya que “el poema era para él una lotería, una partida de dados jugada con el infinito (...), [un] desafío a la razón” (Teitelboim, 1958, p. 110).

La intervención de Teitelboim está cargada de afectividad hacia la figura de Vicente Huidobro, ya que fue con quien tuvo sus primeros acercamientos a las tertulias literarias y, por consiguiente, a las diferentes relaciones entre escritores que de ahí surgieron; para Teitelboim, la apuesta poética de Huidobro significó la llegada de la modernidad literaria a Chile, la irrupción de una nueva forma de hacer y de concebir la poesía a través del creacionismo (cfr. pp. 108-109). Teitelboim se refiere a Huidobro con el mismo tono apologético con el que lo hace en el primer prólogo de *Antología de poesía chilena nueva*. Ambas escrituras permiten ser leídas como intentos por revalorar la producción artística del poeta creacionista, cuya difusión y recepción crítica a nivel nacional durante la primera mitad del siglo XX no tuvieron la misma suerte que en otros espacios culturales, como en México y Europa.

Por su parte, Enrique Lafourcade, en “La doctrina del objeto estético” (1958) - donde declara su negación del azar en literatura para, en cambio, afirmar el proceso creativo como un acto consciente, cargado de voluntad por el autor (cfr. p. 88-90)- repara en los aportes de V. Huidobro, en un momento estético diferente al señalado por Teitelboim, a la definición del quehacer poético en Chile. Lafourcade apunta al creacionismo de Huidobro como el primer movimiento en Chile en desarrollar una doctrina del objeto estético, en el que el autor se posiciona como “creador absoluto”, por sobre las fuerzas de la naturaleza y del azar. Es por ello que Lafourcade trae a colación las palabras de Huidobro sobre la función activa del poeta: “El poeta no debe ser un instrumento de la naturaleza, sino que debe hacer de la naturaleza su instrumento” (Huidobro, 1925, citado en: Lafourcade, 1958, p. 92).

Como vemos, Lafourcade se ampara en Huidobro como un refuerzo (y pretexto) discursivo para su propuesta de producción artística racional, delimitada por un conjunto de

normas a seguir por el artista, motivo por el cual llega a considerar a las revoluciones en el campo literario como producto de una sucesión de órdenes formales. Para Lafourcade el arte se presenta como el desarrollo sostenido de una técnica (ya sea escritural, plástica, musical, etc.), en el que el artista cumple la función de ejecutor. El planteamiento inicial de Lafourcade, respecto a la soberanía del escritor sobre su obra, entra en tensión con su apuesta final de tecnificación del arte. Lafourcade declara el dominio absoluto del autor con su obra durante el proceso de creación literaria; sin embargo, posteriormente llega a afirmar su dependencia de órdenes formales, por lo que la escritura ensayística de Lafourcade resulta ambivalente respecto al papel del creador en la obra artística y se ampara en Vicente Huidobro para respaldar su apuesta de creación literaria como un ejercicio de voluntad consciente. Es por lo anterior que Lafourcade hace referencia a Vicente Huidobro no para reivindicar su agencia poética en Chile (como lo hace V. Teitelboim), sino, más bien, para validar intelectualmente su argumentación. En este caso, acudir a Huidobro se traduce en un ejercicio de citabilidad que pretende demostrar que lo que está declarando el autor (Lafourcade) ya había sido dicho con anterioridad por un poeta cuya trayectoria es reconocible a nivel internacional; Lafourcade, a partir de su escritura ensayística, pretende posicionarse como continuador de la herencia estética de Huidobro.

En este punto es necesario abordar la escritura ensayística de Braulio Arenas en “La mandrágora” (1958), donde realiza un recorrido por los principales hitos que marcaron al grupo surrealista, junto con declarar las principales influencias europeas receptionadas por ellos; Bretón, Péret, Sartre, Hölderlin son algunos de los nombres señalados como referentes literarios del grupo (cfr. p. 12); no obstante, el reconocido (por la crítica) impulsor del surrealismo en Chile, Vicente Huidobro, no figura en la lista de influencias de Arenas, los nombres son exclusivamente europeos, omisión que puede ser leída como un



gesto de distanciamiento estético frente al surrealismo (inicial) de Huidobro, una estrategia discursiva para proponer un inicio alternativo del surrealismo en Chile con el grupo La Mandrágora, y establecer puentes directos con la tradición surrealista europea. Si bien Huidobro fue uno de los primeros poetas en tener contacto con el círculo de escritores surrealista francés, para Braulio Arenas, Huidobro no figura como un representante de este movimiento en el espacio literario chileno.

Arenas reflexiona sobre los aportes y vigencia de “La Mandrágora” en las letras nacionales; para ello, recalca el momento en que el grupo irrumpe en el escenario poético chileno con su propuesta vanguardista de “poesía oscura”. Para Arenas, la poesía nacional, antes de “La Mandrágora”, estaba marcada por un estilo formal, mimético de Europa al trasladar elementos estéticos provenientes del movimiento realista, criollista e, incluso, del modernismo literario de Rubén Darío, sin antes reparar en las condiciones sociales del país y si cada una de estos movimientos se adaptaba a la trayectoria literaria nacional. A partir del texto de Arenas, podemos sostener que “La Mandrágora” se distanció de la influencia de Huidobro para consolidar una poética oscura de la realidad oscura (cfr. pp. 11-12), es decir, una poesía (política) cuyo lenguaje fuera capaz de develar los conflictos e injusticias sociales.

En la otra vereda de posiciones en la disputa literaria, encontramos a Mario Espinoza con su discurso “Una generación” (1958), en el cual se encarga de evaluar los comentarios de la crítica literaria extranjera respecto a la situación de la literatura chilena durante el siglo XX; el interés de Espinoza es posicionar a la literatura nacional dentro del complejo mapa literario occidental, motivo por el cual se detiene a analizar las influencias europeas que operan en la producción literaria de Gabriela Mistral, Vicente Huidobro,

Pablo de Rokha y Pablo Neruda, inclinándose por la agencia poética de este último, en cuya poesía, según Espinoza

(...) se aúnan, con extraordinaria justeza, los elementos locales y regionales, con las formas modernas más atrevidas, avanzando un paso más allá en la literatura poética de Chile. Esa unidad marca su creación. Lo que en De Rokha es informe y tremendo caudal de desordenados y convulsos materiales poéticos, lo que en Huidobro es pura poesía y elegancia formal, lo que en Gabriela Mistral es sentimiento americano de lo cósmico y simpatía maternal hacia lo inexistente, en Neruda encuentra un eco humano profundo y unidad indisoluble (p. 69).

Como vemos, Espinoza, en su interés por destacar la literatura nacional bajo las formas estéticas y la recepción crítica extranjera, posiciona a Neruda por sobre el resto de los poetas nacionales; Neruda funciona como un puente con el espacio literario occidental debido a su estilo marcadamente (neo) romántico y su amplia recepción por parte la comunidad lectora europea. En la medida en que Espinoza se esfuerza por afirmar que los estilos poéticos de los escritores chilenos provienen de la herencia literaria europea, deja en evidencia el tono europeizante de su escritura ensayística, en la cual el reconocimiento de una obra de arte se deriva de la transposición de paradigmas artísticos y de lectura europeos; para Espinoza, una obra tendrá más mérito mientras más elementos artísticos recoja de la tradición literaria europea.

#### **8.4 Función social del escritor**

Gonzalo Rojas, organizador de ambos encuentros y director de las Escuelas de Verano de 1958 y 1960, nos ofrece una visión general de las discusiones y problemáticas expuestas por los escritores en su discurso de clausura del PEEC. De ahí podemos destacar el interés depositado en estas actividades e, incluso, el proyecto cultural de Rojas (junto con los profesores del Departamento de Español de la Universidad) para la provincia, ya que sus esfuerzos se orientaron, por un lado, a fomentar la crítica literaria local sobre obras de

relevancia a nivel nacional y mundial como un gesto para posicionar a Concepción en el centro de los debates disciplinares y literarios en cuestión y, por otro lado, y no menos importante, fomentar el diálogo entre los agentes de este campo para problematizar tanto su trayectoria como el estado actual de las letras nacionales e hispanoamericanas (cfr. Rojas, 1958, pp. 5-8).

El discurso de clausura de Rojas puede ser leído en relación con la idea generalizada sobre cómo concebir la función del escritor a mediados del siglo XX, discusión que, para ese entonces, se encontraba atravesada por la concepción política de “responsabilidad”, donde poesía se asociaba directamente con “vocación” e, incluso, con “construcción social”. Por ejemplo, Gonzalo Rojas (1958) señaló que la literatura, antes que un producto cultural, es un “elemento de construcción en nuestra América” (p. 6). Por lo tanto, es necesario entender las diferentes perspectivas sobre la función de la literatura y del escritor, expuestas en los encuentros, desde los problemas políticos y sociales propios de mediados del siglo XX, marcadas por el desarrollo de la Guerra Fría y la crisis ética por la implementación de armas nucleares como un medio para resolver conflictos internacionales.

A mediados del siglo XX se experimentó, producto de los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto Nazi y el conflicto nuclear, una ruptura de los sistemas de confianza y de los principios éticos en los cuales se sustentaba la sociedad (cfr. Bauman, 1995, pp. 60-61). Ante este escenario de crisis, diversos grupos y formaciones intelectuales se pronunciaron<sup>51</sup>. Para el caso de las actividades literarias en Concepción, un grupo heterogéneo de intelectuales se pronunció sobre el panorama político, social y

---

<sup>51</sup> Uno de ellos es la Escuela de Frankfurt con su propuesta de teoría crítica impulsada por Max Horkheimer, Theodor W. Adorno, Herbert Marcuse, Erich Fromm, Walter Benjamin, entre otros.

cultural a nivel nacional, continental y mundial, por lo que levantaron sus críticas y propuestas desde el campo literario como una forma de buscar una posición social válida dentro de los debates contingentes para ese momento.

Respecto a los debates sobre la función social de la literatura y del escritor, Gonzalo Rojas se inscribió en la idea de una literatura comprometida, donde el poeta es llamado a intervenir en los problemas más urgentes de su sociedad. A través de esta noción, se desprende su clasificación dicotómica, tanto de literatura como de escritor, que separa la literatura responsable de la no responsable; la alta literatura de la baja literatura (cfr. Rojas, 1958, pp. 6-7). Esta idea de compromiso literario involucra una actitud crítica con propósitos nacionales, ya que, para Rojas, el objetivo es llegar a ofrecer diferentes perspectivas para una comprensión más acabada de la realidad chilena: “En efecto, como escritores, responsables de su misión histórica, social y artística, habrán tenido que revisar muchos de sus puntos de vista, abriendo su horizonte a un conocimiento más y más claro de Chile” (p. 7).

La intervención de Rojas, al ser un discurso de clausura que intenta resumir y ponderar la totalidad de las sesiones del PEEC, pone de manifiesto el interés por insertar al escritor hispanoamericano dentro de los debates disciplinares, políticos, sociales y culturales más relevantes para mediados del siglo XX, es decir, autorizar la voz del escritor por sobre la del crítico literario para opinar sobre el estado de la literatura nacional y continental. La propuesta de Rojas se enmarca en un plan mayor que atraviesa sus facetas de poeta y de gestor cultural, ya que buscó la integración cultural e intelectual de América, el análisis sobre la función social y política de la literatura y la puesta en crisis del escenario intelectual hispanoamericano, un intento programado para desarticular el orden geopolítico del saber y, por ende, el mapa intelectual nacional e hispanoamericano.

Si bien se pueden leer los encuentros de escritores como una tentativa impulsada por Rojas para promover la posición política y crítica de los escritores frente a la realidad social, las diversas reflexiones no siguieron esta única vertiente de compromiso literario, ya que, por ejemplo, encontramos discursos que atacaron directamente la toma de posición política de la literatura para mediados del siglo XX; Miguel Arteche, en su discurso “Notas para la vieja y la nueva poesía chilena” (1958), lanza una crítica hacia los “poetas mayores” de Chile –entiéndase Pablo Neruda y los representantes de lo que la crítica literaria tradicional y la historia de la literatura han denominado como “generación de 1920”-, de los que señala su carente rigurosidad idiomática, el abuso del verso libre y, sobre todo, la ausencia de una estructura clara en sus obras.

Arteche apuesta por un tipo particular de escritura poética, que esté atenta a la rigurosidad idiomática y a la estructura del poema que articula el contenido (conexión forma-contenido), en contraposición al (ab)uso del verso libre (cfr. Arteche, 1958, pp. 20-21). Asimismo, el poeta pone en tensión la concepción generalizada de obra de arte, ya que el comportamiento de la crítica literaria oficial había seguido la tendencia de sobrevalorar los poemas de corte político y/o revolucionarios, o la llamada “literatura comprometida”, motivo por el cual Arteche realiza una defensa de la nueva poesía chilena para ese momento -representada por poetas entre veintidós y treinta y dos años- de las acusaciones de la crítica oficial que catalogó su estilo poético como conservador y pasivo por no tratar problemas sociales y políticos contingentes en sus obras; al respecto Arteche argumenta que:

No hay falta de audacia en los nuevos poetas chilenos, por el hecho de que, apoyándose en elementos unitarios y rítmicos, e incluso, empleando formas tradicionales, hayan vuelto a cantar cosas que no tuvieron crédito hace treinta años o más. Lo que han hecho y lo que hacen ahora, no es menos revolucionario que lo que hicieron los poetas mayores de Chile. No han tratado de hacerse más claros por

prejuicios políticos, y menos han creído que dar cuenta de lo americano es escribir sobre realidades físicas de América, porque para hacerlo hay que dar cuenta, antes que nada, de una problemática espiritual (de cualquier naturaleza que sea), y, luego, pero en muchísimo menor grado, de una actitud ante los hechos físicos de nuestro continente. Y tampoco hay menor densidad de pensamiento si a una mayor unidad artística corresponde la utilización de viejos temas (Arteche, 1958, pp. 27-28).

La apuesta de Arteche radica en revisar críticamente la producción artística de los grandes referentes de la poesía chilena, quienes habían alcanzado el reconocimiento internacional gracias al éxito comercial de sus obras, con el propósito mayor de problematizar los comentarios generalizados de la crítica oficial de ese momento sobre los valores estéticos válidos para una obra de arte literaria. Pese a que la crítica ha recogido y destacado la intervención de Arteche –producto del levantamiento crítico sobre Neruda<sup>52</sup>, propongo una relectura de este discurso para ver cómo opera la ironía ensayística señalada por Georg Lukács en su carta a Leo Popper de *El alma y las formas* [1911], quien nos señala que la ironía del ensayo reside en la imagen que entrega de estar tocando asuntos superficiales cuando en realidad se abordan problemáticas profundas (cfr. pp. 50-51), en este caso, sería del campo literario chileno e hispanoamericano, ya que en el discurso de Arteche, Pablo Neruda solo funciona como una puerta de entrada a un problema mayor y olvidado: la obra de arte literaria; aquí reside la ironía de la escritura ensayística de Arteche: en el fondo lo que plantea es poner en tensión la concepción de obra de arte que la crítica oficial tiene para ese momento, ya que el poeta advierte que la crítica literaria y la industria editorial han sobrevalorado, por su éxito comercial, las obras de corte político y revolucionario; para Arteche un poema no pierde densidad o relevancia intelectual por tratar temas cotidianos y presuntamente “apolíticos”.

---

<sup>52</sup> Por ejemplo, Fabiene Bradu (2016) cataloga la intervención de Arteche como “la más animada, por no decir, tempestuosa” (p. 145) del PEEC.

Como se puede apreciar, la modalidad del encuentro impulsada por Gonzalo Rojas dio pie para que se generaran diversas disputas al interior del campo literario. Por consiguiente, la polémica se puede leer como una estrategia discursiva que fue capaz de imprimir la dinámica literaria para mediados del siglo XX en Chile; la escritura ensayística de ciertos escritores (como la de Miguel Arteche) buscó rebajar, tanto a autores como supuestos estéticos consagrados, al plano de la discusión y, por ende, intentó desarticular la distribución del capital cultural e intelectual junto con las posiciones al interior del campo literario nacional, para ese momento.

Es posible analizar la intervención de Arteche a partir de lo que Pierre Bourdieu (1995) señala como luchas internas al interior del campo literario al existir una distribución antagónica de las posiciones: dominante/dominado, consagrado/novato, viejo/joven (cfr. 355). En este sentido, leer la escritura de Arteche desde la historia intelectual nos permite preguntarnos por el lugar de su agencia y el interés depositado en su intervención. Miguel Arteche, al ser un poeta joven y, por ende, carecer de capital específico, buscó con su polémica intervención hacerse un lugar dentro del campo literario nacional a partir de la diferencia respecto a la agencia de otros escritores consagrados, en este caso, Pablo Neruda, por lo que se distanció de las temáticas ortodoxas desarrolladas por la literatura de mayor alcance comercial para ese momento, tales como el canto al amor romántico y al compromiso político. Arteche define su relación con los poetas consagrados en términos negativos, con el interés de distanciarse de aquella agencia y validar su voz y la del resto de escritores “jóvenes” a partir de su defensa hacia nuevas formas de hacer poesía, en este caso, marcada por recoger asuntos cotidianos de la realidad social, sin pretender la abstracción lingüística y filosófica.

A partir de la polémica presentada por Arteché, podemos desprender otras múltiples perspectivas sobre la función social y política de la literatura para mediados del siglo XX; por ejemplo, en “La literatura como lujo” (1958), de Guillermo Atías, encontramos una apuesta sociológica –y sociologizante- de la prosa, ya que, para él, la función del escritor recae en comunicar la realidad social de la cual es testigo, motivo por el cual su ideal de novela consiste en que esta refleje la situación nacional, pues existe

(...) una relación obvia entre el proceso de creación artística y el medio social; toda sociedad se merece el arte que la representa y los cambios, de desarrollo o decadencia, son acusados en la esfera de la cultura como efectos correlativos (p. 50).

Debido a lo anterior, Atías llega a plantear que, para mediados del siglo XX, hay una decadencia de la narrativa nacional que se explica por la crisis política y social de Chile para ese momento; si bien el escritor no llega a señalar cuáles son las variables de esta crisis, podemos suponer que hace referencia a un conjunto de problemas internos y externos, tales como el tambaleante gobierno del militar Carlos Ibañez del Campo –cuyos ideales de derecha se distanciaban de la posición socialista declarada por Guillermo Atías- y su incapacidad para sobrellevar la crisis económica del país, junto con las delicadas relaciones internacionales marcadas por el conflicto nuclear liderado por Estados Unidos y la URSS.

La intervención de Atías puede ser leída como una apuesta ensayística que, a partir de una posición estética de la literatura (“estética de la crisis”), incluye, además, una posición política frente a la contingencia nacional, continental y mundial; por este motivo, las discusiones del PEEC desbordaron el plano literario-disciplinar para incurrir en asuntos políticos, económicos y sociales, junto con establecer diferentes relaciones entre el escritor y la literatura con cada una de ellas.



Guillermo Atías defiende un modelo de literatura en términos nacionales, por lo que sostiene su crítica a partir de la trayectoria de la producción literaria nacional y su evidente transposición de modelos estéticos extranjeros; cuestiona, por ejemplo, el traslado y práctica de modelos literarios provenientes de otros espacios culturales (principalmente europeos) (cfr. pp. 52-53); ante esta problemática del campo literario nacional, propone un tipo de sociedad ideal donde se considere la función del escritor: Atías apuesta por una escritura narrativa en contacto con los problemas y realidades más próximas como la única forma que tiene el escritor para ocupar una posición válida(da) en(por) la sociedad.

A partir de lo anterior, podemos advertir una ética artística basada en la literatura comprometida; Atías recalca que la literatura chilena “no se ha situado en el campo de relación al que se obliga la expresión artística. Sería el momento de recalcar que tenemos una literatura sin compromiso, situada al margen y que, en consecuencia, se ha hecho asocial” (p. 57). Hay que reparar que su propuesta consiste en un modelo literario en que lo político y lo estético se encuentran imbricados, puesto que Atías defiende un tipo de narrativa capaz de tratar los problemas de la sociedad, junto con marcar las pautas de escritura de la narrativa nacional, es decir, establecer a la literatura comprometida como único modelo viable para mediados del siglo XX en Chile.

Además, podemos señalar que la dimensión política de la apuesta de Atías radica en que concibe la producción narrativa chilena como una práctica literaria circunscrita al espacio urbano: las ciudades, a decir del escritor, “proporcionan (a los escritores) el telón de fondo para nuestras fórmulas especulativas” (p. 53). Es así como Atías posiciona al grupo de escritores e intelectuales en las ciudades y, por este motivo, alza su crítica al movimiento criollista, ya que se trata de escritores de ciudad que hablan sobre el campo y que Atías la sintetiza como una “farsa lírica” (p. 54).

La intervención de Guillermo Atías dialoga con la de Armando Cassigoli, “Literatura y responsabilidad” (1958), ya que tienen como puntos de encuentro la reflexión en torno a la posición y función del escritor en la sociedad, junto con defender el modelo estético del realismo literario para consagrar una literatura nacional “comprometida”. El autor de *Árboles bajo la lluvia*, defiende una “literatura comprometida” sobre la base de premisas sociologizantes, tales como asegurar que “vivimos, en la sociedad, contra la sociedad o con la sociedad” (Cassigoli, 1958, p. 58); a partir de esta consideración, sostiene la dependencia entre el escritor y el medio social en el cual vive e, incluso, señala que la obra literaria se genera en esa relación con la sociedad:

(...) nuestra calidad de escritores –buenos o malos, maduros o jóvenes, de derecha o izquierda- de ninguna manera nos exime de nuestro ser social, de este vivir en la realidad social, por el contrario, forman parte importante del bagaje de nociones, gustos, conceptos y sentimientos que a través de una visión peculiar artística se concretarán en una obra llamada literaria (p. 59).

Por otro lado, y para exponer la diversidad de perspectivas reunidas en un solo encuentro, podemos acudir, por ejemplo, a la reflexión de Mario Espinosa (1958), “Una generación”, quien apela a situar la literatura nacional dentro del canon occidental, como una forma de validar la literatura chilena a nivel internacional; por este motivo, la apuesta de Espinosa consistió en evaluar los comentarios de la crítica extranjera sobre la situación de la literatura chilena durante el transcurso del siglo XX, con el objetivo de posicionar a Chile dentro del “mapa literario” occidental, motivo por el cual insiste en detectar el abanico de influencias (principalmente europeas) que permearon la producción literaria de Pablo de Rokha, Gabriela Mistral, Vicente Huidobro y Pablo Neruda.

Hay que señalar que, a partir de la clasificación convencional de géneros literarios con la cual fue organizado el PEEC -de la misma forma quedó registrado en la revista *Atenea*- junto con el número de discursos presentados y adscritos a cada uno de los géneros,

es posible analizar el tipo de escritura literaria que predominaba para ese momento o, más específicamente, se puede desprender un registro que jerarquizó la distribución de los géneros literarios en el campo intelectual chileno para mediados del siglo XX en el que, por ejemplo, la narrativa y la poesía ocuparon un lugar central, mientras que la dramaturgia fue desplazada a los márgenes<sup>53</sup>. Esta distribución o inclinación hacía un género u otro se puede explicar mediante la relación entre literatura y mercado, sumado al interés depositado en el PEEC por dignificar y profesionalizar el oficio del escritor en Chile mediante el aumento de sus rentas: pareciera que la búsqueda de una literatura con arraigo social y “comprometida” encontraba mejor acogida en las páginas de obras narrativas y líricas, ya que en ese momento gozaban de una mayor recepción en el mercado de libro, mientras que la dramaturgia recién comenzaba a encontrar su lugar entre un grupo reducido del público consumidor de literaturas, así lo atestigua el proceso de formación de las primeras compañías de teatro a nivel nacional y, específicamente, en la Universidad de Concepción, las que muchas veces tuvieron que cerrar sus puertas por falta de recepción por parte del público.

A modo de conclusión de este apartado, podemos señalar que el PEEC puede ser interpretado como un espacio discursivo en el que diversos escritores pudieron evaluar las dinámicas de producción y recepción del campo literario nacional para mediados del siglo XX en Chile, el lugar del escritor y la literatura en la realidad social, junto con analizar lo que bajo la teoría de los campos de Pierre Bourdieu se presenta como la distribución de posiciones al interior del campo literario. Sobre esto, podemos señalar que el PEEC propició las condiciones para que escritores jóvenes pudieran dirigir sus críticas a

---

<sup>53</sup> Incluso, asumimos deliberadamente en esta investigación no hacernos cargo de las escrituras ensayísticas del PEEC respecto a la reflexión sobre dramaturgia y teatro.

representantes consagrados (como es el caso de la intervención de M. Arteche contra Pablo Neruda) y, de esta forma, a partir de la diferenciación de su agencia poética, hacerse un lugar dentro del campo que pudiese contar con la legitimación de la crítica oficial, institución que para ese entonces confería estabilidad al campo literario y que, además, modelaba el comportamiento lector en el mercado (consumo del libro).

Asimismo, en el PEEC es posible rastrear una de las discusiones más controversiales de las letras nacionales durante el siglo XX, es decir, la polémica intelectual desatada entre Vicente Huidobro, Pablo de Rokha y Pablo Neruda, disputa cuyo origen es identificado por Faridé Zerán en la publicación de Eduardo Anguita y Volodia Teitelboim con *Antología de poesía chilena nueva*. La relevancia de esta polémica en el PEEC reside en dos ámbitos: por un lado, los diversos escritores participantes buscaron jerarquizar a los representantes del campo literario nacional a través de su influencia en el desarrollo de movimientos culturales en Chile, desde donde es posible extraer una cartografía de las posiciones de los escritores para el campo literario chileno a mediados del siglo XX; por otro lado, esta disputa sirvió como punto de partida para analizar el grado de autonomía con el que contaba la literatura nacional, motivo por el cual los escritores analizaron el tipo de relación mantenida con otros espacios literarios (principalmente europeos).

A partir de lo anterior, es posible desprender una de las características principales de la tipología “intelectual” a la que es posible asociar el grupo de escritores a partir de sus escrituras ensayísticas: dentro de la diversidad de posiciones estéticas e ideológicas, es posible advertir el intento por establecer un consenso en el tipo de escritura literaria que se produciría de ahí en adelante, en un contexto en que los asuntos políticos, producto de la Guerra Fría, permeaba gran parte de las disciplinas y áreas del conocimiento. Este intento de consenso puede ser leído como una forma de validar la agencia de los escritores para

hablar del pueblo y sobre el pueblo a mediados del siglo XX, a través de la defensa de una “literatura comprometida”.



## **9. Capítulo III: Encuentros de escritores y reconfiguración de la geopolítica del saber y del pensamiento literario hispanoamericano**

Para referirse a la compleja red de distribución del capital cultural, social y político entre las principales ciudades hispanoamericanas para mediados del siglo XX, es necesario abordar la relación entre intelectuales, sociedad y poder, por cuanto nos ayuda a comprender el tipo de discusiones generadas por grupos específicos respecto al ámbito político y cultural o, como señala Marcela Croce (2006), a la oleada de nacionalismo cultural en la región luego de la publicación del artículo de Guillermo de Torre en *La Gaceta literaria*, titulado “Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica” (cfr. pp. 11-15), discurso que promovió la reacción de diversos intelectuales en defensa de la “autonomía” literaria y cultural americana y, además, la disputa interna por la categoría de ciudad central en este ámbito.

En este capítulo abordaremos problemáticamente el comportamiento de los intelectuales relacionados con la disputa de “meridiano intelectual” en Hispanoamérica para, luego, tratar la relación entre intelectuales y universidad en el contexto de la Guerra Fría, con el propósito de analizar la práctica intelectual desarrollada por los escritores en el PEEC y PEEA, junto con su propuesta de desarticulación de una geopolítica del pensamiento literario, a partir del lugar de enunciación de estas actividades.

### **9.1 Intelectuales y ciudades capitales hispanoamericanas: disputas por el “meridiano intelectual” durante el siglo XX**

Durante la primera mitad del siglo XX, luego de la publicación del artículo de Guillermo de Torre en *La Gaceta literaria*, titulado “Madrid, meridiano intelectual de

Hispanoamérica” (1927), se desató una disputa entre las diferentes capitales hispanoamericanas para adjudicarse la etiqueta de “meridiano intelectual”, es decir, para consagrarse como espacio central y hegemónico respecto a la producción y difusión de saberes al interior del continente. El artículo de de Torre es un claro intento por inaugurar una categoría capaz de defender la dependencia del continente americano con España; más allá de los pormenores de esta nota, lo que resulta relevante es la inmediata reacción por parte de agentes culturales hispanoamericanos para defender su independencia cultural e intelectual.

Frente a la provocativa afirmación de de Torre, diversos grupos de intelectuales argentinos, colombianos, mexicanos, venezolanos y chilenos se encargaron de trasladar la disputa desde el centro europeo al interior del continente con la autoproclamación de sus respectivas ciudades capitales como espacios neurálgicos en la producción del conocimiento hispanoamericano. Este tipo de disputas enfocadas en un nacionalismo cultural se pueden leer como intentos por configurar una cartografía intelectual capaz de distribuir e, incluso, jerarquizar la importancia relativa a los saberes generados en Hispanoamérica, cartografía que, hasta ese momento, contaba con sus espacios en blanco, sin nombres en posiciones indiscutibles, pero sí una vasta lista de postulantes para liderar esta distribución. Es así como en esta disputa -en la que se echó mano a los índices de actividad editorial, de instituciones educacionales (en sus diferentes niveles) y culturales, de redes y proyectos intelectuales- sobresalieron Buenos Aires, Ciudad de México, Bogotá y Santiago, las cuales se constituyeron como principales referentes para la difusión de obras y formación de redes editoriales e intelectuales en el continente.

Para mediados del siglo XX, las capitales de México y Argentina desempeñaron una activa labor en los circuitos de producción y recepción de textos. Para el caso mexicano,

podemos señalar el desarrollo de su industria editorial, cuyo proceso se caracterizó por la inauguración de casas editoriales nacionales, junto con la apertura de otras a cargo de intelectuales provenientes de España, quienes migraron al estallar la Guerra Civil Española<sup>54</sup>. Este proceso de migración intelectual resulta relevante por cuanto trajo como consecuencias el aumento de la actividad editorial en México, junto con la extensión de las redes intelectuales en el país y el continente al tener acceso a la más reciente producción artística europea y al capital cultural crítico con el que se identificaba este grupo de intelectuales migrantes.

## **9.2 Encuentros de Escritores y geopolítica del pensamiento literario hispanoamericano**

Como apuntamos en el capítulo anterior, en el PEEC se generaron diversas disputas sobre la práctica literaria y el oficio del escritor. Una de ellas trató las pretensiones de generar una “novela de Chile” (cfr. Osses, 1958, pp. 168-180), cuyos antecedentes para mediados del siglo XX se hallan en el movimiento literario criollista, el cual se ha catalogado como un conjunto de obras de intelectuales ciudadanos que hablan en representación del sujeto que habita la zona rural y que, además, dicha producción ha sido motivada por las exigencias del mercado del libro durante la primera mitad del siglo XX, es decir, obras literarias que procuraron garantizar su consumo antes que el conocimiento de la realidad nacional. Por consiguiente, podemos advertir cómo en la provincia de Concepción se generó la discusión en torno a una práctica literaria producida y difundida, por lo general, desde un centro –Santiago– y a partir de un grupo de escritores reducido,

---

<sup>54</sup> Algunas de estas casas editoriales inauguradas por intelectuales españoles en territorio mexicano son: Ediciones Cuadernos Americanos, que funcionó como revista impulsada por intelectuales mexicanos y españoles en exilio como Jesús Silva Herzog; Séneca, fundada por José Bergamín y Emilio Prados; Fondo de Cultura Económica; entre otras.



pertenecientes a cierta élite intelectual y cultural. A partir de esta disputa por la pertinencia de una “novela de Chile”, podemos recalcar la desarticulación de la relación centro/periferia respecto a la organización de los saberes literarios y culturales en Chile, ya que, ahora, desde un lugar que históricamente se ha relegado, por las políticas públicas y administración nacional, a los márgenes, se evaluaba el comportamiento letrado del centro con intenciones de superar el “paradigma” literario criollista. Así lo expresó Mario Osses al intentar derribar las pretensiones literarias de una novela que condensara la idiosincrasia de Chile:

O el arte es creación, novedad que tiene meta de misterio, o es negocio ínfimo, de mercachifles de alma. (...) Hemos visto y hemos sentido pujar las honestas almas de varios escritores que se desviven por satisfacer el mercado, y anhelan hacer “la novela de Chile”.

(...) esta demanda de la “novela de Chile” es un torcedor que les enturbia el pozo de la creación, y necesariamente les hace proyectar fingidas imágenes (Osses, 1958, pp. 175-176).

Asimismo, la búsqueda de una (nueva) geopolítica del saber y de la práctica literaria en Chile se evidencia en el consenso de los escritores al finalizar el PEEC, quienes - conscientes del funcionamiento y circulación del conocimiento generado en la institución universitaria- solicitaron el traslado de la dirección de la revista *Atenea* a Concepción (cfr. Rojas, 2015, p. 229); gesto que puede ser leído como una búsqueda de “autonomía” intelectual al distanciarse de las dinámicas editoriales del centro y de los respectivas mediaciones que este pudiera realizar con los productos culturales provenientes de la zona sur, además de evitar la demora en la edición de la revista, ya que se debía establecer comunicaciones entre Concepción y Santiago para coordinar los contenidos de cada número. Al discutir sobre el grado de autonomía de la revista de la Universidad de Concepción, se discutió respecto a la autonomía del conocimiento producido en la región y a la postulación de Concepción como un nuevo agente editorial en el campo literario

chileno, es por ello que la moción vino acompañada de un programa literario que buscó la edición de obras destacadas de escritores chilenos a cargo de la editorial universitaria.

Si leemos los consensos alcanzados por los escritores en el PEEC en su conjunto, sumados a la realización anual de los Talleres de Escritores en Concepción a partir de 1960, podemos advertir un programa que presentó las líneas por las cuales orientar la producción intelectual para el campo literario chileno. Por consiguiente, podemos observar una de las particularidades del comportamiento intelectual de los escritores involucrados en ambos encuentros: advirtieron el carácter excluyente de la producción del conocimiento a nivel mundial, vale decir, la existencia de una relación centro/periferia en el ejercicio intelectual (cfr. Bauman, 1995, pp. 159-160), por lo que se buscó fomentar la discusión sobre asuntos universales del “hombre” y de la expresión literaria chilena e hispanoamericana -en diálogo con la producción literaria europea- en la provincia de Concepción como una forma de desdibujar el mapa geopolítico de la distribución del capital cultural, en el que para ese momento lideraban las ciudades de Santiago, Buenos Aires, Ciudad de México y Bogotá.

Mientras las ciudades capitales de cada país hispanoamericano potenciaban su agenda cultural, y aseguraban cada vez más su posición paternalista de “proveedor” de cultura, las provincias encontraban dificultades para contar con un programa propio de edición y difusión de obras y de actividades culturales. Para mediados del siglo XX, por ejemplo, Concepción contaba con una escasa trayectoria universitaria<sup>55</sup> y sus principales desafíos estaban marcados por el fuerte centralismo en la administración nacional que privilegiaba, sobre todo, a Santiago. Es por ello que era escaso el atractivo cultural que ofrecía Concepción para ese momento, con la impresión de estar frente a un islote respecto

---

<sup>55</sup> No hay que olvidar que la Universidad de Concepción se creó con la intención, entre otras, de evitar la migración de estudiantes locales a la zona central de Chile en búsqueda de educación superior y, además, perfilar los avances de las distintas disciplinas a las necesidades de la Región.

a los procesos culturales del país; incluso, el mismo Gonzalo Rojas, al llegar a la Universidad de Concepción, tildó su nivel académico como “menesteroso y provinciano” (cfr. Piña, 2007, p. 92).

Como podemos ver, la dicotomía centro/periferia era tan notoria para mediados del siglo XX que el término “provincia” se empleaba despectivamente para señalar una posición de inferioridad frente a un movimiento mayor de procesos políticos y culturales. Asimismo, es pertinente señalar cómo en este contexto específico se jerarquizaba el peso cultural de una ciudad o región en base a lo que hiciese la universidad. Para mediados del siglo XX, tanto en Chile como en el resto de Hispanoamérica, la institución universitaria fue elevada socialmente a una posición de prestigio al entrar en contacto y tener el dominio de las diferentes disciplinas, en un momento en que acceder al conocimiento era más restringido y selectivo que en la actualidad.

A partir de lo anterior, se puede explicar, en parte, el interés de la Universidad de Concepción por replicar el programa intelectual y cultural de las “Escuelas de Verano” impulsado por la Universidad de Chile<sup>56</sup>. Entre ambas casas de estudios se establecieron relaciones colaborativas para la organización de las actividades por parte de la Universidad de Concepción; no obstante, hay que advertir que, además, se generó una relación de competitividad al momento de evaluar el éxito de cada una de las “Escuelas de Verano”, donde se prestó atención, en términos comparativos, a los índices de matrículas, de cursos impartidos, de profesores y alumnos extranjeros, de actividades “al aire libre”, entre otros. Esta relación competitiva entre ambas casas de estudio quedó reflejada en distintos titulares

---

<sup>56</sup> Las cuales se remontan a 1936 bajo la dirección de Amanda Labarca, orientadas al perfeccionamiento de profesionales y técnicos del país. (cfr. Universidad de Chile, 1936, pp. 31-34).

de la prensa de la época<sup>57</sup> que insistentemente buscaron jerarquizar el nivel de importancia de las actividades de temporada, y con ellas, el papel de cada una de estas universidades en el desarrollo cultural del país.

La forma con la que se anunciaron las actividades de verano organizadas por la Universidad de Concepción (contexto en el que se inscriben los encuentros de escritores), junto con el contenido de sus cursos y el tipo de recepción por parte de la prensa periódica, nos permiten el análisis de la Universidad como una institución educacional con claros matices de paternalismo, ya que se promocionó una imagen de la Universidad como forjadora y acaparadora de la relación entre sociedad y cultura, es decir, se planteaba a sí misma como proveedora de cultura. Es por ello que producto de la abultada programación de actividades “al aire libre” (orientadas al público general), junto con las diferentes sesiones de cursos especializados (orientadas a comunidades específicas de técnicos y profesionales), las que se presentaban como una fiesta cultural en la región, y sumado a la alianza que apuntamos en el primer capítulo, entre la universidad y la prensa local, es posible entender a las “Escuelas de Verano” como una gran palestra en la que la Universidad de Concepción se esforzó por asegurar su posición como garante y guía de la cultura y, con ello, elevar a la universidad, como institución moderna por excelencia del conocimiento occidental, a un estatuto de prestigio social deseable por la comunidad. Debido a lo anterior, no es inesperado que luego de las actividades de verano, el número de aspirantes a la formación universitaria aumentara año a año.

---

<sup>57</sup> Como, por ejemplo: “Escuela de Verano de “U” local es este año la de mayor jerarquía en el país” (*El Sur*, sábado 14 de enero de 1956, n° 24556, p. 7), “Escuela de Verano termina labor ocupando primer lugar entre las de su tipo en país” (*El Sur*, sábado 4 de febrero de 1956, n° 24577, p. 7), entre otras.

Por consiguiente, si a nivel general consideramos que en los encuentros de escritores se estableció un intento por desarticular la distribución convencional de la producción del conocimiento al trasladar las discusiones desde un centro (como lo puede ser Santiago) a la provincia de Concepción, también hay que señalar que, en este lugar de enunciación, la dinámica cultural estuvo guiada por la centralidad de la institución universitaria, la que acaparó gran parte de la actividad cultural de la época: en el intento por desdibujar la relación centro/periferia en la cartografía intelectual nacional e hispanoamericana, se dibujó otra relación de exclusión liderada por la imagen de la universidad como guía cultural por excelencia.

### **9.3 Intelectuales, universidad y poder en contexto de la Guerra Fría**

Sobre este asunto, Ángel Rama, en su reconocido ensayo *La ciudad letrada* (1998), expone el comportamiento del grupo intelectual hispanoamericano -y de la emergente generación perteneciente a clases sociales medias- a principios del siglo XX respecto a la demanda sobre el acceso y cobertura de la universidad y de las diferentes disciplinas del conocimiento moderno ahí desarrolladas, desde donde es posible desprender la orientación económica-social de la institución universitaria durante el siglo XX, puesto que esta fue concebida como un espacio que permitía el acceso a las esferas de poder y a su inherente estatus de prestigio al interior de las relaciones sociales modernas en Hispanoamérica (cfr. pp. 104 – 106). La emergencia de una nueva generación de intelectuales, junto con las nuevas demandas que estos impulsaron en torno a la relación, para mediados del siglo XX inseparable, entre saber, poder, prestigio social y espacio universitario, nos permite entender el comportamiento de un nuevo grupo de intelectuales que respaldó el avance de la institución universitaria para la organización disciplinar y de especialización de las

profesiones en un contexto en que el sistema capitalista se extendía rápidamente por gran parte de los países occidentales y demandaba este tipo de división del trabajo.

Durante la primera mitad del siglo XX, la universidad en Hispanoamérica gozó de un reconocimiento y valoración de primer orden, ya que fue vista como un espacio bisagra entre el individuo y las esferas de poder y, además, como un centro de reclutamiento intelectual, es decir, como un lugar en el que se reunían las principales voces autorizadas para hablar de (y para) la sociedad y de sus relaciones con la cultura occidental, particularidad que lleva a Carlos Altamirano a concebir este espacio, ante todo, como un lugar de enunciación (cfr. 2013, pp. 125-144).

Asimismo, podemos señalar que el comportamiento de la institución universitaria en Hispanoamérica se caracterizó por concentrar a destacados escritores e intelectuales que se habían formado extramuros de la universidad, con vocación autodidacta y en búsqueda de relaciones a través de espacios de sociabilidad menos institucionalizados, tales como las tertulias, cafés y reuniones informales con otros escritores. Tal es el caso, por ejemplo, de Julio Cortázar y del escritor chileno Roberto Bolaño, este último quien –incluso– abandonó los estudios formales durante la secundaria; no obstante, gran parte de este grupo de escritores autodidacta, cuando logró reconocimiento en el mundo de las letras, prestó servicios a diversas universidades a través de conferencias y cursos. Lo anterior deja en evidencia la incapacidad de la universidad, a lo largo de su trayectoria, para formar y controlar la escritura literaria al privilegiar la formación en disciplinas performativas orientadas a la ejecución de labores específicas y “objetivas” en la sociedad y, además, expone el interés de este tipo de instituciones por contar con el respaldo de figuras públicas influyentes en la formación de opinión.

¿Cómo leer el interés de las universidades hispanoamericanas y, sobre todo, norteamericanas<sup>58</sup> por reclutar a escritores e intelectuales cuya formación se hizo a espaldas de la misma institución a la que prestarían servicios? Esta relación entre intelectuales y universidad hay que entenderla desde su contexto político y cultural específico, marcado por el desarrollo de la Guerra Fría y las respectivas disputas por la distribución y dominación ideológica del mundo. En este contexto, diversas universidades hispanoamericanas (entre ellas la Universidad de Concepción) permitieron el co-financiamiento, por parte de organismos internacionales –con fines ideológicos-, para la organización de actividades culturales, creación de centros de estudios especializados (orientados principalmente al área técnica e industrial) e, incluso, para la construcción de departamentos desde donde se iniciarían proyectos de vinculación entre el sector industrial local y el mercado internacional liderado por Estados Unidos. Es por ello que la concentración de intelectuales en la universidad puede ser leída como un intento por modelar los comportamientos de los individuos cuya posición les permitía hablar de y para la sociedad y que, además, eran potenciales promotores del pensamiento crítico capaz de analizar el orden establecido y, principalmente, las consecuencias, en sus diferentes dimensiones, que traería consigo el avance del sistema capitalista en sociedades cuyo desarrollo tecnológico e industrial era inequívoco al de las grandes potencias.

A partir de lo anterior podemos sostener el comportamiento ambivalente de las universidades para mediados del siglo XX en Hispanoamérica. Por un lado, este lugar de

---

<sup>58</sup> En este punto, debemos señalar que a partir de mediados del siglo XX las universidades, junto a otros organismos norteamericanos, realizaron un extensivo reclutamiento (por no decir cooptación) de intelectuales hispanoamericanos para que sus estudios (literarios, históricos, culturales y políticos) sobre esta región se realizara desde Estados Unidos, con el propósito de construir una imagen mitificada de lo que, en términos de dependencia económica, se denominó como “Tercer Mundo”, dinámica que es analizada por Jean Franco (2003) como una estrategia discursiva para controlar y restar la importancia de los movimientos culturales hispanoamericanos (cfr. Franco, 2003, pp. 45-57).

enunciación permitió la comunicación de las diferentes disciplinas con el sector social que aspiró a una formación académica superior, ya sea con intenciones de incorporarse a la restrictiva esfera de académicos e investigadores universitarios y/o, simplemente, ascender socialmente a través de la cal(clas)ificación que entrega un título de este tipo. Asimismo, el espacio universitario contribuyó a la visibilización del diverso grupo de intelectuales mediante la acción a través de sus plataformas y mecanismos institucionales de producción y difusión del conocimiento, tales como revistas, cuadernos especializados, organización de congresos, foros, jornadas de estudio, etc.; sin embargo, por otro lado, esta misma institución, al reclutar a intelectuales representantes de diferentes perspectivas políticas y disciplinares, ejerció un control, principalmente, sobre el grupo crítico del sistema neoliberal y de las diferentes formas de colonialidad practicadas por las esferas de poder en las sociedades modernas, específicamente, sobre los países encasillados en la categoría de “Tercer Mundo” o espacios “periféricos”.

Sin ir más lejos, el mismo Gonzalo Rojas, como agente cultural, fue testigo directo del carácter fiscalizador de la Universidad de Concepción en un contexto –como señalamos en el primer capítulo- en el que el apoyo financiero externo y la imagen institucional primaban por sobre el proyecto cultural que se quisiese impulsar desde la universidad para la comunidad específica de académicos, la comunidad en general e, incluso, para la comunidad de intelectuales hispanoamericanos. Luego de la disputa entre el sociólogo norteamericano Frank Tannenbaum y el escritor mexicano Carlos Fuentes, Gonzalo Rojas fue desligado de sus funciones como organizador de las escuelas de verano<sup>59</sup>, lo que

---

<sup>59</sup> Hay que agregar que la agencia cultural de Gonzalo Rojas también estuvo marcada por los fondos que la UNESCO (a través de becas) puso a disposición de diversos intelectuales para permitir su movilidad entre diferentes países, lo que le permitió a Rojas generar relaciones con escritores e intelectuales europeos y americanos (muchos de ellos estuvieron presente en el PEEA); no obstante, su condición de “becario” le trajo



significó que su proyecto intelectual y cultural se interrumpiera, dando un brusco giro temático a partir de la nueva dirección en 1963 con Arturo Tienken, quien privilegió una perspectiva técnica e industrial, una mirada europeizante de la cultura chilena<sup>60</sup> y que, además, mantuvo contacto con los sectores más conservadores de la sociedad para ofrecer cursos y conferencias (ver figura n° 3)<sup>61</sup>.

Para evidenciar el giro de las Escuelas de Verano a partir de la dirección de Arturo Tienken, es ilustrativa la carta que envía al historiador Eugenio Pereira Salas, donde se explicita que la tesis que defiende la VIII Escuela de Verano de 1963 es que “nuestra cultura es esencialmente española con la natural mutación que produjeron en ella las circunstancias del Nuevo Mundo” (carta de Arturo Tienken remitida a Eugenio Pereira Salas, Archivo Secretaría General de la Universidad de Concepción, 4 de septiembre de 1962, p. 1). Por consiguiente, podemos afirmar que de un proyecto cultural crítico y humanista para la discusión de asuntos universales del individuo moderno entre intelectuales chilenos e hispanoamericanos, se pasó a un plan educativo orientado al desarrollo económico y a moldear el comportamiento de los individuos, acorde al programa de reestructuración universitaria -“Fondo Especial”, impulsado por la UNESCO y

---

al poeta más de un inconveniente durante su permanencia en el extranjero (como se aprecia en la carta remitida al rector David Stitchkin –ver figura n° 2-), ya que los fondos entregados por UNESCO solo eran válidos para visitar países autorizados por el mismo organismo. A partir de lo anterior, es posible desprender el nivel de influencia de los fondos provenientes de organismos internacionales para el financiamiento de intelectuales como representantes culturales de la región hispanoamericana.

<sup>60</sup> Para la VIII Escuela Internacional de Verano en 1963, Arturo Tienken anunciaba a sus invitados la temática estructurante de la actividad: “Influencia de Europa en Chile y América Latina” (carta emitida por Arturo Tienken a Vicente Palacio Atard, Archivo Secretaría General de la Universidad de Concepción, 18 de diciembre de 1962, p. 1)

<sup>61</sup> Si establecemos un diálogo entre este contexto específico con el presente (bastante significativo si se toma en cuenta la conmemoración de los cien años de trayectoria de la Universidad de Concepción), cabe preguntarnos por la orientación y coherencia actual de las actividades programadas durante la temporada de verano e, incluso, por el tipo de conocimiento que se genera actualmente en las universidades, el cual pareciera acercarse cada vez más a la producción de un conocimiento técnico y especializado y que, incluso, llega a permear a las disciplinas humanistas; comportamiento de la academia -situada en las universidades- que lleva a Raúl Rodríguez Freire, en *La condición intelectual. Informe para una academia* (2018), a catalogarla como producto de una “encarnación de la lógica empresarial” (p. 8) en la que el autor-académico procura su citabilidad y, por ende, funciona como marca en el mercado de productos “simbólicos”.

destinado a las universidades de América Latina- al que, para ese momento, aspiraba la Universidad de Concepción<sup>62</sup>.

A partir de lo anterior, hay que agregar que, luego de la desvinculación de Gonzalo Rojas como director de las escuelas de temporada y con la inauguración de una perspectiva conservadora como pilar programático de los cursos y conferencias, varios integrantes de la red intelectual que promovió los encuentros de escritores en Concepción se mantuvieron al margen de contribuir con el proyecto de Arturo Tienken, por cuanto este no recogía las inquietudes y problemáticas más representativas para el campo literario, cultural y político chileno e hispanoamericano, tales como la discusión sobre la función social del escritor, la pertinencia de una literatura comprometida en un contexto altamente politizado, el nivel de autonomía de las letras hispanoamericanas, los debates relacionados a la unidad de una literatura nacional y americana, entre otros. Fue así como, por ejemplo, Luis Muñoz rechazó la invitación de Milton Rossel, Director del Departamento de Extensión Cultural, para dictar cursos y conferencias en la IX Escuela Internacional de Verano de 1964, al no existir una afinidad intelectual entre ambas propuestas epistemológicas (cfr. Carta emitida por Milton Rossel a Luis Muñoz, Archivo Secretaría General de la Universidad de Concepción, 26 de noviembre de 1963, p. 1).

---

<sup>62</sup> Cuyos pilares programáticos se resumían en: “a) es un vasto proyecto que implica una renovación profunda de la técnica de la enseñanza universitaria impartida en América Latina; b) es un proyecto destinado a tener una marcada influencia en el desarrollo técnico, económico y social del continente, y; c) es un proyecto que satisface las necesidades de todos los países latinoamericanos en lo que a función tecnológica se refiere” (Informe Plan de Estructuración de la Universidad de Concepción enviado por el Ministerio de Relaciones Exteriores a rectoría de la universidad, Archivo Secretaría General de la Universidad de Concepción, 1959 (?), p. 2).

Ache

EMBAJADA DE CHILE  
ROMA

Roma, Italia, 30 de marzo de 1959

Señor  
David Stitchkin Branover  
Universidad de Concepción  
Concepción, Chile.

UNIVERSIDAD DE CONCEPCION  
 RECTORIA  
 000191      3.ABR.59

Querido don David:

Espero haya recibido usted mi comunicación anterior, por lo que le agradezco su ayuda, junto con incluirle adjunto el recibo firmado.

En esa misma nota le contaba acerca de un probable viaje a Pekín, siempre que fuera debidamente autorizado por Unesco. Se resolvió en mi favor por estimarse que un escritor-becario debe ver el mundo sin costuras. Naturalmente no podré ser atendido económicamente por Unesco, durante abril que es el mes de mi invitación a China, pues este país de 600.000.000 de habitantes no ha conseguido su ingreso a la ONU. Sin embargo, como le digo, no hubo la menor dificultad ni para el permiso ni para interrumpir la beca por un mes, cosa que también se acostumbra.

Hoy, a las 16 hs., salgo a Zúrich desde Roma, donde vine a conseguir la visa checa. El martes 31 volaré a Praga y el miércoles 1 de abril, si no hay contratiempos de última hora, saldré en un avión TU - a retroimpulsos - a Pekín, con escalas en Minsk, Moscú, una ciudad de Manchuria, hasta llegar a la capital de la República China. De regreso estaré unos pocos días en la URSS y Praga. Estoy invitado por la cátedra de lenguas románicas de Praga. Veré.

En la primera semana de mayo saldré desde París a México, vía N. York. Pasare en junio a Venezuela, Ecuador y Perú, para llegar a fines de ese mes a mi trabajo en la Universidad. La beca Fulbright, posterior a la de Unesco, significaría demasiada presencia.

atentos saludos a los suyos. Lo saluda afectuosamente  
Gonzalo Rojas P.

Dirección en China durante abril.  
 9 Tac Chi Chang  
 Pekín - CHINA.

**Figura n° 2:** Carta emitida por Gonzalo Rojas a rector de la Universidad de Concepción, David Stitchkin, Roma, 30 de marzo de 1959.

**Fuente:** Archivo (?) Secretaría General de la Universidad de Concepción, sin clasificar.



Universidad de Concepción  
Chile

ESCUELAS DE TEMPORADA

2852

CONCEPCION, Octubre 26 de 1962.

Sr. General Manuel Montt  
Dirección de Instrucción  
del Ejército,  
Ministerio de Defensa.  
Santiago.-

Distinguido Sr. General:

En una reciente visita a Santiago y a indicación de nuestro común amigo el General Carlos Hepp, intenté ubicarlo en su oficina, pero sin fortuna. Me vi obligado a regresar a Concepción urgido por asuntos imposterables, de tal modo que me fue imposible cumplir el deseo de conversar directamente con Ud. En razón de lo anterior, le escribo estas líneas que sirven de excusa ante el hecho de que el General Hepp ya le habfa comunicado a Ud. mi proyectada entrevista.

En la actualidad estoy entregado a las labores de organización de la VIII Escuela Internacional de Verano de la Universidad de Concepción, la cual me corresponde dirigir en esta oportunidad.

Se ha pensado tomar como idea central la "Influencia de Europa en Chile y América Latina" en lo que ella atañe a las diversas ramas de la cultura y del conocimiento, como así también a algunas de sus instituciones fundamentales entre las cuales figuran preminentemente las Fuerzas Armadas.

Por tal motivo me permito solicitar a Ud. me indique si entre los distinguidos Profesores y Oficiales de su digna Dirección existirfa interés por asistir a nuestra Escuela de Verano a objeto de dictar un curso que en alguna forma refleje la Influencia de Europa en las diversas ramas de nuestras FF.AA.

...



Universidad de Concepción  
Chile

## ESCUELAS DE TEMPORADA

2.

Si en principio existiera la posibilidad de contar con la presencia de uno o dos participantes, sería sumamente grato para el suscrito cambiar ideas al respecto.

Me permito adelantar que dichos cursos se desarrollarán entre el 8 y el 19 de enero próximo, ofreciéndose a los Profesores el valor de los pasajes de venida y regreso, más un honorario de E° 10 por clase dictada y un viático diario por concepto de gastos de estada.

Ruégole señor General dar respuesta a esta nota a la brevedad posible ante la necesidad de planificar y coordinar los diversos cursos con miras a la elaboración de un folleto definitivo.

Acepte Ud. Sr. General, el testimonio de mi más alta consideración,



ARTURO TIENKEN L.

Director de la VIII  
Escuela Internacional  
de Verano.

ATL:abc

**Figura n° 3:** Carta emitida por Arturo Tienken, Director de la VIII Escuela Internacional de Verano, a Manuel Montt, General del Ejército de Chile, 25 de octubre de 1962.

**Fuente:** Archivo (?) Secretaría General de la Universidad de Concepción, sin clasificar.

A modo de conclusión de este apartado, podemos señalar las diversas disputas generadas a inicios del siglo XX en Hispanoamérica en torno a la categoría de “meridiano intelectual”, como una contra respuesta a la proclamación de Guillermo de Torre respecto a la dependencia cultural de América con Madrid. Esta afirmación desató la reacción de diferentes grupos intelectuales americanos que se pronunciaron para defender el nivel de autonomía cultural e intelectual de la región; sin embargo, esto trajo consigo conflictos de intereses internos respecto a la capital hispanoamericana que lideraría las dinámicas de producción y difusión del conocimiento para ese momento. Ante este escenario de nacionalismo cultural, el lugar de enunciación de los encuentros de escritores puede ser leído como un intento por desdibujar la cartografía intelectual que jerarquizaba a las ciudades capitales hispanoamericanas respecto a su papel en el ámbito de la cultura. Gonzalo Rojas y el diverso grupo de escritores planteó las condiciones para sostener que cualquier lugar de la región está facultado para discutir sobre asuntos universales del sujeto moderno, ya sean estos de carácter disciplinar y/o filosófico.

Además, hay que recalcar que, en este intento por desarticular la distribución jerárquica entre ciudades capitales, la universidad ocupó un lugar preponderante en la organización de actividades intelectuales para mediados del siglo XX en Chile; no obstante, es posible sostener que el interés de este lugar de enunciación académico fue proyectar una imagen de paternalismo cultural en la zona de Concepción, es decir, constituirse a sí misma como una institución proveedora de cultura. A partir de estas lógicas de la universidad de autoproclamación de una imagen, es posible entender el intervencionismo financiero y político por parte de organizaciones internacionales, las cuales incidieron directamente en el curso del proyecto cultural de Gonzalo Rojas para la región, puesto que fue rápidamente desvinculado de la organización de las escuelas de temporada, luego de las polémicas

políticas en las que se vieron envueltas algunas intervenciones de escritores participantes en el PEEA, por lo que, luego de esto, las escuelas de temporada de la Universidad de Concepción, bajo la dirección de Arturo Tienken, adoptaron una perspectiva acrítica respecto a la discusión sobre asuntos artísticos y culturales en Chile e Hispanoamérica.



## 10. CONCLUSIONES Y PROYECCIONES DE ESTUDIO

A modo de conclusión, podemos señalar que el tipo de campo de estudio en el que se desarrolló esta investigación, junto con las perspectivas adoptadas para hacerlo (historia de los intelectuales, historia intelectual y sociología de la cultura), exponen algunos vacíos de las historias de la literatura y de los estudios literarios en Chile e Hispanoamérica, por cuanto no se ha extendido el análisis a las actividades intelectuales en las que participaron diversos escritores durante el transcurso del siglo XX. Empezar un estudio de estas dimensiones, implicó tomar distancia de la relación tradicional entre autor y obra, para entrar en las relaciones entre práctica intelectual, texto, realidad social y política hispanoamericana, formaciones e instituciones, es decir, ampliar la perspectiva con la que tradicionalmente se ha estudiado la producción de los escritores para entrar a evaluar sus respectivas funciones como agentes culturales en un contexto altamente politizado, producto de los conflictos ideológicos de la Guerra Fría.

Las escrituras ensayísticas presentadas en el PEEC y en el PEEA, al considerarlas - desde la sociología de la cultura- como productos culturales en procesos de circulación en el que participan diversas instituciones –universidad, campo literario, organismos internacionales- nos han permitido analizar el interés político y económico que la Universidad de Concepción depositó en ambas actividades literarias. La participación de diversos representantes del campo literario chileno e hispanoamericano en actividades intelectuales significó un atractivo para la Universidad de Concepción, por cuanto estas convocatorias contribuían a consolidar la imagen institucional que esta casa de estudios pretendía proyectar para el país y al resto del continente: la universidad como proveedora de cultura y concentradora de las dinámicas de difusión de las diferentes áreas del



conocimiento, imagen de la universidad que a nivel general se traduciría en sinónimo de éxito social, ya que fue vista como una institución bisagra entre el pueblo y los círculos de poder político e intelectual.

El interés de la institución universitaria por exaltar su imagen corporativa preparó las condiciones para que se establecieran relaciones políticas y económicas con organismos internacionales, tales como la UNESCO y la CEPAL, formaciones que se interesaron en las actividades de temporada organizadas por la Universidad de Concepción, motivo por el cual invirtieron fondos para incentivar el traslado de estudiantes extranjeros a la zona de Concepción, contratación de profesores, inauguración de muestras artísticas, entre otras; la presencia económica de estos organismos internacionales sirvió de garantía para vigilar las prácticas intelectuales desarrolladas por los escritores en los encuentros (actividades que se organizaron bajo la dirección de las escuelas de verano), así se evidencia al momento en que la rectoría de la Universidad de Concepción decide retractarse del compromiso contraído con Gonzalo Rojas para publicar los manuscritos de los encuentros de escritores (PEEA de 1960 y Congreso de Intelectuales de 1962), ya que algunas intervenciones terminaron en discusiones políticas que expusieron y criticaron el intervencionismo realizado por Estados Unidos en América Latina y otras partes del mundo.

Lo anterior nos sirve para exponer la relevancia que conlleva analizar la agencia intelectual de los escritores hispanoamericanos en el contexto de la Guerra Fría, ya que, como vemos, un estudio de estas características implica abarcar las múltiples relaciones sociales de producción que hicieron posibles que estas actividades se llevaran a cabo. Extender los estudios literarios más allá de la producción ficcional de los escritores para abarcar su producción intelectual, implica preguntarse por el lugar y función de su agencia intelectual en la sociedad, por el rol de las universidades en la organización y distribución

de la cultura, por los intereses depositados por los diversos agentes culturales, por las principales discusiones en el campo literario chileno e hispanoamericano, junto con el lugar de enunciación de estas actividades. Por consiguiente, podemos señalar que los insumos metodológicos y conceptuales que proporcionan la sociología de la cultura y la historia intelectual resultan pertinentes para analizar la agencia intelectual que diversos escritores desarrollaron tanto en el PEEC, el PEEA, como en el resto de los encuentros y congresos celebrados en Concepción, Santiago, Valparaíso y otras ciudades de América durante el siglo XX, los cuales aún no han sido abarcados íntegramente por los estudios literarios contemporáneos.

Al respecto, hay que señalar que, en cada una de las actividades culturales en la que participaron escritores de diferentes regiones de Hispanoamérica, es posible desprender las particularidades de sus agencias intelectuales, es decir, las principales características respecto a la tipología de “intelectual” a partir de sus prácticas discursivas. Para el caso del PEEC, podemos señalar que, dentro de la diversidad de posiciones estéticas y políticas registradas en las escrituras ensayísticas de cada escritor, advertimos el esfuerzo por consensuar el tipo de literatura que se produciría en la región a partir de ese momento, con predilección del realismo literario como una forma de estrechar la relación entre escritor y sociedad (“literatura comprometida”) en un contexto altamente politizado. Este tipo de (intentos de) consensos se pueden leer como estrategias para validar la agencia de los escritores-intelectuales para hablar de y para el pueblo, junto con sostener una unidad de la escritura literaria frente al peligro de fragmentación y desterritorialización de las literaturas a mediados del siglo XX.

Junto con lo anterior, hay que agregar que analizar este tipo de actividades intelectuales permite identificar una jerarquía de la escritura literaria en momentos y

regiones específicas. Por ejemplo, mediante la clasificación por géneros con la cual fue organizado el PEEC es posible desprender el tipo de escritura literaria predominante para mediados del siglo XX en Chile: narrativa y poesía fueron los géneros a los que se adscribió gran parte de las intervenciones de los escritores. Es por lo anterior que debemos señalar una de las limitaciones de este estudio, la que consiste en la marginación de nuestro análisis de las escrituras ensayísticas correspondientes a la dramaturgia, por considerarla un género de menor relevancia, estabilidad y representatividad para ese momento: un esfuerzo por historiar el proceso de consolidación de la dramaturgia en Chile durante el transcurso del siglo XX implicaría, necesariamente, abarcar este tipo de discusiones en el campo literario nacional. Es por lo anterior que las escrituras ensayísticas del PEEC en torno a la reflexión sobre dramaturgia requieren de un capítulo aparte, sobre todo, cuando estas se presentaron en contextos intelectuales (como el PEEC) cuyo programa privilegió discursivamente a otros géneros, como la narrativa y la poesía.

Por último, es necesario reparar en el lugar que ocupa el ensayo dentro de los estudios críticos hispanoamericanos, junto con el nivel de accesibilidad que cuentan los investigadores para acercarse a este tipo de documentación y áreas de estudio. Como señalamos anteriormente, debido a que los estudios literarios por mucho tiempo han guardado silencio frente a las actividades de difusión desarrolladas por los escritores –por considerarlas como producción intelectual que desborda el plano de la ficción y que, por ende, “no requieren atención”–, gran parte de estos discursos se encuentran dispersos en bibliotecas personales, archivos institucionales sin organización interna, o, simplemente, se han eliminado durante el transcurso del régimen militar y su intervención física e ideológica a instituciones educativas del país. Por este motivo, consideramos necesario reactivar la conservación y difusión de este tipo de documentos para garantizar su acceso al

diverso grupo de investigadores y lectores interesados en la agencia intelectual de los escritores durante el siglo XX. Es por lo anterior que destacamos, por ejemplo, la iniciativa de Daniel Berríos y Viviana Pinochet al digitalizar parte del archivo personal de Sergio Vodanovic en relación con la realización de los talleres de escritores en Concepción; esperamos que otros proyectos (digitalización de archivo, ediciones críticas) se sigan sumando al esfuerzo por poner en relieve las escrituras no ficcionales de los escritores chilenos e hispanoamericanos.



## 11. BIBLIOGRAFÍA

### Primaria:

Alegría, F. (1958). “Resolución de medio siglo”. *Atenea*. 380-381. Santiago: Editorial Universitaria: pp. 141-148.

Arenas, B. (1958). “La Mandrágora”. *Atenea*. 380-381. Santiago: Editorial Universitaria: pp. 9-13.

Arteche, M. (1958). “Notas para la vieja y la nueva poesía chilena”. *Atenea*. 380-381. Santiago: Editorial Universitaria: pp. 14-34.

Atías, G. (1958). “La literatura como lujo”. *Atenea*. 380-381. Santiago: Editorial Universitaria: pp. 49-58.

Cassigoli, A. (1958). “Literatura y responsabilidad”. *Atenea*. 380-381. Santiago: Editorial Universitaria: pp. 58-66.



Díaz Casanueva, H. (1958). “Bases para una discusión sobre las relaciones actuales entre poesía y ciencia”. *Atenea*. 380-381. Santiago: Editorial Universitaria: pp. 36-45.

Espinosa, M. (1958). “Una generación”. *Atenea*. 380-381. Santiago: Editorial Universitaria: pp. 66-77.

Guzmán, N. (1958). “Encuentro emocional con Chile”. *Atenea*. 380-381. Santiago: Editorial Universitaria: pp. 77-88.

Lafourcade, E. (1958). “La doctrina del objeto estético”. *Atenea*. 380-381. Santiago: Editorial Universitaria: pp. 88-97.

Loveluck, J. (1958). "Notas sobre 'La Araucana'". *Atenea*. 380-381. Santiago: Editorial Universitaria: pp. 158-168.

Osses, M. (1958). "Fronteras de la novela y el cuento y 'la novela de Chile'". *Atenea*. 380-381. Santiago: Editorial Universitaria: pp. 168-180.

Parra, N. (1958). "Poetas de la claridad". *Atenea*. 380-381. Santiago: Editorial Universitaria: pp. 45-48.

Rojas, G. (1958). "Primer Encuentro de Escritores Chilenos". *Atenea*. 380-381. Santiago: Editorial Universitaria: pp. 6-8.

Teitelboim, V. (1958). "La generación del 38 en búsqueda de la realidad chilena". *Atenea*: 380-381. Santiago: Editorial Universitaria: pp. 106-131.

### **Secundaria:**

Aguilera, O. y Antivilo, J (2002). *Historia de la Sociedad de Escritores de Chile. Los diez primeros años de la SECH y visión general 1931-2001*. Santiago: Sociedad de Escritores de Chile y Galaz Ediciones.

Albuquerque, G. (2011). *La trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría*. Santiago: Ariada Ediciones.

Alburquerque, G. (2000). "La red de escritores latinoamericanos en los años sesenta". *Universum*. Talca: Universidad de Talca, n° 15: pp. 337-350.

Alegría, F. (1962). *La literatura chilena del siglo XX*. Santiago: Editorial Zig-Zag.

- Altamirano, C. (2005). *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Altamirano, C. (2013). *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Anderson Imbert, E. (1961). *Historia de la literatura hispanoamericana* (Tomo II: época contemporánea). México: Fondo de Cultura Económica.
- Anguita, E. y Teitelboim, V. (2001 [1935]). *Antología de poesía chilena nueva*. Santiago: LOM.
- Arendt, H. (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus.
- Bauman, Z. (1995). *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Berrios Cáceres, D y Pinochet Cobos, V. (2019). “El taller de escritores de la Universidad de Concepción. Un comentario desde los documentos del archivo de Sergio Vodanovic”. *Revista de Humanidades* (Universidad Andrés Bello), 39: pp. 381-393.
- Bourdieu, P. ([1992] 1995). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. ([1982] 2008). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos* (trad. De Esperanza Martínez Pérez). Madrid: Akal.
- Bourdieu, P. ([1999] 2000). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.

- Bradú, F. (2016). *El volcán y el sosiego. Una biografía de Gonzalo Rojas*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Casanova, P. (2001). *La república mundial de las letras*. Barcelona: Anagrama
- Chartier, R. (1992). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa.
- Coddou, Marcelo (ed.) (1995). *La miseria del hombre*. Valparaíso: Universidad de Playa Ancha.
- Croce, M. (comp.) (2006). *Polémicas intelectuales en América Latina. Del “meridiano intelectual” al caso Padilla (1927-1971)*. Buenos Aires: Ediciones Simurg.
- Franco, J. (1987). *Historia de la literatura hispanoamericana: a partir de la independencia*. Barcelona: Ariel.
- Franco, J. (2003). *Decadencia y caída de la ciudad letrada. La literatura latinoamericana durante la Guerra Fría*. Barcelona: Debate
- Giordano, A. (ed.) ([2015] 2019). *El discurso sobre el ensayo en la cultura argentina desde los 80*. Santiago: Mímesis (Colección Sin condición).
- Goic, C. (1972). *Historia de la novela hispanoamericana*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Goic, C. (1988). *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana* (Tomo III: época contemporánea). Barcelona: Editorial Crítica.



- González, M. (2011). “Historia intelectual, historia de los intelectuales. Un acercamiento al campo histórico del tema”. *Logos*, Bogotá: 19 (1): pp. 63-77.
- Gouldner, A. (1980). *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la Nueva Clase*. Madrid: Alianza Editorial.
- Gramsci, A. (1967 [1936]). *La formación de los intelectuales*. México D. F.: Editorial Grijalbo.
- Guzmán, D. (2011). “Entre la historia de las ideas y la historia intelectual: aproximaciones a la periodización de la literatura”. *Hallazgos*, Bogotá: 17: pp. 195-210.
- Hobsbawm, E. (1998). *Historia del siglo XX* (título original: *Extremes: The Short Twentieth Century 1914-1991*) (Traducción de Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells). Buenos Aires: Crítica y Grijalbo Mondadori.
- Iñigo Madrigal, L. (1982). *Historia de la literatura hispanoamericana (vol. 3)*. Madrid: Cátedra.
- LaCapra, D (1998 [1980]). “Repensar la historia intelectual y leer textos”. Palti, E. J. (comp.). “*Giro lingüístico*” e historia intelectual. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes: pp. 237-293.
- Lukács, G. (2013 [1911]). “Sobre la esencia y forma del ensayo: carta a Leo Popper”. *El alma y las formas. Ensayos*. Valencia: GUADA Impresores: pp. 39-62.
- Martí, J. [1882]. “Prólogo al *Poema del Niágara* de Juan Antonio Pérez Bonalde”. *Crítica literaria y teoría cultural en América Latina. Para una antología del siglo XX* (segunda edición). Clara Parra Triana y Raúl Rodríguez Freire (Comp.) (2018). Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso (Colección Dársena): pp. 37-52

- Muñoz, L. y Oelker, D. (1993). *Diccionario de movimientos y grupos literarios chilenos. Desde el Movimiento Literario de 1842 hasta el Teatro de la Década del '50*. Concepción: Editorial Universidad de Concepción.
- Ory, P. y J. Sirinelli (2007). *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*. Valencia: Publicacions Universitat de València.
- Oviedo, J. M. (2001). *Historia de la literatura hispanoamericana (Tomo 3: postmodernismo, vanguardia, regionalismo. Tomo IV: de Borges al presente)*. Madrid: Alianza Editorial.
- Oyarzún, L. (2017). *Diario íntimo*. Valparaíso: Editorial de la Universidad de Valparaíso.
- Piña, J. A. ([1990] 2007). *Conversaciones con la poesía chilena*. Santiago: Universidad Diego Portales.
- Promis, J. (1995). *Testimonios y documentos de la literatura chilena*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Rama, A. ([1984]1998). *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca.
- Rodríguez Freire, R. (2018). *La condición intelectual. Informe para una academia*. Santiago: Mímesis.
- Rojas, G. (1963). “Chile y América en los Encuentros de Escritores”. *Diez Conferencias*. Universidad de Concepción: Facultad de Filosofía y Educación: pp. 313-344.
- Rojas, G. (2015). *Todavía. Obra en prosa* (edición a cargo de Fabienne Bradu). Santiago: Fondo de Cultura Económica.

- Sanhueza Jerez, D. (2017). *Laberinto. Aproximaciones a la obra de Humberto Díaz-Casanueva*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso (Colección Dársena/Lecturas).
- Sarte, J. P. (2005). *El ser y la nada: ensayo de ontología y fenomenología*. Buenos Aires: Losada.
- Subercaseaux, B. (1984). *La industria editorial y el libro en Chile (1930-1984) (ensayo de interpretación de una crisis)*. Santiago: Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística (CENECA).
- Subercaseaux, B. (2007). *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Thayer, W. (1996). *La crisis no moderna de la universidad moderna (epílogo de El conflicto de las facultades)*. Santiago: Editorial Cuarto propio.
- Torres Rioseco, A. (1960). *Nueva historia de la gran literatura iberoamericana*. Buenos Aires: Emecé.
- Torres Rioseco, A. (1963). *Panorama de la literatura iberoamericana*. Santiago: Zig-Zag.
- Universidad de Chile (1936). *La Escuela de Verano de 1936. Su inauguración y funcionamiento*. Santiago: Prensas de la Universidad de Chile.
- Universidad de Concepción (1956-1962). *Memorias*. Concepción: Escuela Tipográfica Salesiana.
- Williams, R. (1981). *Sociología de la cultura*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Zerán, Faride (1992 [2018]). *La guerrilla literaria y otras escaramuzas. Pablo de Rokha. Vicente Huidobro. Pablo Neruda*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.

### **Terciaria:**

Carta emitida por Arturo Tienken a Eugenio Pereira Salas, Archivo Secretaría General de la Universidad de Concepción (sin clasificar), 4 de septiembre de 1962: p. 1.

Carta emitida por Arturo Tienken a Manuel Montt, General del Ejército de Chile, Archivo Secretaría General de la Universidad de Concepción (sin clasificar), 25 de octubre de 1962: p.1

Carta emitida por Arturo Tienken a Vicente Palacio Artad, Archivo Secretaría General de la Universidad de Concepción (sin clasificar), 18 de diciembre de 1962: p. 1.

Carta emitida por Milton Rossel a Luis Muñoz, Archivo Secretaría General de la Universidad de Concepción (sin clasificar), 26 de noviembre de 1963: p. 1.

Carta inédita emitida por Gonzalo Rojas a rector de la Universidad de Concepción, sr. David Stitchkin Branover, Archivo Secretaría General de la Universidad de Concepción, Roma, 30 de marzo de 1959: p. 1.

Documento Ministerio de Relaciones Exteriores a UNESCO, Archivo Secretaría General de la Universidad de Concepción (sin clasificar), 1962: p. 1.

*El Sur*, Concepción, domingo 17 de enero de 1960, n° 25997: p. 14.

*El Sur*, Concepción, domingo 24 de enero de 1960, n° 26004: p. 15.

*El Sur*, Concepción, domingo 5 de febrero de 1956, n° 24578: p. 10.

*El Sur*, Concepción, domingo 8 de enero de 1956, n° 24550: p. 8.

*El Sur*, Concepción, martes 1 de enero de 1957, n° 24887: p. 15.

*El Sur*, Concepción, miércoles 27 de enero de 1960, n° 26007: p. 17.

*El Sur*, Concepción, sábado 4 de febrero de 1956, n° 24577: p. 7.

*El Sur*, Concepción, viernes 1 de febrero de 1957, n° 24918: p. 3.

*El Sur*, Concepción, viernes 31 de enero de 1958, n° 25281: p. 6.

*El Sur*, Concepción: domingo 19 de enero de 1958, n° 25269: p. 5.

*El Sur*, Concepción: domingo 8 de enero de 1956, n° 24550: p. 8.

*El Sur*, Concepción: jueves 18 de enero de 1962, n° 26729: p. 9.

*El Sur*, Concepción: lunes 2 de enero de 1956, n° 24544: p. 5.

*El Sur*, Concepción: miércoles 22 de enero de 1958, n° 25272: p. 5.

*El Sur*, Concepción: miércoles 27 de enero de 1960, n° 26007: p. 17.

*El Sur*, Concepción: sábado 14 de enero de 1956, n° 24556: p. 7.

*El Sur*, Concepción: sábado 4 de febrero de 1956, n° 24577: p. 7.

*El Sur*, Concepción: viernes 1 de febrero de 1957, n° 24918: p. 3.

*El Sur*, Concepción: viernes 31 de enero de 1958, n° 25281: p. 6.

Informe Plan de Estructuración de la Universidad de Concepción enviado por el Ministerio de Relaciones Exteriores a rectoría de la universidad, Archivo Secretaría General de la Universidad de Concepción (sin clasificar), 1959: p. 2.

Informe VII Escuela Internacional de Verano de 1962, Archivo Secretaría General de la Universidad de Concepción (sin clasificar), 2 de enero de 1962: pp. 1-2.

*La Patria*, Concepción: jueves 14 de enero de 1965, n° 14764: p. 7.

